

10 años de SiPreBA 50 años de lucha

La historia de un
sindicato contada por sus
trabajadoras y trabajadores



10
años
SiPreBA

10 años de SiPreBA 50 años de lucha

La historia de un
sindicato contada por sus
trabajadoras y trabajadores

10 años de SiPreBA 50 años de lucha

La historia de un
sindicato contada por sus
trabajadoras y trabajadores

Prólogo Victoria Basualdo

*Agustín Lecchi, Carlos Rodríguez, Néstor Restivo,
Tomás Eliashev, Pablo Llonto, Rosaura Audi,
Mariana Baranchuk, Clara Albisu, Diego Pietrafesa,
Ana Paoletti, Martina Noailles, Juan Pablo Piscetta,
Claudio Mardones, Santiago Magrone, Paco Rabini,
Carla Gaudensi, Micaela Polak, Lorena Tapia,
Poli Sabatés, Matías Cervilla, Tato Dondero,
Nelson Marinelli, Fernando Pedernera*

10 años de SiPreBA, 50 años de lucha / Agustín Lecchi ... [et al.].
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : SiPreBA, 2025.
212 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-48186-3-8

1. Periodismo. 2. Sindicalismo. I. Lecchi, Agustín
CDD 335.8

Coordinación de edición: Pablo Waisberg.

Edición: Raúl Arcomano, Diego Martínez y Silvina Oranges.

Diseño: Laura Palumbo.

Corrección: Claudio Díaz.

Retoque fotográfico: Leonardo Spinetti.

Fotos de interior: Alfredo Herms, Pablo Piovano, Martín
Katz, Maro Pagliotto, Prensa SiPreBa, Bernardino Ávila,
Leandro Teyseire, Gentileza SATSAID, Laura Dalto,
Nicolás Borojovich.

Esta edición se terminó de imprimir en el mes de junio de
2025 en Talleres Gráficos Porter.

ÍNDICE

Prólogo

Una historia colectiva en tiempos de fragmentación..... 11

Por Victoria Basualdo

Introducción

Un gremio con memoria es un gremio con futuro..... 17

Por Comisión Directiva del Sindicato de Prensa de Buenos Aires

Cincuenta años de lucha: los Convenios Colectivos del '75..... 21

Por Agustín Lecchi

Los días que vivimos en peligro

Cómo vivió el gremio la previa del golpe de Estado: la violencia y la persecución ideológica. La resistencia a la dictadura desde las redacciones. Las empresas cómplices..... 41

Por Carlos Rodríguez

Una larga marcha

Prensa y derechos humanos. Denuncia por periodistas desaparecidos en dictadura. Contra la censura y la represión del conflicto social en democracia..... 51

Por Néstor Restivo y Tomás Eliashev

Clarín, la batalla eterna

El intento fallido de resurrección de la organización sindical en 1982, la primavera gremial tras el regreso de la democracia y el resurgimiento de la Comisión Interna en 2000..... 67

Por Pablo Llonto

Resistir el neoliberalismo

La recuperación de los sindicatos intervenidos en la dictadura. La lucha contra el menemismo desde la FATPREN. El rol de Rodolfo Audi. La libertad de prensa en riesgo..... 79

Por Rosaura Audi y Mariana Baranchuk

La noticia que no sale al aire

Resistencia sindical en televisión: la Intercanal. Privatizaciones, gestión obrera en Telefe, política del miedo en Canal 13 y defensa exitosa en la Televisión Pública..... 97

Por Clara Albisu y Diego Pietrafesa

Enfrentar despidos sin sindicato

Experiencias de organización y resistencia. El conflicto en Página/12 en 1995. La toma de Crónica frente a las patotas del Grupo Olmos en 2005..... 111

Por Ana Paoletti

Crítica, la lucha que nos parió

La toma donde comenzó a gestarse el SiPreBA. La pelea por la reubicación de las y los compañeros. Una nueva generación de activistas gana las calles..... 121

Por Martina Noailles

Nadie nos regaló nada

Antecedentes, experiencias y desarrollo de las paritarias de prensa escrita 2011/2013. El activismo sindical se irradia en las redacciones..... 135

Por Juan Pablo Piscetta, Claudio Mardones y Santiago Magrone

El nacimiento de SiPreBA y la lucha por la personería

El origen del gremio. Primeros desafíos: el conflicto en el Cru-

po 23, los medios públicos y Clarín. Unidad en las tres ramas y a nivel nacional en la FATPREN.....	151
<i>Por Paco Rabini y Carla Gaudensi</i>	

De la Negra Ale al Ni Una Menos

El rol de las mujeres en la construcción y consolidación del gremio. Las conquistas del transfeminismo. Los 8M y la unidad con las centrales.....	169
<i>Por Micaela Polak y Lorena Tapia</i>	

Nuevos paradigmas y desafíos

Periodismo en tiempos de streaming, ChatGPT e inteligencia artificial. Cómo afrontar el cambio tecnológico con los trabajadores adentro.....	181
<i>Por Poli Sabatés y Matías Cervilla</i>	

Epílogo

El resultado de una construcción colectiva.....	187
<i>Por Tato Dondero</i>	

Sobre las y los autores.....	193
-------------------------------------	------------

Anexos

Un luchador socialista

Rubén Schofrin, la militancia como opción de vida.....	203
<i>Por Nelson Marinelli</i>	

Libre y al viento.....	211
<i>Por Fernando Pedernera</i>	

Prólogo

Una historia colectiva en
tiempos de fragmentación.

Por Victoria Basualdo

A diez años de la conformación del Sindicato de Prensa de Buenos Aires (SiPreBA), este libro se propone compartir experiencias e historias tomando el marco amplio del último medio siglo, comenzando por los convenios colectivos de 1975, los primeros conquistados en el marco de una actividad que había transitado durante las décadas previas un largo y rico proceso de organización.

El eje conductor elegido para el libro son las luchas llevadas adelante a lo largo de este extenso período, que retoma aspectos de los procesos de radicalización y lucha política de los sesenta y setenta, el impacto brutal de la dictadura (1976-1983) en términos económicos, laborales y represivos, y los desafíos enfrentados en las décadas posteriores a la reinstauración de la democracia en ese año. Se abordan así los años 80 y las disputas por la reconfiguración de los legados dictatoriales, las estrategias y líneas de organización

durante la larga década del 90 y el avance del neoliberalismo, la reforma del Estado, la apertura económica y las privatizaciones, las formas de organización bajo los gobiernos kirchneristas entre 2003 y 2015 y las resistencias a las ofensivas recientes de los gobiernos de Mauricio Macri y Javier Milei.

El registro predominante es de crónicas que frecuentemente retoman la primera persona del singular o del plural, ubicando al libro en el marco de una valiosa y fundamental tradición de la escritura de la historia de los trabajadores y trabajadoras por sus protagonistas, que permite poner en juego experiencias, tradiciones y recuerdos en la construcción de una memoria colectiva, tan difícil de reconstruir y forjar en tiempos de fragmentación e individualización. Este esfuerzo permite recuperar figuras y trayectorias importantes en la historia de la organización y la protesta desde el ámbito periodístico, poniendo en juego la centralidad de las dinámicas colectivas construidas a cada paso por sujetos diversos entre el final de la industrialización por sustitución de importaciones a mediados de los años 70 y la instalación de la valorización financiera hasta la crisis económica, política, laboral e institucional en 2001. Retoma también experiencias en el marco del proceso de crecimiento y expansión de derechos luego del cambio de siglo, en un contexto de diversas experiencias en América latina que se proponían diversas formas de reversión del neoliberalismo, y luego el nuevo ascenso de las derechas y extremas derechas, con programas económicos de ofensiva brutal contra la clase trabajadora.

La primera década de existencia de SiPreBA fue un tiempo de transformaciones de una complejidad e intensidad extremas, luego de los ciclos de crisis del medio siglo analizado en este libro. El sindicato se conformó el 7 de junio de 2015, a partir de un plebiscito impulsado desde las asambleas en las redacciones en diciembre de 2014, que había sido posible por una serie de procesos de lucha y organización que se analizan y relatan en este libro. En

esa votación, miles de trabajadores/as de prensa decidieron la conformación de este nuevo sindicato en reemplazo de la UTPBA, y en representación de las y los trabajadores de prensa de medios de comunicación privados, públicos y autogestivos. En sí esto constituyó ya un desafío inmenso, pero además se dio en un contexto político adverso que terminó en la asunción en diciembre de 2015 de Mauricio Macri, quien tuvo como uno de sus propósitos centrales una agenda de reconfiguración regresiva de la relación entre capital y trabajo.

Para comprender el reto de la representación de un conjunto heterogéneo y amplio hay que incorporar una dimensión quizás no del todo abordada en los textos pero presente en forma tácita, que es la complejidad de la identidad de los y las periodistas como trabajadores y trabajadoras, a partir de un oficio que pone en juego las firmas individuales, el prestigio y la voz personal, no siempre fácilmente articulables con una definición de clase y una dinámica colectiva y horizontal. Esta tensión propia del oficio fue tomando diversas formas al calor de los cambios y contradicciones de cada una de las etapas históricas, de las transformaciones tecnológicas, laborales, de la misma definición de la tarea de prensa y de profundos cambios de los sujetos empresariales y sindicales.

El sindicato tuvo que encarar este proceso en el marco de una ofensiva contra trabajadores y trabajadoras y sindicatos no solo en los medios públicos (siendo el conflicto de Télam un emblema del período), sino también en los medios privados, dominados por un conjunto de grupos económicos de un enorme poder de articulación con sectores de la dirigencia política, judicial y con fuertes lazos internacionales. La primera mitad de esta década de historia del SiPreBA fue un tiempo de luchas y resistencias, logrando pasos hacia adelante en la reconfiguración de las condiciones laborales, a pesar del marco general de creciente precarización, pérdida de derechos y deterioro de salarios, con una creciente represión de la protesta social y la imposición de límites a la acción sindical a la

que se la persiguió como un delito. En este contexto, hubo líneas de organización y disputa que impusieron dinámicas clave que pudieron ser articuladas e internalizadas en esta etapa inicial de organización, como el movimiento feminista que al calor del reclamo de Ni Una Menos avanzó hacia la reivindicación del 8M en clave de huelga internacional feminista.

En forma simultánea se produjo una aceleración del cambio tecnológico que transformó de manera exponencial las formas de comunicación y de trabajo, que vio el ascenso de la economía de plataformas, todo lo cual transformó la definición misma del oficio periodístico, profundizando la fragmentación, precarización y heterogeneización entre trabajadores y trabajadoras. Habiendo sobrevivido a la etapa macrista, a poco de la asunción de Alberto Fernández sobrevino la pandemia del Covid-19, con impactos no lo suficientemente reconocidos. En primer lugar implicó un cambio mayor en términos de salud y condiciones de trabajo, ocasionando una superposición de jornadas de trabajo y cuidado con una dimensión de género y de clase muy fuerte. Pero además promovió una aceleración y expansión sin precedentes de la utilización de las transformaciones tecnológicas en la comunicación, en una escala nunca vista, que transformó la vida cotidiana y las formas de trabajo, con particular intensidad en actividades como el periodismo. En este tiempo crítico, en 2020, tuvo lugar la elección de la dirigente de SiPreBA y delegada de Télam Carla Gaudensi como la primera mujer secretaria general de la Federación Argentina de Trabajadores/as de Prensa (FATPREN), desde donde se logró llevar adelante una articulación con las provincias, lo que incluyó la convocatoria regular a plenarios y asambleas y planes de lucha por salarios y condiciones de trabajo.

Al mismo tiempo, las políticas de aislamiento sanitario en primer lugar y de distanciamiento social luego, aceleraron la expansión del teletrabajo, transformando de manera muy profunda los lugares de trabajo, que habían sido identificados por el sindicato como un lu-

gar clave de organización de base a partir de la tarea de los cuerpos de delegados y de las comisiones internas, establecimientos que en muchos casos nunca volvieron a su dinámica previa a la pandemia. Incluso en este marco tan adverso, se consiguió otro logro muy significativo del sindicato: la obtención de la personería gremial en enero de 2023, lo que permitió la institucionalización del sindicato y la asunción de la representación legal de las y los trabajadores de prensa en la negociación colectiva en la ciudad de Buenos Aires.

Sin embargo, esta institucionalización, aunque generó un respaldo importante, se dio en un contexto de respuestas fallidas a las reivindicaciones y necesidades presentadas al gobierno por diversos sectores sociales. En este marco se produjo no solo en el país sino a nivel global un considerable ascenso y consolidación de las posiciones de derecha y extrema derecha que más allá de sus especificidades tuvieron en común una ofensiva extrema del capital contra el trabajo, el ataque a las funciones protectoras del Estado en términos de garantías de derechos de las mayorías, la ofensiva contra la diversidad y las perspectivas generizadas, los derechos de los pueblos originarios, así como sobre toda perspectiva ecologista y defensora del medio ambiente en un contexto de cambio climático pronunciado. Un componente central del avance de estas posiciones extremas fue la búsqueda de imposición de criterios de posverdad, la difusión de noticias falsas y políticas de desinformación y la promoción de plataformas, redes sociales y medios de comunicación sin verificación ni contrastación a lo que hoy se suman los desarrollos de la inteligencia artificial. Todo esto llevó a que durante la presidencia de Javier Milei, en la que se está llevando una ofensiva antipopular en todos estos frentes, el desempeño del periodismo, el fotoperiodismo y la tarea de comunicación crítica en sentido amplio, que venía siendo objeto de persecución y represión durante los gobiernos neoliberales, se haya convertido en un foco central de la política represiva y de disciplinamiento, como se manifestó claramente en todas las protestas, culminando en casos

como el de Pablo Grillo, un símbolo de resistencia en una época de oscurantismo.

La conmemoración de estos primeros diez años pone en perspectiva no solo la significación de esta apuesta de organización sindical en términos históricos, sino también el logro fundamental de haber podido llevarla adelante en un tiempo de transformaciones regresivas muy profundas, en que se busca demonizar y destruir a las organizaciones sindicales. Esta historia de 10 años fue posible con esfuerzos individuales de gran magnitud, pero también y sobre todo por procesos de movilización, organización y lucha llevados adelante dentro del sindicato en cada una de las ramas y lugares de trabajo, en articulación con muchas otras organizaciones y sectores sindicales y a nivel de la FATPREN. Además de agradecer y celebrar este valioso aporte colectivo a una historia conjunta importante para la actividad y mucho más allá, cabe desear que los primeros y fundamentales pasos analizados en este libro, en el marco de las luchas de más largo plazo en la actividad de prensa, puedan multiplicarse y extenderse hacia adelante para disputar este presente y construir otro futuro.

Introducción

Un gremio con memoria
es un gremio con futuro.

*Por Comisión Directiva del
Sindicato de Prensa de Buenos Aires*

Este 7 de junio, Día de las y los Periodistas, el SiPreBA cumple diez años. Para quienes fundamos el sindicato luego del contundente plebiscito de diciembre de 2014, con incertidumbre, temores y presiones de las grandes patronales pero convencidos de la necesidad de contar con una verdadera organización gremial, no es fácil dimensionar todo lo conseguido.

En términos institucionales, la personería gremial conquistada en 2023 fue sin dudas el hito más importante, que confirmó legalmente y a los ojos del Estado una situación evidente en las redacciones desde hacía demasiado tiempo: la representatividad total era del SiPreBA.

La realidad del gremio y de la actividad periodística, con salarios de pobreza, pluriempleo y precariedad laboral, sugiere un presente de derrotas. Quedarnos solo con ese diagnóstico, sin embargo, sería

equivocado e injusto. Porque también sabemos que sin lucha gremial, sin organización colectiva, la situación sería aún peor, y por ende que nuestros triunfos en contextos adversos valen doble.

Aquí debe inscribirse entonces la columna del haber: durante la última década, el gremio de prensa volvió a tener una herramienta para poder intervenir en la realidad, para pelear por sus derechos y por el derecho a la información de la sociedad, y para ser a la vez un actor con voz propia en las luchas de nuestro pueblo, como lo hacemos frente al gobierno de Javier Milei desde el día que asumió.

Pero estas páginas no pretenden reflejar la historia de los últimos diez años. Porque nunca concebimos a nuestro sindicato sin historia, sin pasado y sin contexto. El SiPreBA es resultado de innumerables luchas, de procesos de organización sindical previos y de la militancia de gran cantidad de compañeros y compañeras que, consciente o inconscientemente, hicieron aportes valiosos para que estemos donde estamos.

Cuando nos propusimos repasar nuestra historia pusimos como punto de partida, necesariamente arbitrario, la conquista de los convenios colectivos de trabajo en 1975, hace cincuenta años. Este libro no puede leerse sin su antecesor, *Perón y el gremio de prensa*, donde contamos cómo fue elaborado el Estatuto del Periodista y otras luchas de los años cuarenta, cincuenta y sesenta. Seguramente en el futuro editemos otros textos que sirvan para seguir indagando en nuestros antepasados, repensando el presente y proyectándonos hacia adelante.

Nuestras prioridades, en un contexto adverso para las y los trabajadores y donde cada día más se pone en discusión el empleo, siguen siendo la recuperación del poder adquisitivo del salario y la defensa de los puestos de trabajo. Pero también consideramos central la lucha por las condiciones laborales, en un marco de avance de la precarización bajo el eufemismo de “emprendedurismo” y de profundos cambios en la forma de hacer, producir y circular las noticias, ya no solo con la megaconcentración mediática –el Gru-

po Clarín acaba de adquirir nada menos que Telefónica— sino con las grandes plataformas o la inteligencia artificial irrumpiendo de lleno en nuestra actividad. Por eso decimos que nuestra lucha es también por el derecho a la información y por una comunicación democrática y soberana como parte de nuestra cultura. Son valores colectivos, que no nos pertenecen a quienes ejercemos el periodismo sino a toda la sociedad.

Estas páginas están incompletas, pues sabemos que hay muchas otras luchas que merecen ser contadas en un libro. Pero, a la vez, en estas páginas escriben referentes o bien se escribe sobre procesos que los tuvieron como protagonistas, a quienes nos veíamos en la obligación de homenajear. Desde los firmantes de nuestros convenios hasta Rubén Schofrin, desde Rodolfo Audi hasta Carlos Rodríguez, desde la Negra Ale hasta Diego Paruelo, pasando por Pablo Llonto, Néstor Restivo, Andrea Salmini o Nelson Marinelli, solo para mencionar a algunos.

Quienes hoy caminamos en la primera línea del SiPreBA, quienes nos dejaron físicamente pero siguen junto a nosotros, quienes se alejaron de la actividad periodística y dan su lucha desde otras trincheras, todos y todas representan una parte fundamental de nuestro sindicato. Con diferencias, con contradicciones que no escondemos, con heterogeneidad y pluralidad política e ideológica. Por eso elegimos sostener esa pluralidad y publicar un libro con textos que no necesariamente representan una posición colectiva u homogénea del sindicato, sino que cada artículo refleja la posición de su autor y en cada uno encontrarán interpretaciones y opiniones personales.

Este libro intenta hacer carne aquella enseñanza que nos dejó nuestro compañero Rodolfo Walsh:

“Nuestras clases dominantes han procurado siempre que los trabajadores no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes ni mártires. Cada lucha debe empezar de nuevo, separada de las luchas anteriores, la experiencia colectiva se pierde, las lecciones

se olvidan. La historia parece así como propiedad privada cuyos dueños son los dueños de todas las cosas. Esta vez es posible que se quiebre el círculo”.

Comisión Directiva:

Sec. General: Agustín Lecchi (TV Pública)

Sec. Adjunto 1ra: Ana Paoletti (Página 12)

Sec. Adjunta 2da: Carla Gaudensi (Agencia Télam)

Sec. Gremial: Francisco “Paco” Rabini (Clarín)

Sec. Organización: Randy Stagnaro (Tiempo Argentino)

Sec. Tesorero: Fernando “Puntano” Pedernera (Radio Nacional)

Sec. Actas: Matías Cardone (Perfil)

Sec. Mujeres y Géneros: Micaela Polak (Radio Nacional)

Sec. Prensa: Clara Uranga (Revista ELLE)

Prosec. Gremial: Juan Pablo Piscetta (Infobae)

Sec. Acción Social: Ma. Laura Da Silva (Télam)

Sec. Rel. Sindicales: Irene Haimovichi (La Nación)

Sec. Cultura y Juventud: Paula “Poli” Sabatés (Página 12 /Futurock)

Sec. Derechos Humanos: Diego Pietrafesa (Telefe)

Sec. Asuntos Profesionales: Matías Cervilla (Clarín/Olé)

Sec. Medios Autogestivos: Martina Noailles (Sur Capitalino)

Vocal 1ra: Luisa Barbosa (América TV)

Vocal 2do: Alfonso De Villalobos (Tiempo Argentino)

Vocal 3ra: Cecilia Camarano – (Ambito.com)

Comisión Revisora de Cuentas:

Revisores titulares: Daniel Vides (Noticias Argentinas), Clara Albisu (Tv Pública), Tomás Eliashev (Télam/Radio con Vos)

Revisor suplente: José Manuel Cal (TV Pública)

Congresales a FATPREN:

Titulares: Carla Gaudensi – Télam; “Paco” Rabini – Clarín; Ana Paoletti – Página 12; Carlos Saglul – Radio Nacional; Santiago Magrone – Energía y Negocios; Agustín Lecchi – TV Pública

Suplentes: Sebastián Díaz – Olé; Juan “Vasco” Lazzarino – Diario Popular; César Nenna – TV Pública; Micaela Polak – Radio Nacional; Ana Laura Tornaquindici – Free lance; Fernando Pedernera – Radio Nacional

Cincuenta años de lucha: los Convenios Colectivos del '75

Por Agustín Lecchi

—Compañeros, por primera vez en la historia tenemos un verdadero convenio colectivo que incluye las demandas, que es consecuencia de las luchas. Tenemos el gremio intervenido y pese a eso tenemos nuestro convenio.

Oscar González, delegado paritario por Clarín, había llegado exultante a la Asamblea General de la Asociación de Periodistas de Buenos Aires (APBA), que se hacía en la Casa Radical de la calle Tucumán, en el centro porteño. Durante la tarde había estado reunido junto al resto de los paritarios y los representantes de las empresas en la sede de la Asociación de Editores de Revistas, una de las cámaras empresariales, ultimando detalles del convenio de prensa escrita y oral.

Era el miembro informante de la Comisión Paritaria y esa asamblea, en los primeros días de junio del '75, debía aprobar lo que ya

habían redactado. Pensaba que era apenas el trámite que faltaba para cerrar el acuerdo. “Estaba muy feliz y agrandado, con el pecho inflado”, recuerda muchos años después durante la entrevista para este artículo.

En paralelo, el Sindicato de Prensa Capital, filial de la FATPREN –Federación Argentina de Trabajadores de Prensa–, con un marcado apoyo al gobierno de Isabel Martínez de Perón, lo aprobaría sin ningún tipo de cuestionamiento. Los paritarios de ambas organizaciones gremiales sabían que habían llegado a un punto de acuerdo con las empresas que era mejor no modificar, en un contexto de ebullición general, grandes movilizaciones, cambios en el gobierno y, también, amenazas institucionales.

Pero lo que ocurrió en la asamblea a la que había llegado González fue bien diferente. Él se preparó para la ovación, usó las palabras que había elegido cuidadosamente y esperó la respuesta. “Pero una alianza del viejo oficialismo de APBA, ligado al PC, más los troscos que nunca faltan, ganó la asamblea. Y el mandato de la asamblea fue que no teníamos que firmar. Yo estaba desolado, medio a las puteadas, deprimido. Llegué con una euforia y me fui de la asamblea totalmente derrotado”, recuerda González.

Pacto social, disputas y conquistas

Los dos momentos de grandes conquistas para el gremio de prensa a nivel nacional se dieron durante gestiones peronistas: los estatutos de 1944 y los convenios de 1975. Solo en el '75 se firmaron 32 convenios de prensa en todo el país. Estas conquistas se dieron en un marco político determinado y como resultado de enormes luchas sindicales y populares sin las cuales hubiese sido imposible lograrlas.

Con la asunción de Héctor Cámpora el 25 de mayo de 1973 se había abierto una nueva etapa política en un país que dejaba die-

ciocho años de proscripción de la fuerza política mayoritaria. Una de las primeras medidas fue, junto a un aumento de salarios, el impulso del Pacto Social, firmado por el ministro de Economía, José Ber Gelbard, y los trabajadores y empresarios, representados por la CGT y la CGE, respectivamente. El acuerdo determinaba que se congelaban las negociaciones salariales y los aumentos de precios.

El plan de Gelbard por un lado tuvo que lidiar con cambios en el escenario internacional, con una disparada de los precios del petróleo luego de la crisis de los países árabes en 1973. Pero, sobre todo, las disputas internas y externas del peronismo reflejaban tensiones de clase con un nivel de confrontación que ni siquiera el propio Juan Domingo Perón podía contener. El asesinato de José Ignacio Rucci, líder de la CGT y figura central para el retorno del líder popular, a solo dos días de su triunfo electoral con el 61,85% de los votos, fue el reflejo trágico de esas disputas.

En 1974, con Perón como presidente, se debatieron y finalmente se aprobaron la Ley de Contrato de Trabajo, un avance en materia de derechos laborales de reconocimiento mundial, y la Ley de Asociaciones Sindicales, con el claro propósito de fortalecer las organizaciones sindicales nacionales, con mayor peso sobre las estructuras intermedias o de base. Como describe el sociólogo Juan Carlos Torre en su libro *El gigante invertebrado*, desde junio del '73 a junio del '74 hubo más de 30 conflictos sindicales por mes, con un porcentaje de toma de establecimientos que llegó al 43%, lo cual indica un nivel de autonomía y capacidad muy alto de las bases sindicales.

Si con Perón el Pacto Social estaba en tensión permanente, tras su muerte el 1º de julio de 1974 se hizo imposible. La política definida por el gobierno de Isabel, con una sucesión de ministros de Economía, primero Alfredo Gómez Morales y luego Celestino Rodrigo, de corte ortodoxo, disparó la inflación. Rodrigo asumió el 2 de junio de 1975 y dos días después anunció una política de shock y una devaluación que depreció el peso en un 160% y un aumento de tarifas en un 180 por ciento.

Una historia de lucha, intervenciones y traiciones

El gremio de prensa había conseguido su primera gran conquista en 1944, cuando el entonces ministro de Guerra y secretario de Trabajo y Previsión, Juan Domingo Perón, firmó por decreto el Estatuto del Periodista Profesional y luego el Estatuto del Personal Administrativo de empresas periodísticas, ratificados como ley en 1946, como relata Tomás Eliashev en el capítulo “En eso llegó Perón”, del libro *Perón y el gremio de prensa*, editado por el SiPreBA.

A partir de 1955, el gremio atravesó los vaivenes de todo el movimiento sindical, cuando la llamada Revolución Libertadora, la dictadura de Pedro Eugenio Aramburu e Isaac Rojas popularmente conocida como “la fusiladora”, inauguró dieciocho años de proscripción política y de ataques a los derechos que la clase trabajadora había conquistado.

En 1959, un joven Osvaldo Bayer, delegado del diario Clarín, estuvo al frente del Sindicato de Prensa Capital, para luego dar paso primero a Venido Mateu y luego a otros periodistas como Eduardo Jozami y Emilio Jáuregui, de Clarín y La Nación, que además condujeron la Federación Argentina de Trabajadores de Prensa (FATPREN) hasta que fue uno de los primeros gremios intervenidos por la dictadura de Juan Carlos Onganía, en 1966. Jáuregui, militante en ese entonces de Vanguardia Comunista, fue asesinado por la policía el 27 de junio del '69, cuando se desconcentrabá de la movilización en repudio a la visita del magnate estadounidense Nelson Rockefeller. Un mes antes se había producido el Cordobazo, la pueblada contra el régimen que unió a obreros y estudiantes durante dos días y que significó el principio del fin para el onganato.

Luego de un activo rol en la resistencia peronista, el movimiento sindical tuvo sus escisiones. Un sector colaboracionista con el que el gobierno militar coexistió, representado en la figura del metalúr-

gico Augusto Vandor –que planteaba un “peronismo sin Perón”– y sectores combativos como la surgida CGT de los Argentinos, encabezada por el gráfico Raimundo Ongaro, donde muchos militantes del gremio de prensa tuvieron un rol activo, como retrata Fernanda Nicolini en “Una voz para los trabajadores” en *Perón y el gremio de prensa*.

En Prensa también hubo procesos similares. Un ejemplo lo protagonizó Manuel Damiano, que era fotógrafo. Fue uno de los fundadores de la Asociación de Reporteros Gráficos (ARGRA) y participó en discusiones por el Estatuto del Periodista. Tras el golpe del '55 fue perseguido por la “Comisión Investigadora” –aún circulan sus retratos de Perón y Evita–, detenido y torturado. Fue parte de la Resistencia Peronista junto a referentes como John William Cooke, el símbolo de la izquierda peronista, que lo menciona en su correspondencia con Perón. Años más tarde, Damiano recuperó su rol en el Sindicato de Prensa Capital: fue secretario general de la mano de la intervención del gobierno de facto.

Tras su rol en los gobiernos militares, Damiano intentó volver a acercarse a Perón a través de José López Rega, pero su conducción al frente del Sindicato de Prensa Capital y de la FATPREN estaba agotada. Lo sucedió Víctor Moro Álvarez, una figura de unidad, también peronista, que había comenzado su militancia en FORJA, la organización de Raúl Scalabrini Ortiz y Arturo Jauretche. Había trabajado en el diario *Crítica*, en el periódico de la CGT *El Líder* en los primeros años de la resistencia, y en Radio El Mundo, entre otros medios.

A las pocas semanas de su asunción en el gremio porteño se realizó el Congreso de Normalización de la FATPREN, donde Álvarez también asumió la secretaría general, acompañado por el periodista chaqueño Alfredo Carazo. Esa conducción fue depuesta el 24 de marzo de 1976, cuando las tanquetas coparon la sede de la Federación y comenzó una cacería en muchos sindicatos de prensa de todo el país.

En declaraciones a Canal 7, al asumir su nuevo rol, Álvarez expuso su preocupación por ratificar la continuidad de la filiación política del sindicato, pero también se diferenció de Damiano. “El teniente general Juan Domingo Perón fue, es y seguirá siendo nuestro afiliado número uno, porque instrumentó el primer Estatuto del Periodista Profesional y posibilitó las primeras jubilaciones del gremio periodístico”. Pero a la vez, Álvarez se preocupaba por mostrar otra forma de construcción respecto de los últimos años del sindicato: “Las organizaciones de las comisiones internas son la vida de toda organización sindical. Los dirigentes no existen en la medida que no existan los organismos de base, en los sitios de trabajo”. Para la trayectoria que había tenido el Sindicato de Prensa de Capital desde 1966 esto era toda una novedad y un nuevo aire. Las nuevas elecciones y la asunción de Álvarez fueron consideradas como “el retorno del exilio” en el Sindicato de Prensa tras la intervención, pero la organización ya estaba muy desprestigiada luego del rol colaboracionista con los gobiernos militares.

Frente a eso, el activismo que surgió en los medios de comunicación comenzó a agruparse en la vieja APBA, que desde 1965 era presidida por Enrique Tortosa, acompañado por sectores ligados al socialismo y al Partido Comunista. En esos años nacieron agrupaciones de prensa ligadas a la nueva izquierda, como el Frente de Trabajadores de Prensa, y otras referenciadas en la juventud peronista, como las agrupaciones 26 de Julio, en referencia a Evita y la fecha de su fallecimiento, y la agrupación 25 de Enero, fecha en que fue expropiado el diario La Prensa en 1951, tras un conflicto con el gremio de Canillitas, para luego ser entregado a la CGT que lo administró hasta el golpe, como describió Julia Rosenberg en el artículo “La expropiación del diario La Prensa”, en *Perón y el gremio de prensa*.

Esas agrupaciones estaban ligadas al peronismo revolucionario y al Peronismo de Base, respectivamente, y terminaron confluyendo en el Bloque Peronista de Prensa que fue parte de la JTP, la Juven-

tud Trabajadora Peronista. Por allí pasaron figuras como Héctor Oesterheld, Nicolás Casullo, Paco Urondo, Rodolfo Walsh y su hija Vicki, que fue delegada en La Opinión. Walsh le dedicó su libro *El caso Satanowsky* a “los compañeros que, desde las comisiones internas, las agrupaciones de base y, en particular, el Bloque Peronista de Prensa, combaten diariamente la raza de envenenadores de conciencias: nuestros patrones”.

Una nueva etapa del gremio de prensa

El grueso de las comisiones internas y el activismo del gremio estaba en la APBA que había crecido en empresas como La Nación, Editorial Abril, Códex, Atlántida, Crónica, El Cronista Comercial, Télam o los canales de televisión. En ese proceso fue central la reconstrucción gremial que en 1972 comenzó en el diario Clarín, el medio más importante del país.

Trabajadores de distintas secciones se reunían a “conspirar” en el bar La Academia, de Callao y Corrientes. Trece delegados, con el “Chino” Zemborain a la cabeza, tomaron la posta en un contexto de transición empresarial. Luego de ser elegidos por sus compañeros como parte de una presentación formal con la empresa, los nuevos delegados fueron recibidos por un contador que comenzaba su carrera en la calle Tacuarí. Era Héctor Magnetto, quien les otorgó un espacio para reunirse en un lugar lejano de cualquier sección laboral, en una mezcla de altílo y depósito aislado de la planta.

Era una comisión interna con mucho anclaje en los diferentes sectores, desde la Redacción hasta Expedición pasando por Administración, y una gran pluralidad ideológica, aunque sin pertenencias partidarias. Por eso lograron una representatividad que les permitió obtener importantes conquistas. La primera pelea que dieron fue por el espacio, conseguir un lugar neurálgico para sus asam-

bleas. Lo lograron: comenzaron a hacerse en el sector de la Revista Clarín, al lado de la redacción general, el corazón del diario.

La APBA tenía elecciones pautadas para agosto de 1974. Allí se enfrentarían dos listas: la oficialista Azul y Blanca encabezada por Tortosa y una oposición que tenía su antecedente en la Lista Marrón pero que había mutado a Lista Naranja, que agrupaba a sectores de izquierda independientes, otros vinculados a organizaciones trotskistas y, fundamentalmente, grupos referenciados en el Peronismo de Base y la izquierda peronista.

La encabezaban Jorge Bernetti, que había sido redactor de la Agencia Interpress y secretario de Redacción de la revista Cristianismo y Revolución, secundado por Héctor “El Negro” Demarchi, trabajador de El Cronista Comercial y militante del PRT. En esa lista había una heterogénea cantidad de compañeros y compañeras que habían comenzado a militar en el gremio en esos años, muchos en áreas administrativas, una particularidad de la APBA que la había hecho crecer más allá de los sectores profesionales. Bernetti había tenido un rol fundamental como coordinador de prensa de la campaña presidencial de Cámpora junto a Miguel Bonasso, con quien compartía, además, militancia en Montoneros.

El 5 de agosto del '74, cuando iban a realizarse las elecciones en la APBA, el Ministerio de Trabajo conducido por Ricardo Otero —un dirigente de la UOM— decidió la intervención del sindicato y generó una situación absolutamente anómala. El funcionario a cargo no sabía ni pronunciar el nombre de la asociación: recuerdan que decía “paba” en lugar de “apba”, y se encargó de manejar la obra social, las cuestiones administrativas y contener el aparato de propaganda de la organización.

Pero los delegados de las empresas se impusieron para participar en la negociación salarial que comenzaba a abrirse. Para algunos, la posibilidad de que triunfara la Lista Naranja y el gremio de periodistas fuera conducido por sectores vinculados a la izquierda peronista e independientes era una amenaza en ese contexto político.

B P

boletín de prensa

1 Septiembre 1975
Año 1 - Nº 1
5.00 pesos

Órgano de la Agrupación
Independiente
del gremio de Prensa



Al igual que el conjunto del movimiento obrero, el gremio de prensa ha comenzado a sufrir directamente la contraofensiva de las patronales y el gobierno. La brutal carestía de la vida (el aumento fue del 90 por ciento a partir del 1º de junio según estadísticas oficiales) han disipado los importantes aumentos salariales obtenidos con la movilización de diversas empresas periodísticas; la política de despidos, que ya afecta a copas enteras de la clase trabajadora, está en marcha dentro de nuestro gremio.

La contraofensiva patronal-gubernamental se inicia con el levantamiento del paro, por parte de la CGT, a cambio de la homologación de los convenios colectivos de trabajo. Comienzan los despidos en las fábricas pequeñas y medianas; la inflación anula el resultado de los convenios.

Sin embargo, nadie puede afirmar seriamente que tal contraofensiva se haya montado en un fortalecimiento del gobierno peronista. El reciente cambio de gabinete que encumbra al

Coronel Vicente Damasco se debate, al escribir estas líneas, en una crisis feroz. Este recambio ministerial, que pretendió introducir el compromiso de un sector de las Fuerzas Armadas, ha terminado por trasladar al seno de ellas toda la crisis política. Los mandos de la Fuerza Aérea y de la Armada se oponen terminantemente al Comandante en Jefe, Alberto Numa Laplane, y al Ministro del Interior. Y en el desarrollo de esta crisis no se descarta para nada la renuncia de la Presidente.

El gobierno de Isabel está incapacitado para llenar el gran vacío político existente. El partido peronista se excide y las Fuerzas Armadas y el gran capital imperialista preparan la demolición paulatina del gobierno de Isabel.

Pensamos que ante esta situación, el movimiento obrero debe trabajar por su propia alternativa independiente.

La CGT elevó en la última semana de julio un plan político y económico al gobierno peronista. Sin embargo, nadie se acuerda del mismo. Es que ese plan postulaba la defensa in-

(Continúa en la página siguiente)

Primer número del Boletín de Prensa, que da cuenta de la ebullición político-social en la que se aprobaron los convenios.

Para los empresarios la única manera de lograr cierta armonía al interior de los lugares de trabajo era sostener de interlocutores a los delegados legítimos, ya que eran los representantes naturales de los trabajadores y con quienes debían sentarse para resolver cualquier situación laboral.

Pero además de los reclamos salariales y por condiciones laborales, en las asambleas comenzaba a aparecer la pelea por la integridad física de periodistas y militantes del gremio de prensa. En febrero de 1974 el reportero gráfico Julio César Fumarola, militante del PC y de la APBA, fue asesinado a balazos por la Triple A. Ya durante el mes anterior, Perón había impulsado cambios al Código Penal para aumentar el poder represivo del Estado, en un contexto de creciente violencia política y social. La reforma generó la renuncia de ocho diputados de la JP que se negaron a votarla.

En una conferencia de prensa, la periodista Ana Guzzetti, del diario El Mundo, le preguntó al presidente de la Nación por ese y otros atentados a militantes populares llevados adelante por parte de “bandas parapoliciales”. El episodio terminó con un intercambio en el que Perón la tildó de ultraizquierdista y le preguntó sus datos personales. Guzzetti, que además era militante peronista, pasó a formar parte de la lista de perseguidos por la Triple A. El diario El Mundo, que estaba gestionado por miembros del PRT-ERP, fue clausurado a los pocos meses, como sucedió con otros medios como los diarios Noticias, de Montoneros, o Crónica, de Héctor Ricardo García. A Guzzetti le iniciaron una querrela y fue detenida y luego liberada. Siguió trabajando en medios de la provincia de Córdoba, primero, y de la ciudad bonaerense de Trenque Lauquen, más tarde.

Entre el '73 y el '75, la lista de asesinados en el gremio de prensa fue en ascenso: además del crimen de Fumarola, en las asambleas de prensa se reclamaba contra los asesinatos de los compañeros José Colombo, Pedro Barraza, Luciano Jaime y Jorge Money, entre muchos otros.

Aprobar los convenios pese a todo

Con el país en ebullición general, el Sindicato de Prensa Capital desprestigiado, y la APBA intervenida, en febrero del '75 se constituye el Comité Ejecutivo del Plenario de Delegados. Se sostuvieron asambleas y peleas por salarios, en defensa de los puestos de trabajo, para encuadrar correctamente a trabajadores que ingresaban por agencia –algo común en el gremio en aquella época–, por condiciones laborales o incluso algunas vinculadas a ataques a la libertad de prensa y directamente a la vida de algún periodista.

Los delegados y delegadas pasaron semanas debatiendo con los empresarios, en sus asambleas y con distintos sectores laborales, desde los ligados a los sectores profesionales de las redacciones hasta los administrativos, expedición o motociclistas. Es que el gremio de prensa necesitaba concretar sus convenios colectivos y el contexto no era el mejor: la amenaza latente de un golpe de Estado o, de mínima, alguna situación institucional que terminara por modificar el escenario político.

Existían dos negociaciones: la de prensa escrita y oral, con una gran variedad de empresas de distinto tipo y tamaño, desde editoriales hasta diarios pasando por pequeñas revistas y agencias, y la de prensa televisada, que tenía la particularidad de que los canales estaban intervenidos. Era una discusión de alguna manera más sencilla: el interlocutor estaba centralizado y, en última instancia, dependía del gobierno. En ambos casos, había dos ejes de debate: las condiciones laborales, el articulado más general del convenio propiamente dicho, y la nueva escala salarial en el contexto inflacionario.

Pero, además, la representación de los trabajadores tenía que sobrellevar sus tensiones internas: por un lado, el Sindicato de Prensa Capital ligado al gobierno peronista y, por el otro, la APBA, intervenida desde agosto de 1974 y con una fuerte disputa entre dos sectores, pero con una representatividad absoluta en las comisiones

internas. Las patronales, más allá de que siempre combatieron la organización gremial y la regulación de las relaciones laborales en prensa, tenían diferencias políticas con el gobierno y a la vez reconocían la fortaleza gremial de los delegados.

Eva Escudero, “Evita”, que por entonces era administrativa de Editorial Abril, delegada gremial por la APBA y cercana a la organización trotskista Palabra Obrera, recuerda una discusión, a la salida de una reunión paritaria, con un representante del Sindicato de Prensa que le planteaba que había que cerrar rápido la negociación porque después había que acordar con los gráficos. Pero la Federación Gráfica Bonaerense había sido disuelta ese año y Raimundo Ongaro, su secretario general, encarcelado. Escudero consideraba una ofensa mantener relaciones con quien había quedado al frente del nuevo Sindicato Gráfico Argentino, Jorge Zakour. También discrepaba con Enrique Tortosa, titular de la APBA: ella y un conjunto de compañeros del gremio habían propuesto avanzar en una unidad orgánica con los gráficos que la conducción de la APBA desechaba por temor a perder el control de la obra social. Oscar “El Chino” Zemborain, que no pertenecía a ninguna agrupación política pero encabezaba la Comisión Interna más importante del gremio, la de Clarín, sintetiza la concepción que los guiaba: “Partíamos de la base de que el ensanchamiento del movimiento gremial era la base para que se logren las cosas que, después, se fueron consiguiendo”.

La política de alianzas del gremio de prensa, la estrategia en la negociación con las patronales o el posicionamiento sobre las cuestiones más generales, cualquier cosa podía ser motivo de una gran discusión entre los diferentes sectores. Sobre esas dificultades habla en el libro *Los trabajadores de prensa. Ladrilleros del periodismo*, de Daniel Parceró, el militante peronista y ex trabajador de Télam Pascual Albanese: “Durante el transcurso de las negociaciones con las cámaras empresarias, el Sindicato mostró una posición bastante homogénea. En cambio, las pujas entre Tortosa y los distintos gru-

pos de izquierda que participaban en la vida interna de la APBA obligaban a un complicado ejercicio de asambleísmo”.

Desde la oposición de la APBA, González reconoce, con orgullo, su carácter democratista y asambleísta. Pero a la vez, él defendía el trabajo realizado por la comisión paritaria, reconocía los enormes avances que significaba tener un convenio, el momento delicado del país y del gremio en el que se discutía y la necesidad de contar con esa herramienta legal.

Albanese también detalló cómo veía la situación entre la APBA y el Sindicato de Prensa en el marco de la negociación del convenio con las empresas: “Las diferencias ideológicas, políticas y metodológicas entre ambas conducciones eran enormes. El Sindicato de Prensa, sin perder en el ámbito reivindicativo, políticamente defendía al gobierno peronista contra la ofensiva desestabilizadora que estaba en marcha. La APBA, dirigida por el Partido Comunista y con una presencia muy activa de agrupaciones gremiales de superficie de las organizaciones guerrilleras y de distintos grupos de ultraizquierda, embestía directamente contra el gobierno de Isabel Perón”. Y agrega: “En esas circunstancias, ocurrió un hecho que tuvo carácter premonitorio: un grupo de compañeros peronistas afiliados a la APBA, entre ellos Ricardo Roa y Ricardo Agazzi, plantearon la integración con el Sindicato de Prensa”.

Finalmente, en junio del '75, luego de la asamblea fallida de la APBA, donde se rechazó la moción de González, y en pleno Rodrigazo, quedó firmado el Convenio de Prensa Escrita y Oral 301/75. Curiosamente, en el texto original aparecen los nombres de todos los paritarios, inclusive los de la APBA como González o Escudero, pero de puño y letra solo las firmas de los representantes del Sindicato Capital y de las patronales. El interventor de la APBA, el Sindicato Capital y el propio gobierno resolvieron políticamente aquella situación. La propia Escudero, que había votado en contra de la firma por considerar insuficiente el aumento salarial, cuenta que luego estuvo orgullosa de que allí figurara

su nombre, aunque faltara la firma de puño y letra.

El día que estalló el Rodrigazo se convocó una enorme movilización en Plaza de Mayo por parte de la CGT, en el marco de las paritarias y contra la falta de homologación de los convenios, que se efectivizarían recién el 30 de septiembre. El 30 de junio se realizó una asamblea en la CGT que, luego de deliberar todo el día, convocó a un paro general con movilización los días 7 y 8 de julio. Era la primera huelga general contra un gobierno peronista. López Rega y Rodrigo debieron renunciar, pero su reemplazo no implicó fortalecer las posiciones del movimiento obrero. En paralelo, ya con el Operativo Independencia en marcha, asumió la comandancia del Ejército Jorge Rafael Videla.

Doble franco semanal y otros derechos

Hasta entonces el único marco normativo que tenían los trabajadores y trabajadoras de prensa eran el Estatuto del Periodista Profesional y el del Personal Administrativo de Empresas Periódicas, con normas complementarias posteriores. En el año '73 se establecieron los salarios mínimos, pero no se llegó a desarrollar un convenio colectivo definitivo.

Cuando se firmó en junio del '75, al Convenio de Prensa Escrita 301/75 se le agregaron cláusulas para la rama Radio. Y dos meses después se homologó el de Prensa Televisada. La conquista fundamental fue el doble franco semanal, obtenido para ambas ramas. Con la particularidad de que no necesariamente debían ser sábados y domingos, pero sí al menos uno de esos dos días. Esa fue la reivindicación más importante para los trabajadores y trabajadoras de la época, que complementaba las 36 horas que establece el Estatuto y, en el caso de la televisión, expresamente la reducía a 30 horas semanales.

Para la prensa televisada, en donde ya en ese entonces en los he-

chos se trabajaba ocho horas diarias, se dispuso que las horas en los días normales se pagarían al 100% (es decir, la hora simple multiplicada por dos) y los días francos o feriados al 200% (la hora simple multiplicada por cuatro), algo que muy pocos convenios colectivos consiguieron.

En ambos casos se establecieron funciones y categorías profesionales, cláusulas económicas, sistema de licencias y artículos novedosos como los que incorporaban a los sectores de Expedición, a motociclistas o que regulaban las coberturas en el exterior o interior del país, con pago de viáticos y francos según la extensión y distancia de la cobertura.

Los convenios, que son inmediatamente posteriores a la sanción de la Ley de Contrato de Trabajo, mejoraron el sistema de licencias y vacaciones. Y establecieron un sistema de reemplazos y recategorizaciones automáticas, entre otras cuestiones. También existían cláusulas que garantizaban el puesto de trabajo ante detenciones por razones políticas, toda una característica de época.

Dos particularidades del convenio de prensa televisada fueron la incorporación del plus por utilización del vehículo: los autos de los camarógrafos o las motos en el caso de los motociclistas. Y, en otro orden, el pago por la utilización de las notas realizadas en otros medios, algo que incluye a todas las secciones de la realización, producción o preservación de esa noticia. Por lo tanto, a toda la planta de trabajadores del medio.

La aplicación de los convenios no fue sencilla. La firma no implicó descomprimir la lucha en los lugares de trabajo. Todo lo contrario: en el marco de un debilitamiento del gobierno, hubo una avanzada en los niveles de conflicto que, en el caso de gremio de prensa, se expresó en el crecimiento de las afiliaciones de la APBA: pasaron de 6.500 a casi 10.000, a pesar de la intervención. Mientras que en las empresas más grandes se pudieron negociar incluso algunas cuestiones por encima de lo acordado en la paritaria general, la consigna en las redacciones de prensa escrita era “equiparación

salarial a Clarín”, donde se había conseguido un 100% de aumento tras un paro en conjunto con los gráficos.

En el diario Síntesis hubo un gran conflicto contra el pago fuera de término y con vales, hasta que finalmente quebró. En Editorial Abril, el 8 de agosto de ese año se ocupó el edificio ante la amenaza de despidos, pero finalmente concluyó ante la intimidación policial y el logro de la reincorporación de una compañera a su puesto de trabajo. En Editorial Atlántida despidieron a candidatos a delegados para impedir la elección de una Comisión Interna, en la previa del golpe del que la empresa de la familia Vigil sería oficialista, principalmente a través de las revistas Somos y Gente.

En el caso de prensa televisada, la discusión no era con dueños de empresas sino con los funcionarios que oficiaban de interventores. Nora Lafón, delegada en ese entonces de Canal 13, recuerda para este libro que la mayor dificultad a la hora de aplicar el convenio era “la indisciplina de los propios compañeros y la falta de solidaridad para hacerlo respetar”. Lafón siente orgullo de haber sido firmante de un convenio que terminó en la OIT como ejemplo en materia de derechos laborales. Fue un convenio que, entre el golpe de Estado cívico-militar y las privatizaciones a principio de los años '90, en muy pocos momentos de la historia se respetó íntegramente.

El compañerismo ante la adversidad

A fines del '75, los miembros de la Comisión Interna de Clarín sabían que el contexto del país no era el mejor para tomarse vacaciones. Y tenían el dato de que era posible que la empresa se quisiera aprovechar de ese escenario político. Por eso, desistieron de sus planes de irse a la costa atlántica o a Córdoba y alquilaron juntos una quinta en La Reja, Moreno, para estar cerca de Buenos Aires. El 5 de febrero del '76, la primera tanda de trabajadores en ingresar a las seis de la mañana comenzó a avisar del clima tenso que se

vivía y confirmaron que había una lista de despidos. Al mediodía llegaron los delegados y a la noche se realizó la primera asamblea en la Federación de Entidades Gallegas, en la calle Chacabuco al 800, donde más de 200 trabajadores deliberaron cómo enfrentar el conflicto. Durante esas semanas al menos tres veces el diario no pudo salir por retención de tareas o paros disfrazados de asambleas por parte de los trabajadores. Las comisiones internas más fuertes tenían la capacidad de garantizar la parálisis del medio.

Clarín cumplía así con una tradición de despedir cada determinada cantidad de años una cantidad importante de trabajadores, para de esa manera desplazar al activismo gremial. En este caso lo hacía en la antesala del golpe, lo que le permitiría anticiparse y evitar la práctica de otras empresas, que directamente armaron las listas de quienes fueron secuestrados desde su lugar de trabajo y luego desaparecidos. El conflicto terminó con la Comisión Interna despedida junto a unos 80 trabajadores. Concluía así con una de las experiencias sindicales más importantes en la historia del gremio de prensa. Luego del golpe de Estado, ya con la organización gremial dismantelada, Clarín vuelve a despedir masivamente.

A la situación de la APBA se sumó la intervención y ocupación por parte de los militares de la FATPREN y el Sindicato Capital en su sede de la calle Cangallo. La militancia del gremio buscaba cómo resguardarse: se hicieron reuniones en diferentes lugares, restaurantes, casas, hasta en el Sindicato de Farmacia que conducía Di Pasquale. Un grupo de periodistas acordó salir del país para denunciar la situación en un congreso de la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP), que recién se estaba conformando. La cita era la segunda semana de agosto en México. El día anterior a viajar, el 5 de agosto de 1976, Héctor Demarchi fue a la redacción de El Cronista Comercial a buscar su agenda y pertenencias para el viaje. Cuando salía de la redacción en la calle Alsina, a metros de Plaza de Mayo, fue secuestrado y hoy es parte de la lista de más de 200 detenidos desaparecidos del gremio de prensa.

González, el Chino Zemborain y Ricardo Esparis decidieron viajar de todos modos para llevar adelante esa denuncia en el exterior. Tomaron un vuelo de cabotaje a Mendoza, cruzaron por tierra al Chile de Pinochet, luego volaron desde Perú por Aerolíneas Argentinas y se encontraron con tripulantes de las Fuerzas Armadas. Tras una escala en Colombia, llegaron finalmente a México. “La primera noche que pude dormir en paz fue esa, no alcanzará mi vida para agradecerles”, recuerda Zemborain.

En la puerta de los canales aparecieron listas que indicaban quién podía ingresar y quién no y los pasillos se vistieron de verde militar. En Canal 7 al camarógrafo Norberto González lo despidieron por negarse a realizar una cobertura en el exterior sin las condiciones que exigía el convenio de prensa. A Horacio Riego y Nora Lafón, delegados de Canal 13 que pretendían defender el convenio, los esperaron en una reunión con un arma sobre el escritorio. Meses más tarde ella fue secuestrada y luego liberada y no pudo volver a su lugar de trabajo, más allá del convenio que ella misma había firmado.

Escudero venía sufriendo amenazas por parte de grupos de la Triple A. También su compañero de la comisión interna, Horacio Rodríguez. Bernetti se había exiliado en Cuba hacía un año. Eva no contaba con condiciones materiales para irse del país. Y pese al ofrecimiento de un retiro voluntario y la insistencia de sus propios compañeros, tampoco quería abandonar la editorial. Tenía miedo, ataques de pánico y dormía poco y mal porque estaba alerta por si iban a buscarla. “A pesar de la intervención y de la situación política yo llegaba a la redacción y sentía que estaba entre compañeros. El sentimiento de compañerismo que tenía con ellos no lo tuve nunca más. Sentí mucho la ausencia de mis compañeros. Porque los colegas son colegas, los amigos son amigos, pero ser compañero es otra cosa. Esa parte la voy a seguir extrañando mientras viva”, cuenta Escudero.

La dictadura vino, entre otras cosas, a barrer con los derechos

laborales establecidos en la Ley de Contrato de Trabajo, a la que le cercenó 25 artículos y le modificó 98. Esa ley, así como los convenios colectivos, fueron conseguidos con la lucha y la organización de la clase trabajadora. Fueron el resultado de compañerismo, de solidaridad y de amor que había en aquellos trabajadores.

Hoy, medio siglo después, lo sabemos: no pudieron.

Los días que vivimos en peligro

Cómo vivió el gremio la previa del golpe de Estado: la violencia y la persecución ideológica. La resistencia a la dictadura desde las redacciones. Las empresas cómplices.

Por Carlos Rodríguez

Los tres años anteriores al golpe del 24 de marzo de 1976 estuvieron signados por la violencia y la persecución ideológica. Finalizados los 49 días de gobierno de Héctor J. Cámpora, con liberación de presos políticos y festejos populares por el fin de la dictadura de Onganía-Levingston-Lanusse, el clima político se enrareció de forma dramática. Primero con el discurso del 1º de mayo de 1974 de Juan Domingo Perón, cuando echó a Montoneros de la Plaza de Mayo. La posterior muerte del presidente y líder justicialista, dos meses después, agravaría la situación: llegaba al poder real José López Rega y su organización parapolicial, la Triple A, responsable de al menos 700 asesinatos y desapariciones.

En ese marco se fue consolidando el poder hegemónico de los grandes medios de comunicación, bendecidos luego por una dictadura militar a la que apoyaron desde el primer día.

Yo trabajaba en ese entonces en Editorial Atlántida: había entrado en 1969, cuando tenía 19 años, donde escribía críticas de cine en la revista Canal TV. Años después, a comienzos de 1974, fui elegido delegado gremial por los trabajadores de la editorial, junto con otros ocho compañeros. En forma casi simultánea con la elección de esa primera Comisión Interna Gremial, la empresa de la familia Vigil, en abril de 1974, decidió el cierre de la revista, en la que trabajaba, además, otro de los delegados, mi amigo Osvaldo Mario Gazzola.

En Atlántida, los Vigil habían establecido las normas más duras del gremio contra sus trabajadores y siempre se opusieron a la actividad sindical interna. Antes de la elección, teníamos como representantes a dos correctores veteranos designados a dedo por la empresa como “nexo” entre la patronal y los trabajadores. Ellos actuaban como voceros de la empresa.

En representación de la comisión interna elegida en forma democrática, con Gazzola tuvimos una breve y única reunión con Carlos Aller Atucha, gerente general de la empresa. Luego de que le confirmáramos los nombres de los integrantes de la comisión interna, Atucha nos sacó de la cancha:

—Los llamamos para conocerlos y para decirles que nunca los vamos a recibir y nunca los vamos a reconocer como delegados —nos dijo.

Nacido en 1928, Aller Atucha había empezado su labor en la editorial en 1958. En Atlántida fue gerente administrativo, director económico financiero, administrador general y asesor del directorio. Desde esas funciones llegó a ser presidente de la Asociación Argentina de Editores de Revistas, desde 1981 hasta 1994. A pesar de su historial como verdugo de los trabajadores, tras el regreso de la democracia fue invitado para integrar el Gran Jurado de los Premios Konex 1987. Aller Atucha tuvo también una cátedra en la carrera de Periodismo de la Universidad Católica Argentina. Falleció en julio de 1994.

Los pasillos de Atlántida

En ese convulsionado 1974, durante largas semanas, con Gazzola y otros compañeros afectados por el cierre de la revista Canal TV, entre ellos Jorge Halperín y Carlos Sciacaluga, deambulábamos por los pasillos del edificio de Azopardo y México, porque no teníamos una oficina, un lugar de trabajo.

Uno de los pocos que fue reasignado a otras revistas, en su caso a Para Ti, fue Agustín Juan Botinelli. De “pinche” alcahuete en Canal TV pasó a ser jefe de redacción de la revista Para Ti. Cuarenta años después, en 2014, Botinelli fue procesado como responsable de la publicación, en ese medio, de una entrevista fraguada en perjuicio de Thelma Jara de Cabezas, a quien presentaron como “una subversiva arrepentida”, cuando en realidad estaba secuestrada bajo tortura



Carlos Rodríguez habla durante una movilización al Ministerio de Trabajo, el 4 de julio de 2013. (Foto: Pablo Piovano)

en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) y tenía a uno de sus hijos secuestrado, Gustavo, que permanece desaparecido.

Botinelli tenía el perfil justo de los que, en esos años, hacían carrera en Atlántida y en los grandes medios periodísticos. Antes de sacarse la careta, Botinelli presumía recitando a Miguel Hernández, el poeta español víctima de la dictadura de Francisco Franco.

Con Gazzola sufrimos chicanas, como la de querer incorporarnos al plantel de la revista Gente, dirigida entonces por Samuel “Chiche” Gelblung, con quien habíamos tenido fuertes enfrentamientos antes y después de ser elegidos delegados.

En mayo de 1974, con Halperín nos sumamos a lo que parecía ser un proyecto aceptable: una revista llamada Somos, con la que la familia Vigil quería amigarse con el peronismo. Los principales editores del proyecto eran José María Pasquini Durán, a cargo de la sección Política, y el dramaturgo Carlos Somigliana, en Cultura. Somigliana fue quien, por ejemplo, en 1985 redactó el alegato final del fiscal Julio César Strassera en el juicio contra la Juntas Militares. Con Halperín trabajamos en los números cero. Cubrimos el acto del 1° de mayo en el que Perón echó a los Montoneros de Plaza de Mayo: él siguió a los Montoneros, mientras que a mí me tocó la tarea de hacer una crónica sobre las huestes de la burocracia sindical y la “Jotaperra”, aliados del lopezrreguismo. También le hice una entrevista a Rodolfo Ortega Peña 50 días antes de que fuera asesinado por la Triple A, el 31 de julio de ese año.

Pero la muerte de Perón echó por tierra –por decisión de los Vigil– ese primer intento de revista Somos. Después del golpe de 1976, sí salió finalmente la Somos que fue vocera de la dictadura militar, de la mano de periodistas como Rolando Hanglin. Los Vigil, en pocos meses, cambiaron de rumbo, y de “acompañar” un difícil proceso democrático terminaron adhiriendo con fervor a los postulados del terrorismo de Estado. El mismo curso siguieron Clarín, La Nación y La Razón, luego de recibir Papel Prensa.

Atlántida, junto con Clarín y la Nación, fueron soldados de la

dictadura. En ese marco, los dos grandes diarios, más La Razón, recibieron el regalo de Papel Prensa, la empresa arrebatada a la familia Graiver por la dictadura.

“Es menester que quien informa goce de entera libertad (...) Lo esencial es formar opinión con valor y coraje para decir todo lo que haya que decir, sin callar nada y sin faltar a la verdad. Pero a veces es indispensable callar y mantener un prudente silencio, cuando está en juego el bienestar común”. La frase, un epitafio para la libertad de prensa, fue dicha por Jorge Rafael Videla al dejar inaugurada en San Pedro la planta de Papel Prensa, el 27 de septiembre de 1978. Ese día acompañaron y aplaudieron a Videla la señora Ernestina Herrera de Noble, Héctor Magnetto, Bartolomé Luis Mitre y Patricio Peralta Ramos, es decir Clarín, La Nación y La Razón.

Últimos días de la APBA

Aunque Atlántida nunca nos reconoció como delegados, con Gazzola participamos en los últimos plenarios realizados en la sede de la Asociación de Periodistas de Buenos Aires, en Avenida de Mayo 1209. La Asociación de Periodistas de Buenos Aires (APBA), nuestro gremio, agrupaba a la izquierda, al peronismo revolucionario, al PRT-ERP, y a sectores progresistas. Fueron plenarios tensos, con fuertes debates, ya que se iban a realizar elecciones en agosto de 1974.

La conducción de la APBA era encabezada por su secretario general, Enrique Tortosa, acompañado por Sergio Peralta, ambos del Partido Comunista. Era muy fuerte la discusión entre oficialismo y oposición. Figuras como Héctor “El Negro” Demarchi, delegado de El Cronista Comercial, cuestionaban a la conducción del gremio y se postulaban como candidatos a tomar las riendas de la APBA. Demarchi es uno de los periodistas detenidos-desaparecidos por la dictadura: se lo llevaron de la puerta del diario en agosto de 1976.

Lamentablemente, la elección nunca se concretó porque la APBA fue intervenida en 1974 por el gobierno de María Estela Martínez de Perón. La intervención se extendió hasta el final de la dictadura de Videla y Martínez de Hoz. Ese año nos quedamos sin gremio, nos echaron a los pocos que quedábamos en pie en Atlántida y, en lo personal, sufrí la muerte de mi viejo. Yo tenía 24 años.

En el infierno del Palacio Barolo

A comienzos de 1975 empecé a trabajar en Saporiti, una agencia de noticias que estaba en franca decadencia, pero daba cobijo a los desempleados del gremio. En ese tiempo tuve como compañeros, entre otros, a Oscar Raúl Cardoso y a Norma Morandini. Fueron unos pocos meses, porque a mediados de 1975 ingresé a la agencia Télam, en el horario de 19 a 1. En la agencia las asambleas eran cotidianas en razón de las fuertes controversias políticas que estaban en pleno auge en esos tiempos.

En la redacción de Télam, grupos importantes de compañeros respondían a las ideas de izquierda, pero otros, algunos acreditados en el Ministerio de Bienestar Social, seguían a López Rega. En esos años previos al golpe sufrimos el secuestro y el asesinato de muchos compañeros del gremio. Los casos se multiplicaron después del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976.

De las asambleas calientes, de la discusión política, en Télam, después del golpe, se pasó al silencio, a la prohibición de las actividades políticas y gremiales. Para salir a tomar un café con una fuente, un familiar o un amigo, había que llenar un formulario explicando cuál era el motivo de la salida.

Una de nuestras compañeras, Mona Moncalvillo, sufrió persecución porque tenía un hermano detenido-desaparecido. Domingo Héctor Moncalvillo, militante de Montoneros, había sido secuestrado el 18 de diciembre de 1976. Estuvo en la Brigada de Investi-



El Prensado se distribuía escondido dentro de Clarín y La Prensa.

gaciones de La Plata, entre otros centros clandestinos de tortura y exterminio. Fue asesinado a fines de 1977.

También sufrimos el asesinato de nuestro compañero Héctor Jesús Ferreiros, a quien llamábamos “El Cura”, porque había sido sacerdote militante por los derechos de los sectores populares. A Ferreiros, redactor en Télam, lo secuestraron el 31 de marzo de 1977 en su domicilio del barrio porteño de Palermo. Su cuerpo fue

encontrado el 6 de abril de ese año en el Camino General Belgrano, en la localidad de Monte Grande.

Harto de la persecución en Télam, tuve la temeraria decisión de renunciar y volver a Saporiti. La vieja agencia se había mudado: del sucucho que tenía en Diagonal Norte y Florida, al sexto piso del Palacio Barolo, en Avenida de Mayo 1370.

Todo parecía funcionar con la precariedad de siempre, hasta que se produjo otra mudanza, a la planta baja del Barolo. La redacción pasó a contar con tecnología de primer nivel. Rodeada de vidrio, era una “pecera” que podía ser observada desde la vereda, a través de una “vidriera irrespetuosa”, como diría Discepolín. Saporiti había sido cooptada por la Secretaría de Inteligencia de Estado (SIDE). La estructura del Barolo, inspirada en La Divina Comedia, está dividida en tres sectores: Infierno, Purgatorio, Cielo. Nosotros nunca llegamos a eso que llaman “Cielo”.

Con otros dos compañeros, Mauricio Crea y Hernando Albornoz, fuimos delegados virtuales de la agencia Saporiti. Con ellos también fuimos representantes de los trabajadores de la agencia en la Comisión Pro-Recuperación del Gremio de Prensa (COPRE-PREN). No fue mucho lo que pudimos recuperar tras la intervención de la APBA, pero organizábamos reuniones para intercambiar información sobre lo que pasaba en los medios, sobre compañeros presos o desaparecidos. De esos encuentros participamos representantes de los mismos sectores que habían estado enfrentados en los últimos plenarios de la APBA.

También nos reuníamos para saludarnos en el Día del Periodista, organizando encuentros en los que venían a acompañarnos artistas solidarios como Víctor Heredia, Jorge Marziali, Suna Rocha y Raúl Carnota, entre otros.

Yo militaba en la Lista Naranja de Prensa y distribuíamos entre los compañeros del gremio, escondido en ejemplares de Clarín o La Prensa, un boletín que se llamaba El Prensado. El logo era un periodista, cuya cabeza era aplastada por una prensa. Los que vi-

vimos fueron años de persecución, de pérdida de compañeros. En medio de un ambiente hostil, el compañerismo y el amparo que nos dieron las organizaciones de derechos humanos nos dieron la fuerza necesaria para seguir.

Los primeros en irse de Saporiti fueron Mauricio y Hernando, yo me quedé un tiempo más. Mi inconsciencia me llevaba a discutir a los gritos con algunos de los jefes de turno. Por eso me suspendieron varias veces. Por ejemplo, tuve un encontronazo verbal con un jefe de apellido Chañaha que, muchos años después, en 1988, fue jefe de prensa del entonces intendente de Morón Juan Carlos Rousselot, destituido en los noventa por delitos de corrupción. Rousselot, además de periodista, había sido vocero de López Rega.

Otra anécdota que sirve para pintar el clima de época tuvo como protagonista a Juan Carlos, un compañero de Saporiti que militaba en la ultraderecha ligada a la revista El Caudillo.

Luego de una de mis discusiones con mis jefes, Juan Carlos me llamó aparte y me dijo:

–No te regales, boludo. Mientras vos estabas a los gritos, te escuchaba ese tipo –me dijo y me señaló a alguien que escribía en una oficina cercana.

Y me advirtió:

–Ese trabaja para el Batallón 601 (de Inteligencia del Ejército). Si yo tengo que matarte, te voy a matar de frente. Ese te va a pegar un tiro por la espalda.

El que iba a pegarme el tiro del final era Martín Gregorio Allica, agente civil de inteligencia del 601. Allica fue pluma importante en Clarín y en La Nueva Provincia, de Bahía Blanca, diario apologista de los genocidas. Su dueño durante la dictadura, Vicente Massot, fue el primer empresario periodístico en ser imputado en delitos de lesa humanidad.

Juan Carlos, en Saporiti, le hizo un reportaje telefónico a Anastasio Somoza antes de su caída en Nicaragua: “Aguante, general, los rojos no pasarán”, fue su arenga de despedida. Juan Carlos tenía

diferencias con la dictadura, porque él quería que los asesinatos y las torturas fueran admitidos por el régimen como una “acción patriótica” contra “el flagelo del comunismo”. Por eso estaba dispuesto a matarme cara a cara.

Reivindicar y recordar

A fines de 1979 empecé a trabajar en la agencia Noticias Argentinas (NA), dirigida primero por Horacio Tato y luego por Raúl García. NA fue un refugio donde podíamos hablar y escribir sobre todos los temas. Con mi amigo Osvaldo Gazzola cubríamos las denuncias que comenzaron a tener más difusión, a través de los organismos de derechos humanos.

Tuve la suerte de publicar colaboraciones en la revista Paz y Justicia, dirigida por el Premio Nobel de la Paz 1980, Adolfo Pérez Esquivel. En ese año, mi casa en San Justo fue allanada en mi ausencia. Destrozaron papeles y libros. Sobre la mesa del comedor me dejaron intacta una Nikon FM de mi propiedad. Era un mensaje claro: “No te vinimos a robar”.

Ya en democracia, durante 15 años escribí la Galería de Represores en el periódico de las Madres de Plaza de Mayo. Eso lo logré gracias al espacio que nos abrió la agencia Noticias Argentinas, para la que cubrí el juicio a las Juntas Militares en 1985.

En 1987 dejé NA para sumarme a Página 12. Fui delegado gremial tanto en NA como en Página 12 y tuve la inmensa fortuna de colaborar en la creación del Sindicato de Prensa de Buenos Aires (SiPreBA). El compromiso que asumimos es el de reivindicar y continuar la lucha que comenzaron nuestros compañeros detenidos-desaparecidos.

Una larga marcha

Prensa y derechos humanos. Denuncia por periodistas desaparecidos en dictadura.

Contra la censura y la represión
del conflicto social en democracia.

Por Néstor Restivo y Tomás Eliashev

La actual política del Sindicato de Prensa de Buenos Aires es heredera de las luchas contra la dictadura y contra la impunidad que compañeras y compañeros del gremio llevaron adelante durante décadas. Basta con mencionar que Osvaldo Bayer –en paralelo a su obra periodística e histórica– fue delegado gremial en Clarín y secretario general del antiguo Sindicato de Prensa (1959-1962), e incluso acompañó hitos fundamentales en la gestación del Si-PreBA, como la lucha contra el vaciamiento del diario Crítica en 2010, llegando a encabezar ese año el Frente de Unidad Multicolor, la lista de los y las delegadas para intentar recuperar la UTPBA. La militancia que conformó el nuevo sindicato estuvo fuertemente vinculada al movimiento de derechos humanos, en una línea de continuidad con la generación que refundó la actividad sindical de prensa durante la dictadura –una vez superado

el desbande inicial que provocó el terrorismo de Estado— y tras el retorno de la democracia.

En 1984, la Asociación de Periodistas de Buenos Aires (APBA), recuperada por sus afiliados, creó de inmediato una Comisión de Derechos Humanos que integraron Juan Carlos Camaño, Néstor Piccone, Ana Villarreal, Néstor Restivo y Matilde Sosa. Una de sus primeras acciones fue asistir a las y los familiares de nuestros desaparecidos y encarcelados con la afiliación a la obra social y su incorporación a distintas áreas del quehacer gremial, luego de años de vivir perseguidos y sin contención alguna, excepto la de los valerosos organismos de derechos humanos. Con la APBA colaboraron, entre muchos otros, las compañeras y familiares de Haroldo Conti, Miguel Ángel Bustos, Roberto Santoro, Tilo Wenner, Marcelo Gelman y tantos y tantas más.

Como acción intersindical, desde la Comisión se ayudó a crear, junto a gráficos, actores, SICA, UOM Villa Constitución, UOM Quilmes, UTEDYC La Plata y otros gremios, las Comisiones Sindicales de Derechos Humanos. Entre otras acciones, se organizaron campañas de solidaridad y en reclamo por la liberación de presos políticos (como antes se había hecho con uno de los dirigentes de prensa detenidos, Eduardo Jozami, liberado a fines de 1983) que seguían privados de su libertad mucho tiempo después de la asunción de Raúl Alfonsín. La campaña incluía la organización de visitas al penal de Villa Devoto, para compartir con esos compañeros un rato de camaradería, llevarles alimentos o material de lectura, y hasta jugar al fútbol, cuando se permitía.

En 1986, al final de esa gestión que encabezaron Carlos Subiza y Alberto Ojam, se presentó el primer libro de una organización sindical en homenaje a los trabajadores de prensa desaparecidos, que coordinó Restivo y en el cual colaboró un extraordinario equipo de periodistas de distintos medios y de la Biblioteca Autónoma de Periodismo (BAP). Se llamó *Periodistas Desaparecidos: con vida los queremos. Las voces que necesitaba silenciar la dictadura*, y tuvo va-

rias ediciones posteriores, la última con prólogo de Bayer. Aquella edición original contenía, como un grito urgente, las primeras historias que se pudieron reconstruir –en medio del temor que había dejado en el cuerpo y la memoria reciente un régimen tan criminal, y de la fragilidad que suponía la joven democracia recuperada– de las decenas de casos de desaparición forzada de compañeras y compañeros, que entonces estimábamos en alrededor de 80 pero que –sabríamos con los años– eran muchos más.

La presentación, en la sala principal del Centro Cultural San Martín, sobre la avenida Corrientes, desbordó todas las expectativas. El libro tuvo una gran tirada y se distribuyó gratuitamente entre todos los afiliados.

A fines de 1986 se fusionaron la APBA y el Sindicato de Prensa de Buenos Aires y nació la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires (UTPBA), que fue la primera organización argentina –y quizá más allá de sus fronteras– en crear una Secretaría de Derechos Humanos a la par de las que conformaban la conducción del gremio.

Fue un hecho histórico en el marco de la movilización que suponía el permanente reclamo contra la impunidad de asesinos y torturadores, las consecuencias del extraordinario Juicio las Juntas, la furia de la derecha y los intentos de frenar el proceso de justicia, que derivaron en las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, contra las cuales el gremio encabezó una gigantesca campaña comunicacional. También fue el tiempo del regreso de muchos compañeros exiliados (como Juan Gelman o Miguel Bonasso), de la contención de los familiares y los riesgos que comenzaron a sucederse en cada intento militar de alterar el orden constitucional.

La política de derechos humanos en el gremio era compartida por todas las agrupaciones, que participaron tanto en el libro como en otras acciones, más allá de las diferencias que pudiera haber entre distintos nucleamientos, oficialistas u opositores, en otras áreas de la política gremial.



Día del Niño en la Fundación Mercedes Sosa y el reclamo por la aparición con vida de Santiago Maldonado. El cuerpo del joven fue hallado el 1 de agosto de 2017. (Foto: Prensa SiPreBa)

La Secretaría de Derechos Humanos asistió a numerosas compañeras y compañeros que, a medida que la reorganización gremial crecía en los lugares de trabajo, volvían a ser perseguidos, censurados o amenazados por la herencia dictatorial, es decir las políticas antisindicales de las empresas. La revista Cabildo publicó una lista de quienes, en la ideología nazi que expresaba, serían los supuestos nuevos desaparecidos. Una amenaza de muerte abierta y descarada frente a la cual se decidió reclamar al gobierno de Alfonsín que le quitara la franquicia postal gratuita. Cuando se logró, las cámaras patronales –cómplices del golpe del '76 y del genocidio posterior– pusieron el grito en el cielo por un supuesto atentado a la libertad de prensa.

Lo mismo sucedió en mayo de 1987, cuando en una acción mancomunada de nuestro gremio, el de Gráficos y el de Canillitas se decidió –tras asambleas masivas y entusiastas, primero en Clarín y luego en Crónica, La Nación, Ámbito Financiero y La Prensa– no corregir, editar, imprimir ni llegado el caso distribuir los diarios con una solicitada abiertamente apologética del crimen de Videla, Martínez de Hoz y sus secuaces, que los grandes medios iban a publicar el 25 de mayo como “homenaje a las Fuerzas Armadas”.

La movilización fue tan gigantesca que la solicitada no salió. Fue quizás el mayor éxito sindical y de derechos humanos de esos años, sobre todo en términos de unidad de trabajadores de distintos gremios de la comunicación. De nuevo, las patronales estallaron de furia y apelaron la decisión judicial argumentando “censura previa”, contra el criterio del juez de que se trataba de “apología del delito en grado de tentativa”, lo cual era obvio. La presentación por la parte sindical fue paralela a otra presentada por el periodista Horacio Verbitsky con el patrocinio de Alicia Oliveira, asesora legal en muchas batallas judiciales del gremio de prensa. La solicitada finalmente se publicó mucho tiempo después, tras la apelación de las patronales que se pusieron del lado de los oligarcas y revanchistas militares que querían agradecer a la dictadura el asesinato bestial de tanta gente. Pero pasó sin pena ni gloria, superado ya el marco de las campañas de desestabilización que había en 1987.

Otra tarea de la Secretaría, en conjunto con las Comisiones Sindicales de Derechos Humanos, consistió en integrarse a la Confederación General del Trabajo (CGT) mientras duró su Departamento de Derechos Humanos encabezado por Ricardo Pérez, durante el mandato de Saúl Ubaldini.

A principios del “menemato”, el eje principal en materia de derechos humanos se amplió a la defensa de colegas que sufrieron persecución penal por el uso y abuso que el gobierno hacía de la figura del desacato. En lo político, se realizó una labor intensa en el Congreso de la Nación y en el exterior, por ejemplo en Washington

DC ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos y en Nueva York con instituciones vinculadas a la labor periodística y con medios de comunicación influyentes. El trabajo rindió sus frutos en 1993, cuando se logró la derogación de esa figura anacrónica de censura.

Ese mismo año, la Secretaría participó en Viena de la Conferencia Mundial de Derechos Humanos junto a una delegación de organismos integrada, entre otros, por el Premio Nobel de la Paz Adolfo Pérez Esquivel, por el Servicio de Paz y Justicia (Serpaj), y Hebe de Bonafini por la Asociación Madres de Plaza de Mayo. También allí se llevó la voz de nuestro gremio contra la persecución menemista y contra las leyes de impunidad que regían desde finales del gobierno de Alfonsín.

La Secretaría reeditó varias veces su publicación sobre periodistas desaparecidos y publicó uno de los primeros libros sobre Derecho a la Información, que comenzó a utilizarse en las nuevas carreras universitarias de Comunicación Social y Periodismo (tema que comenzaba a asomar como una pelea fundamental contra los monopolios informativos y los grupos mediáticos, devenidos cada vez más en parte sustancial del bloque de poder). Coeditó con la revista La Maga y Ediciones de la Flor un libro en homenaje a las compañeras desaparecidas durante la dictadura, centrado en la figura de Susana “Pirí” Lugones, escrito por Analía García y Marcela Fernández Vidal, cuya presentación en la Feria del Libro fue un acontecimiento notable. También se reprodujo cada 24 de marzo la Carta Abierta de Rodolfo Walsh a la dictadura, entre otras acciones.

El 11 de noviembre de 1993, en un contexto de ataques, amenazas, golpes y juicios contra periodistas, ocurrió un hecho gravísimo: la desaparición de Mario Bonino, cuyo cadáver fue hallado cuatro días después a un costado del Riachuelo. El gremio formó de inmediato una comisión de investigación, una vez más con espíritu plural, que coordinó la Secretaría de Derechos Humanos y de la

que participaron Pablo Llonto, Nelson Marinelli, Enrique Tortosa, Santo Biasatti, Enrique Sdrech y Nancy Pazos.

La represión contra periodistas y trabajadores de prensa fue siempre un foco de alerta y atención del gremio. La Secretaría participó en Chile y Colombia de acciones de solidaridad y reclamo de justicia frente al asesinato de colegas de esos países hermanos, a fines de la dictadura de Augusto Pinochet y en las épocas más álgidas de las bandas paramilitares y los narcos del país caribeño. También se realizó un viaje a Jerusalén, en solidaridad con los periodistas de Palestina, durante la primera Intifada de 1989.

El hilo de la historia

Desde su nacimiento el 7 de junio de 2015, el SiPreBA tuvo una decidida política de derechos humanos, tanto en la denuncia de las violaciones actuales como en la construcción de nuestra memoria. Por algo se definió que Bayer fuera el secretario general honorario de la flamante organización gremial. A los pocos años de andar, se homenajeó a las Madres de Plaza de Mayo Nora Cortiñas y Taty Almeida como madrinas de la organización.

El sindicato procuró recuperar la tradición de lucha por los derechos humanos que caracterizó al gremio de prensa desde la dictadura, tras la recuperación de la democracia y en los primeros años del menemismo.

La Secretaría se vinculó a los espacios de derechos humanos de los sindicatos de la CGT y las dos CTA, conformando parte activa de la Intersindical de Derechos Humanos, tomando firme posición para apoyar el desarrollo de los juicios de lesa humanidad y la protección de los sitios de memoria, exigiendo siempre juicio y castigo a los militares y civiles responsables del genocidio y del terrorismo de Estado.

La participación en las marchas del 24 de marzo, así como el re-

clamo por José Luis Cabezas en conjunto con ARGRA cada 25 de enero, fueron dos de los acuerdos fundacionales. Desde los inicios se planteó la idea de tener una fuerte línea de intervención en la disputa editorial que tiene lugar en las redacciones, en línea con lo que sucedió en Clarín y otros medios en 1987.

Al iniciar el gobierno de Mauricio Macri, los y las trabajadores de prensa de La Nación, a través de su asamblea y su Comisión Gremial Interna, se desmarcaron de un editorial en el que los dueños del diario exigían beneficios para genocidas condenados por crímenes de lesa humanidad y acusaban a los desaparecidos de ser “terroristas”. El sindicato apoyó y difundió el pronunciamiento.

En sus primeros meses, el SiPreBA alertó e intentó frenar la declaración de guerra de la ministra de Seguridad Patricia Bullrich contra las movilizaciones y la prensa. En febrero del 2016, a través del denominado “Protocolo de actuación de las fuerzas de seguridad en manifestaciones públicas”, la funcionaria amenazó con encerrar a la prensa en “una zona de ubicación determinada”, un virtual “corralito”. Como parte constitutiva de su propuesta de aplastar la protesta social, Bullrich intentó desde el inicio de su primera gestión en Seguridad impedir el registro de las violaciones a las leyes que comenten los uniformados.

El sindicato, junto con la FATPREN y ARGRA, con el acompañamiento del CELS y la CORREPI, realizó una audiencia en la Cámara de Diputados. Allí, Fernando “Tato” Dondero, primer secretario general del SiPreBA y ex preso político, alertó que “el Protocolo elaborado por el Consejo de Seguridad Interior e impulsado por la ministra Patricia Bullrich nos afecta como trabajadores y ciudadanos porque su articulado podría derivar en el ejercicio de la violencia policial como respuesta a los reclamos populares”. Y agregó: “Como trabajadores y trabajadoras de prensa, no aceptamos limitar nuestros movimientos a una ‘zona determinada’. Reporteros gráficos, camarógrafos y periodistas, rompiendo en muchos casos con la línea editorial de las empresas donde trabajan, aportaron



El SiPreBA, la FATPREN y el grito de cada 24 de marzo: trabajadores de prensa detenidos-desaparecidos ¡presentes! (Foto: Nicolás Borojovich)

con su registro para que los hechos no queden impunes, por caso los asesinatos de Darío Santillán, Maximiliano Kosteki y Mariano Ferreyra”.

El 4 de julio de 2016 se produjo otro ataque a la prensa, en este caso protagonizado por una patota con protección policial, judicial y política, que intentó desalojar a los trabajadores de Tiempo Argentino y de Radio América que protegían las redacciones abandonadas por la patronal. En el marco de la lucha en contra del vaciamiento del Grupo Veintitrés, el apoyo de Madres de Plaza de Mayo y otros organismos de derechos humanos fue muy importante. A la hora de denunciar este atropello, ese abrazo se hizo sentir.

A fines del primer año de macrismo, el sindicato publicó una solicitada en Tiempo Argentino, Infonews y El Argentino Zona

Norte, tres medios puestos en marcha por sus propios trabajadores luego del vaciamiento. “Libertad a Milagro Sala y a todos los presos por luchar. Basta de reprimir y criminalizar la protesta. Juicio, castigo y cárcel común para los criminales de lesa humanidad, militares y civiles. Basta de gatillo fácil y detenciones arbitrarias”, fue la consigna.

Ante el caso de Santiago Maldonado, desaparecido en el marco de la violenta represión de Gendarmería en la Lof en Resistencia Cushamen, Chubut, el 1º de agosto de 2017, los principales medios se hicieron eco de las versiones falsas impulsadas por el gobierno macrista. La solidaridad de los trabajadores de prensa y las comisiones gremiales internas organizadas en el SiPreBA se hizo pública en medios como TN, La Nación, Clarín y en los medios públicos. Nuestra bandera de “Justicia por Santiago Maldonado” se hizo visible en todas las manifestaciones y hasta en la cancha de fútbol, antes del partido entre Temperley y River.

SiPreBA se pronunció públicamente: “Ante la desaparición forzada de Santiago Maldonado, repudiamos las operaciones del gobierno a través de los medios de comunicación”. E interpelló a los colegas para que no se sometan a “operaciones de prensa del gobierno, sectores de la justicia y servicios de inteligencia”. En ese contexto de persecución se realizó una charla abierta titulada “La lucha del pueblo mapuche y la criminalización promovida por los medios hegemónicos”, con presencia de referentes de la comunidad y el CELS.

La masiva marcha del 1º de septiembre, por el primer mes de la desaparición forzada de Maldonado, fue brutalmente reprimida. De los 31 detenidos, cinco eran trabajadores de prensa, cuatro de los cuales fueron procesados por “intimidación pública y resistencia a la autoridad”. Recuperaron la libertad luego de 72 horas de encierro y padecieron el armado de causas. La defensa de estos comunicadores fue encarada en forma conjunta por el SiPreBA, la Red Nacional de Medios Alternativos y la CORREPI. El sindicato se

presentó ante el fiscal para reclamar la libertad de los trabajadores de prensa detenidos.

A fines de ese año se demostró de forma violenta para qué quería el Protocolo la ministra Bullrich. En ocasión de las protestas en el Congreso por el intento de reforma previsional, las fuerzas de seguridad atacaron directamente y a la altura de los ojos a reporteros gráficos, camarógrafos y periodistas en general. El 14 de diciembre hubo al menos diez trabajadores de prensa heridos con postas de goma. Y el 18 del mismo mes se sumaron 30 nuevos casos. Para denunciar la situación, ARGRA y SiPreBA convocaron a un “camarazo” con la consigna “no disparen contra la prensa”, emulando las protestas organizadas a fines de la última dictadura, y se exigió “la renuncia de la ministra de Seguridad, Patricia Bullrich”.

La denuncia se trasladó al plano internacional. El sindicato y el CELS denunciaron la represión contra la prensa ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en su plenario de febrero de 2018 en Bogotá. “En la Argentina el Estado dispara contra la prensa”, planteó Carla Gaudensi, actual secretaria general de la FATPREN.

Las agresiones continuaron hasta el final del gobierno de Macri. En 2019, dos fotógrafos fueron detenidos en el marco de una cobertura de una protesta de la Cooperativa MadyGraf y otro sufrió una agresión policial en un “verdurazo” de la Unión de Trabajadores de la Tierra (UTT). Una vez más, se realizó un “camarazo” frente al Congreso, donde había tenido lugar la represión.

Con la asunción del gobierno de Javier Milei y el nombramiento de Bullrich una vez más como titular de la cartera de Seguridad, volvieron aún más violentas las agresiones contra la prensa en el marco de la represión a protestas sociales. Las intermediaciones del Congreso se transformaron una y otra vez en escenario de cacerías policiales.

En el marco de la discusión de las leyes denominadas “Ley Bases” y “Paquete fiscal”, las fuerzas de seguridad mostraron una ferocidad

inusitada. Cuando la habitual marcha de los miércoles de los jubilados sumó el apoyo de distintos sectores, la violencia fue alevosa, casi homicida, con el caso de Pablo Grillo como emblema: el joven fotógrafo recibió una granada de gases en la cabeza, disparada en línea recta por un gendarme. Una vez más, SiPreBA y ARGRA elevaron la voz. Junto con el CELS se hizo un planteo judicial para proteger la tarea de la prensa en las siguientes movilizaciones.

La construcción de la memoria y el archivo

A lo largo de sus diez años, el SiPreBA tuvo como cita de honor la movilización de cada 24 de marzo por Memoria, Verdad y Justicia y en reivindicación de nuestros desaparecidos y asesinados, así como de quienes a través del oficio periodístico y de su militancia defienden los derechos humanos. También se planteó como esencial el acompañamiento a los juicios de lesa humanidad, como en las causas Puente 12 y Vesubio, así como el apoyo a los sitios de la memoria, como el ex CCD Virrey Cevallos y la ex ESMA.

El primer año, el sindicato convocó a la plaza de Mariano Moreno y participó de las dos marchas del 24 de marzo, publicó y repartió un diario gratuito con notas de Nelson Marinelli, Pablo Llonto y Carlos Rodríguez, entre otros, y fotos de la muestra de ARGRA sobre la dictadura titulada “Con vida los queremos”.

En 2017, a 40 años de la “Carta abierta de un escritor a la Junta Militar”, se sumó un homenaje a Rodolfo Walsh, con la presencia de Patricia, su hija. A partir del año siguiente, el sindicato respaldó el reclamo de organizaciones locales para que la última casa del periodista y militante, en la localidad de San Vicente, provincia de Buenos Aires, fuera expropiada y convertida en un centro para la memoria. En varias oportunidades se realizaron caminatas hasta la vivienda donde escribió la Carta Abierta. El año pasado, por iniciativa de la legisladora Laura Cano (PTS-FIT), la Cámara de Di-

putados provincial votó un proyecto para recuperar el inmueble.

En 2018, en plena lucha en defensa de los medios públicos contra el ataque macrista, se realizó una transmisión especial del “Noti trabajadores”, producido por empleados de la TV Pública, Télam y Radio Nacional frente al viejo hotel Castelar, sobre Avenida de Mayo. Al caminar rumbo a la Plaza, las columnas veían la transmisión, que incluyó las imágenes de la propia multitud movilizándose.

Durante la pandemia se hicieron transmisiones *online* cada 24 de marzo. En la última se estrenó el corto animado “Un oscuro día de injusticia”, de Daniela Fiore y Julio Azamor, y se anunció la puesta en marcha de un proyecto fundamental para entender las dimensiones del genocidio y cómo tanto los trabajadores como la prensa fueron blanco de la dictadura: el Archivo web de trabajadorxs de prensa desaparecidxs y asesinadxs por el terrorismo de Estado.

“Desde el SiPreBA lanzamos una investigación abierta y colaborativa sobre trabajadorxs de prensa desaparecidxs y asesinadxs por el terrorismo de Estado. Se trata de un trabajo en progreso llevado a cabo por periodistas, comunicadores, estudiantes y trabajadores con el objetivo de hacer una nueva contribución al tan necesario Nunca Más. Durante más de un año relevamos los más de 200 casos de detenidos/as desaparecidos/as del gremio e indagamos en sus historias, su trabajo y su militancia. El resultado es un archivo digital que se puede ver en <https://memoria.sipreba.org>. El trabajo recoge lo realizado por otras organizaciones sindicales pero con nuevos objetivos: el de rescatar la labor profesional y las militancias partidarias o sindicales en los casos en los que las hubiera, aspecto no incorporado en investigaciones previas”, se explicó durante su inauguración formal, en junio de 2021.

“Comenzamos la investigación con un listado de 232 nombres que en 2019 –por pedido del SiPreBA– entregó la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación, abarcando el período 1966-1983, incluyendo los asesinatos llevados adelante por la Triple A. A más de un año, y con diversos casos aislados que hemos ido encontrando

en el trabajo cotidiano, tenemos un total provisorio de 243 nombres. Sobre sus vidas intentaremos echar luz en este archivo”, se informó. En el proyecto colaboran, además de afiliados al sindicato, estudiantes de las facultades de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Avellaneda y de la Universidad de Buenos Aires.

El sindicato procuró fomentar la formación en materia de derechos humanos. En ese sentido, se organizaron el taller sobre el Rol del Periodismo en la Restitución de Identidades, por Ángela Urondo Raboy; el seminario Genocidio y Movimiento Obrero, a cargo de Adriana Taboada, del Centro de Estudios sobre Genocidio de la UNTREF junto a ATE Capital; y la difusión de un material elaborado por la Defensoría del Público sobre “Tratamiento mediático responsable sobre la última dictadura cívico-militar”.

En 2022, al día siguiente de convocar en Avenida de Mayo y 9 de Julio a una foto colectiva por “la memoria de lxs Trabajadorxs de Prensa Desaparecidxs y Asesinadxs por el Terrorismo de Estado”, se inauguró junto a la Asociación Gremial de Trabajadores del Subte y Premetro (AGTSyP) y otras organizaciones sindicales un mural en homenaje a Rodolfo Walsh en la estación de la Línea E del subte de Buenos Aires que lleva su nombre, en el cruce de las avenidas Entre Ríos y San Juan. Los homenajes a Walsh continuaron en abril de 2023 con la inauguración de un mural hecho por Mosaico Nacional en la puerta del edificio de la FATPREN, donde también funciona el SiPreBA.

Ya con Javier Milei como presidente, la convocatoria del 24 de marzo fue en el acampe en contra del cierre de Télam. Además, se llevó adelante una cobertura especial a cargo de las y los trabajadoras de medios públicos, desde el portal y las redes de Somos Télam.

En 2025 se repitió el lugar de convocatoria y la modalidad de cobertura, entonces a través del sitio y las redes de SiPreBA. “Este 24 de marzo, como todos los años, estamos en la Plaza de Mayo con los organismos y las centrales sindicales, y con la FATPREN en todas las provincias del país para recordar a los 30 mil desaparecidos

y a los trabajadores de prensa que fueron víctimas del terrorismo de Estado”, señaló el secretario general del SiPreBA, Agustín Lecchi. La columna fue la más grande que convocó el Sindicato en su historia y se hizo sentir en la Plaza con el reclamo de justicia por Pablo Grillo y la exigencia de renuncia de Patricia Bullrich.

Este caudal de lucha por los derechos humanos en el plano nacional también se trasladó al plano regional e internacional a través de la Federación de Periodistas de América Latina y el Caribe (FEPALC) y la Federación Internacional de Periodistas (FIP). El Sindicato se solidarizó con los periodistas asesinados en México, realizando en conjunto con ARGRA una actividad encabezada por Nora Cortiñas. En esa línea, también se pronunció en solidaridad con periodistas de Colombia, Chile y Palestina, y participó de la brigada en solidaridad con el pueblo boliviano luego del golpe de Estado, denunciando el asesinato del periodista Sebastián Moro ante la ONU. Como no podía ser de otra manera, SiPreBA encabezó en la Argentina el reclamo por la libertad de Julian Assange.

Todo el recorrido narrado demuestra que esta construcción forma parte de una larga marcha. “La lucha por los derechos humanos en el gremio de prensa replica la esencia fundacional de la organización gremial: la continuidad —explica Diego Pietrafesa, titular de la Secretaría de Derechos Humanos del SiPreBA—. Los vaivenes políticos y sociales, con sus avances y retrocesos, los logros, las derrotas, nada nos apartó de nuestro camino hacia la Memoria, la Verdad y la Justicia. Nuestro desafío es honrar esa huella y trazar nuevas sendas por donde seguir luchando, siempre hacia un horizonte, al fin, sedoso y amplio, que nos cubra a todos como un pañuelo blanco”.

(Este capítulo recorre la historia de la lucha del gremio de prensa en materia de derechos humanos desde el retorno de la democracia hasta 1995, cuando concluyó el mandato de Néstor Restivo en la Secretaría de Derechos Humanos de la UTPBA, y a partir de 2015, con la fundación del SiPreBA.)

Clarín, la batalla eterna

El intento fallido de resurrección de la organización sindical en 1982, la primavera gremial tras el regreso de la democracia y el resurgimiento de la Comisión Interna en 2000.

Por Pablo Llonto

El departamento de Alejandro Guerrero tenía dos particularidades. El intenso olor a cigarrillos Particulares y un velador apoyado sobre un cajón de manzanas al que pretenciosamente llamaba mesita de luz. Allí, en las primeras semanas de 1982, se desarrollaban las clandestinas reuniones de la sección Deportes del diario Clarín (a veces concurrían periodistas de otras secciones) con el objetivo de ver cómo le planteábamos a la empresa la efectivización de los centenares de “colaboradores permanentes” que constituíamos la mayoría del plantel de redactores, nunca reconocidos como tales por la patronal donde mandaba fuerte un político desarrollista y su delfín operativo: Rogelio Frigerio el primero, Héctor Magnetto el ladero.

Las esperanzas de un declive de la dictadura y de ciertos avances en la organización gremial de Clarín estimulaban el coraje de Alejandro, quien se destacaba también como el cuarto periodis-

ta especializado en boxeo del diario. Entre los activistas sindicales que asomaban su pellejo, “El Flaco” Guerrero era el más entusiasta de un puñado de jóvenes trotskistas que combinaban impaciencia y sapiencia para levantar a la tropa. Era tiempo de terminar con la derrota de 1976. En el comienzo del hervor, levantaban sus cabezas militantes peronistas, radicales y de todos los grupos de izquierda setentistas.

Para entonces la redacción de Clarín era un estanque calmo al que alguien había arrojado la primera piedra. Los recuerdos orales de los combativos 70 circulaban entre muchas máquinas de escribir y las primeras computadoras verdosas que la empresa instalaba con jactancia. Los tremendos monitores se mezclaban con las primeras fotocopias del Convenio Colectivo 301/75 y del Estatuto del Periodista que circulaban por abajo y mordían nuestro desconocimiento de Derecho y de Historia.

La sección más numerosa (alrededor de treinta colaboradores permanentes que cumplíamos horario y trabajábamos a la par de los efectivos) era Deportes. Allí estaba el embrión de la rebelión, pero también estaba el mandamás de los alcahuetes: nuestro jefe, Juan De Biase.

Las arengas de Alejandro se sumaban a toda la tarea previa en los pasillos, en los bares y restaurantes de Constitución y de la zona de Congreso que llevaban adelante al menos una docena de los periodistas más experimentados en lides políticas y sindicales. Su “veteranía” contradecía sus veintipico de años, pero así eran las cosas en los nacientes 80. Las voces más avezadas permanecían en el exilio (Europa y México) o en alguna provincia perdida.

Era el intento más colosal de resurrección de la actividad sindical con vistas a conformar una comisión gremial transitoria o elegir delegados por sector para llevar los primeros reclamos a la empresa. El entusiasmo tenía conexión con las primeras huelgas periodísticas de Crónica en 1979 que contagiaron al gremio.

Hasta que llegó el acto infame de Juan De Biase. En agosto de

1982 llevó al tercer piso la lista de los revoltosos de la sección Deportes (algún otro soplón, no detectado aún, acompañó los nombres de otras secciones) y la empresa despidió a Alejandro Fabbri, Gustavo Veiga y Alejandro Guerrero (Deportes), Alberto Guilis (Internacionales), Alejandro Horowicz (Economía) y en las horas posteriores al muy digno Julio Nudler (ocupaba un cargo jerárquico), a quien acusó de, siendo jefe, hablar en la asamblea autoconvocada para analizar qué hacer frente a los despidos.

La redacción quedó aturdida y vencida. Nos habían ganado con el miedo. La paz del camposanto en que convirtieron a Clarín duró hasta diciembre de 1983 cuando la primavera democrática creció desde el pie. En los talleres gráficos ubicados en el subsuelo del diario, sobre la calle Tacuarí, los paladines obreros recuperaban la esperanza y poco a poco contagiaron a los periodistas.

La lucha por la recuperación de derechos

Para 1984 la indignación se acrecentaba tanto como la certeza de que con la democracia no solo se comía, se curaba, se educaba: con la democracia también se recuperaban libertades y derechos sindicales. Una docena de reuniones en las afueras del diario, y otras tantas adentro, culminaron con una asamblea general entre rotativas y bobinas de papel y el grito común nos envolvió: “Elecciones para Comisión Interna y pliego de reclamos ya”.

Ahora era la empresa la que retrocedía. Para mediados de año, los dos sindicatos (intervenidos, pero ya con funcionarios de un gobierno democrático) llevaron adelante los comicios. En Gráficos arrasaron los compañeros ligados a la Lista Verde de Raimundo Ongaro, el sindicalista de los 60 y 70 que retornaba del exilio. En Prensa, nos arrastró la ola multicolor que pedía unidad y variedad. Por eso las elecciones fueron a lista abierta —se votó marcando en un papel 10 nombres de 20— y así entraron los diez más votados

y votadas. Resulté electo secretario general, para mi sorpresa, y como secretaria adjunta quien luego sería mi compañera, Ana Ale, de Economía. En el reparto se mezclaban compañeros peronistas, comunistas, intransigentes, trotskistas y radicales. Un reflejo variopinto de la que luego sería la lista ganadora en la primera elección posdictadura de la Asociación de Periodistas de Buenos Aires, APBA. Allí llevaríamos como candidato a secretario general a Carlos Subiza, dirigente de Crónica. Un baluarte en este retorno fue un periodista de Economía, Oscar Spinelli.

Era el nacimiento de algo nuevo, mezclado con una parte de lo viejo, pero que se convertía en marea en todo el gremio. Todo se discutía y todo se votaba. Asambleas por sección, petitorios con cientos de reclamos, y una primera reunión gigantesca para aprobar las urgencias que le llevaríamos a la gerencia de Personal. El primer punto era un deber: “Reincorporación de los despedidos en 1982”. Recuerdo que ni siquiera consultamos a aquellos despedidos, pero uno de ellos llamó por teléfono a la redacción minutos antes de la asamblea para agradecernos que tuviésemos memoria.

La empresa a ese punto dijo que no. Era cantado. Pero nadie nos iba a quitar la convicción de que debíamos cumplir con nuestros compañeros echados en los tiempos del terror.

Una lista inmensa de los derechos a recuperar se pegaba en las carteleras y de a poco íbamos logrando consensos para pedir más y más. Es cierto que las urgencias eran las salariales y, al menos, se logró que los aumentos fueran mes a mes y respetando el índice de la inflación del mes anterior, pero al mismo tiempo se recuperaron algunas cuestiones elementales que Clarín y Magnetto habían aplastado en los años de la dictadura: se pagarían las horas extras a los periodistas y no se haría por fracción; es decir, si alguien trabajaba diez o veinte minutos más de su horario, cobraría una hora extra completa. Se recuperaba el respeto a casi todo el convenio colectivo. Y en el nutrido petitorio inicial, allá por la hoja quince o dieciséis de los reclamos, brillaban por su originalidad y desfacha-

tez dos puntos menores, pero símbolo de época: que en el buffet el café se sirviera en taza y plato y no en vasitos de vidrio y que a los compañeros de baja estatura la empresa les proveyera de sillas adaptables a los altos escritorios.

Una señal de resurrección y alegría fue editar nuevamente el periódico interno, bautizado solemnemente y con picardía “El Clarinete”.

Los días eran frenéticos. Y si bien teníamos unas cuantas diferencias con el centenar de compañeros de Expedición, la unidad de Prensa no se rompió. Eso sí, con los gráficos comenzaron los celos y envidias. Gran parte de ellos nos miraban de reojo calificándonos de intelectuales de izquierda y desconfiaban de nuestras posiciones combativas. El recelo recordaba a los 70 cuando el choque entre peronistas de la derecha y sindicalistas clasistas llenó de cadenas y algunos tiros gran parte de las fábricas y también de las empresas periodísticas.

Las asambleas dejaron de ser intersindicales en 1986 y fue así que en prensa empezamos con libretto propio. La aceleración por el logro de cumplimientos del Convenio 301/75 (categorizaciones especialmente) nos llevó a reclamos más profundos. Clarín pagaba doble aguinaldo, un beneficio obtenido en los 70 cuando el gran diario no paraba de crecer, pero al calcular el aguinaldo legal no incluía esa bonificación adicional. Por lo tanto, tenía con sus trabajadores una deuda enorme de años. Y si bien la prescripción en derecho laboral es de dos años, logramos con un reclamo administrativo interrumpir la prescripción, judicializamos el caso y conseguimos el pago de una importante acreencia. Lo mismo hicimos con el mal cálculo de las horas extras. Muchísimos compañeros tenían muchas horas extras acumuladas no pagadas y encima mal calculadas y a la hora de cobrar percibieron sumas que les permitieron, por ejemplo, comprar un auto cero kilómetro. Era nuestro mejor momento. Y para la redacción, la sensación de que estábamos bien, pero podíamos estar mucho mejor.

Muchos compañeros se sorprenden hoy frente a esta medida de lucha y nos preguntan: ¿se puede estar en juicio con una empresa privada mientras sos empleado sin que te echen? La respuesta es sí, y además en Clarín había decenas de compañeros con dos juicios al mismo tiempo, el del aguinaldo y el de las horas extras.

El fin de la primavera gremial

Quizás ello nos posicionó sólidamente para encarar un desafío enorme el día en que 5.400 seguidores del asesino y dictador Jorge Rafael Videla pretendían publicar una solicitada en su apoyo. La fecha elegida: 25 de mayo de 1987. Los originales de las firmas de apoyo llegaron al diario días antes porque previamente debían pasar por la sección corrección para que corroborasen que los apellidos y nombres y DNI salieran bien escritos. Fueron esos compañeros quienes nos avisaron de la jugada de los golpistas. Algunos de ellos nos dijeron “yo no pienso poner mi mano de obra para ayudar a que salga esta reivindicación de un genocida”. Nunca había pasado una cosa así, se trataba del derecho a negarse a prestar tareas para un trabajo que no encajaba en la ideología de un laburante. Una especie de cláusula de conciencia.

Llamamos a una asamblea en la redacción y aquella tarde se dio una de las discusiones políticas, filosóficas y humanas más interesantes en la vida gremial. Por pocos votos ganó la posición de negarnos a que esa solicitada saliese en Clarín, frente a otras mociones que sostenían que la empresa era privada y tenía derecho a publicar lo que quisiera, mientras los clientes pagaran, y que nosotros no podíamos oponernos porque éramos solo empleados.

A la hora de resolver cómo frenarla, recurrimos a nuestro gremio. Para entonces ya se habían unificado la APBA y el Sindicato y teníamos la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires (UTP-BA), por supuesto medianamente combativa y aún no podrida en

su entrega y claudicación, como ocurriría pocos años después. Vía el gremio, y con la firma de Horacio Verbitsky por otros canales judiciales, se logró que el juez federal Martín Irurzun resolviese una medida cautelar para frenar la solicitada ante la probable comisión de “tentativa de apología del delito”. Un fallo ejemplar, que luego tuvo modificaciones, pero que nos permitió vivir uno de los grandes logros de las luchas sindicales de los 80. Casi tocábamos el cielo con las manos.

Sin embargo, no percibíamos que estábamos en la intemperie y que las tormentas se acercaban. La inflación del gobierno de Alfonsín se comía el salario y por más recomposición salarial que lográsemos mes a mes, el sueldo se esfumaba en cuestión de días. La inflación de junio de 1989 fue de 114 por ciento mensual y la de julio 196 por ciento ¡mensual! Aprendimos la palabra hiperinflación mientras la sociedad enloquecía. En una asamblea en los talleres de la calle Zepita –Clarín ya había mudado meses antes su planta impresora– los obreros gráficos y nuestros obreros de prensa de Expedición resolvieron la toma de la planta hasta que la empresa garantizara el respeto por la pauta inflacionaria.

El diario del 4 de julio de 1989 –cuatro días antes de la asunción de Carlos Menem– no salió, pese a que la edición estaba lista para imprimirse, ya que la decisión de ocupar la planta y hacer guardia para que nadie tocara las máquinas se tomó a las dos de la mañana. Al día siguiente, los periodistas no podían creer lo sucedido. Todas sus notas que habían escrito el 3 de julio son parte de los espectros del periodismo. La empresa nos denunció por usurpación y al mediodía una jueza penal se constituyó en la planta de Zepita. Rodeados por la Infantería de la Policía Federal, la intimación me llegó de un cara a cara con la magistrada: “O desalojan ya o empezamos con los gases. No voy a avalar una toma de fábrica”.

La reacción de los quinientos trabajadores y trabajadoras que estaban allí fue la esperada. Nos dividimos. Un sector de ambas comisiones internas pensábamos que la policía no se atrevería a

desalojarnos porque éramos nada más y nada menos que Clarín, y otros pensaban que era descabellado llevar adelante una resistencia violenta a una orden judicial. Ganó la segunda posición por escándalo y en cuestión de horas se desalojó la planta. A la noche volvimos a trabajar con la derrota en la cara y en el alma. Clarín, agigantado, días después daría un aumento de “solamente” el 100 por ciento.

Al tiempo llegaría el momento de los retrocesos. Se rompió la unidad intersindical porque la conducción gráfica entendía que los de prensa estábamos “pasados de revoluciones” y queríamos confrontar de nuevo con la empresa. No se equivocaban. Por eso proponíamos movilizaciones a la Casa Rosada, a la Rural donde daría un discurso Menem, y decenas de medidas más para visibilizar el conflicto. Eran tiempos en que nadie, o casi nadie, hablaba de lo que pasaba en Clarín.

Nuestra batalla por el respeto del Convenio, el Estatuto del Periodista y la Ley de Contrato de Trabajo continuó internamente, pero se palpitaba en las asambleas que habíamos perdido la fuerza de antaño. Clarín aprovechó el pánico e inició cinco denuncias laborales en mi contra. Me acusaba, por ejemplo, de agredir a un encargado durante la toma (hecho inexistente) y de negarme a abrir el bolso cada noche que salía de la empresa a mi casa (lo hacía porque la empresa no cumplía con las normas de la Ley de Contrato de Trabajo sobre controles de bolsos a los trabajadores). Cuatro de las denuncias fueron rechazadas, pero en una de ellas un juez pro-patronos, Víctor Pesino, respondió a gusto de Magnetto y Ernestina de Noble y dispuso, en octubre de 1991, mi prohibición de ingreso por considerarme un “elemento peligroso” para los bienes y la seguridad de la empresa. El argumento era que yo insultaba y agredía a los directivos de la empresa en mis escritos de reclamos ante el Ministerio de Trabajo y la Justicia, y que me había convertido en una persona que incitaba a los trabajadores a llevar a la justicia los reclamos.

Las pérdidas relatadas anteriormente y el clima de época (Menem avanzaba casi sin problemas en privatizaciones y despidos y achique del Estado) impidieron que de la asamblea surgieran medidas de acción directa para pedir mi reincorporación. No era un despido formal, pero en los hechos lo era. Al mismo tiempo, algunos delegados ya habían ingresado en el vergonzoso camino de la entrega y la burocratización, en especial dos de ellos: Carlos Quattromano y Rubén Cammaratta, integrantes de la conducción de la UTPBA.

Desde 1991 y hasta mediados de 2000 la actividad sindical dentro del diario quedó paralizada por la inacción de la UTPBA y por el desaliento de muchos compañeros y compañeras. Ilusos, pensábamos que el menemismo duraría poco tiempo y que el flujo



Ana Ale fue la primera mujer en ser secretaria general de la Comisión Interna de Clarín. Murió en 2005. Cinco años después, se inauguró un mural en su honor frente al diario. (Foto: Alfredo Herms)

renovador y combativo surgiría en breve. Cumplí mi horario de 17 a 23 en la puerta del diario todos los días, excepto martes y sábados, que eran mis francos, pero en marzo de 1992 comprendí que vivíamos una derrota profunda y les escribí a mis compañeros para que cesaran con la colecta que reemplazaba a mi sueldo y salí a buscar trabajo.

Seguía como delegado (hasta 1999 me eligieron todos los años, aun estando afuera) y en ese rol concurría al Ministerio de Trabajo a formular denuncias que me pasaban unos pocos compañeros que se animaban a enfrentar a la empresa. Uno de los casos más simbólicos ocurrió en esos años 90: el del reportero gráfico Ángel Juárez, quien en un gesto enorme de dignidad se negó a firmar una cesión gratuita de sus derechos de autor a la empresa, que forzaba a los fotógrafos a claudicar en una carta dirigida a la “señora de Noble” por la cual cedían gratuitamente sus derechos a la empresa para que los usara en cuanta publicación o vía digital se le ocurriese. Empezaban a acelerarse los tiempos del multitrabajo. El caso se judicializó y fue muy curioso: Juárez se defendió con la Ley de Propiedad Intelectual (11.723), impulsada por Roberto Noble en 1933, y la empresa de Noble cuestionaba la ley en relación a los derechos autorales de un reportero gráfico. Ante la contundencia de la prueba y al verse acorralado, Clarín ofreció una indemnización reparatoria a Juárez.

Clarín se abrazaba al menemismo y Menem se abrazaba a Clarín. Llegaban desde el gobierno los obsequios de Canal 13 y las licencias de cable y el enorme negocio del fútbol, que convertiría a Clarín en el pulpo que engordó tanto en esa década en la que, al final, pretendió comerse a su principal aliado, el presidente nacido en La Rioja.

Durante años, las y los trabajadores de prensa de Clarín vivieron en pantanos, soledad y desiertos. Retiros voluntarios, despidos, aumentos selectivos, extensión del horario laboral, trabajar al mismo tiempo para dos o tres productos del ahora Grupo Clarín.

La explotación se convirtió en superexplotación y la UTPBA y los delegados cómplices casi no concurrían a la planta a trabajar o lo hacían durante pocas horas. Las quejas y charlas en los pasillos y alrededor del carrito de la comida permitían percibir que los nuevos periodistas, sobre todo quienes habían ingresado al diario Olé y a la revista Mística, traían la sangre de la resistencia de una generación que se estaba gestando en la segunda mitad de los 90 en una Argentina que se empobrecía al ritmo del espejismo del “un dólar, un peso”.

Al calor de la “gran rebelión”

Los despidos en bloque durante los meses de mayo, junio y julio de 2000 parieron la “gran rebelión”. Hartos de los telegramas y del mal clima interno, centenares de periodistas se autoconvocaron en asamblea en la redacción después de muchos años y tomaron urgentes medidas: echar a los dos delegados traidores y convocar a nuevas elecciones de Comisión Interna.

La empresa salió a defender a los dos indignos y pretendió dar una orden: que en Clarín no se iban a permitir elecciones. Les negó a los trabajadores el derecho a poner las urnas dentro del edificio como siempre había sucedido y la respuesta de nuestra redacción fue “votamos igual y si no nos dan un cuarto oscuro, traemos una camioneta y la convertimos en nuestro lugar de votación”.

El miércoles 16 de agosto de 2000, pese a la negativa y boicot de los burócratas, desafiando a la empresa, a la justicia y unos cuantos periodistas jefes y jefas que sugerían no ir a votar, 550 compañeros y compañeras eligieron una vez más organizarse sindicalmente. Se colocó una camioneta Trafic con los vidrios tapados por papeles oscuros en la vereda de enfrente a la puerta de acceso. Y adentro, la urna. Por la mañana los compañeros que votaban y después entraban a la redacción, pegaban en sus computadoras carteles que

decían: “Yo voté, ¿y vos?” Por la tarde y noche el avance fue demoleedor. Las dos periodistas más votadas fueron Ana Ale, de Economía, y Olga Viglieca, del suplemento Zona. Encabezaban la comisión que también integraban Gustavo Bruzos, de Autos; Daniel Luna, Inés Ulanovsky y Mario Cocchi, de Fotografía; Beatriz Blanco, de Agenda; Ariel Borenstein, de Olé; Aníbal Ces, de Infografía, y Daniel Ponzo, de Turf.

La nueva primavera duró semanas. Pero en ese lapso el baño de democracia sindical fue intenso. Se formó una Comisión de Mujeres para los reclamos de género, se recorrieron las secciones, se concurrió al Ministerio de Trabajo a denunciar la negativa de Clarín a recibir a los representantes sindicales y se publicó, después de diez años, una nueva edición de ¡“El Clarinete”!

El 4 de noviembre de 2000 la empresa mandó 117 telegramas, echó a toda la Comisión Interna, a gran parte de la Junta Electoral, a la mayoría de los activistas sindicales y sepultó por un tiempo largo la actividad gremial. En esos días de resistencia, la UTPBA fue expulsada a los gritos de una asamblea en la calle cuando su ex secretario general, Juan Carlos Camaño, pretendió acercarse a traer una solidaridad con los despedidos, solidaridad que jamás había llegado de su burocracia en más de una década.

Un acto de la vieja guardia en la puerta de Clarín en 2010 para recordar los diez años de aquella gesta y los 117 despidos, tal vez haya ayudado al impulso, dentro de la redacción, de muchos y muchas jóvenes que en 2012 finalmente lograron el trascendente acto de memoria y de lucha que permitió conquistar una nueva Comisión Interna que, desde entonces, se viene renovando de la mano de nuestro sindicato joven, vigoroso y antipatronal cuyo nombre me da orgullo repetir mil veces: SiPreBA.

Resistir el neoliberalismo

La recuperación de los sindicatos
intervenidos en la dictadura. La lucha
contra el menemismo desde la FATPREN.
El rol de Rodolfo Audi. La libertad
de prensa en riesgo.

Por Rosaura Audi y Mariana Baranchuk

Los años 90 y el despliegue del modelo neoliberal representaron para el sindicalismo, en general, y para el gremio de prensa, en particular, el desafío de defender la dignidad de los trabajadores, el rol esencial del periodismo y la libertad de expresión. Los dirigentes peronistas que habían recuperado los espacios del movimiento obrero tras la dictadura se enfrentaron a la tarea de resistir un modelo económico que avanzaba sobre sus derechos.

En ese contexto, se configuró un escenario mediático caracterizado por la concentración, la desregulación, la transnacionalización y la flexibilización de la labor periodística. Estas condiciones obligaron a pensar estrategias que posibilitaran la articulación entre las reivindicaciones de los gremios locales de los trabajadores de prensa con el accionar de las organizaciones gremiales de

América latina, y con la Federación de periodistas a nivel internacional.

Aquellos años fueron una etapa crucial para el sector periodístico y su dirigencia que, junto a otros actores de la comunicación y la cultura, buscaron que el movimiento obrero no se apartara de la senda de la lucha por la justicia social. Sin embargo, la resistencia al neoliberalismo no fue unánime. Hubo quienes enfrentaron el avance del modelo con firmeza, convicción y dificultades, incluso desde diversos posicionamientos, mientras que otros sectores, tanto del sindicalismo como del periodismo, fueron funcionales al proceso de ajuste, desindustrialización y privatización.

No obstante, es imposible dar cuenta de este particular momento histórico político y gremial sin ir para atrás. No es posible reflexionar sobre el gremialismo de prensa, el movimiento obrero y el menemismo sin referenciar en la figura de Rodolfo Audi. Su militancia gremial en la clandestinidad durante la dictadura, su participación activa en el peronismo de la Renovación, su papel como articulador y negociador para la unificación del sindicato y la asociación de periodistas de la ciudad de Buenos Aires, así como su rol, junto a Alfredo Carazo, en la construcción federal y la normalización de la Federación Argentina de Trabajadores de Prensa (FATPREN) son fundamentales en esta historia.

Audi se opuso al neoliberalismo desde su cargo dirigenal en FATPREN, desde el Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA) y desde la Coordinadora de Sindicatos de los Medios de Comunicación Social (Cositmecos).

Su vocación de unidad y su habilidad negociadora le permitieron formar una masa crítica que, pese a la ausencia de una generación de militantes desaparecidos, logró reconstruir un gremio arrasado y comprender la centralidad de tener una comunicación democrática. En definitiva, sus convicciones orientaron su accionar por la construcción colectiva de una democracia plena, con soberanía política, independencia económica y justicia social.

Sin dictadura no hubiera habido años 90

El impacto devastador de la dictadura sobre la economía argentina, los sindicatos y los derechos laborales ha sido ampliamente documentado. Es en ese período donde puede situarse el inicio del modelo neoliberal en el país. Trabajos como los de Eduardo Basualdo o la “Carta abierta de un escritor a la Junta Militar”, de Rodolfo Walsh –por mencionar solo dos entre muchos–, permiten no detenernos en lo ya analizado. En cambio, resulta valioso destacar un escrito publicado por el Consejo Coordinador Sindical (CCAS) en 1980, en el que emerge con fuerza la voz de los trabajadores organizados:

“El sector agropecuario, dueño de la mayoría de las entidades financieras, no ha demostrado vocación de invertir en las industrias, mientras que los industriales (...) han actuado como simples oportunistas, al colocar sus ganancias no en el desarrollo y modernización de sus industrias, sino donde hubiera réditos rápidos y fáciles (...) De esta manera, para el sector agropecuario, la cuestión gira en torno a las posibilidades del cambio de nuestra moneda con su relación dólar y en la presión tributaria por los impuestos. No está lejos el sector industrial de la misma petición (...) En cuanto al grueso de la población, los trabajadores, la situación se torna apremiante flanqueada como está por la reducida capacidad de canje de los salarios y el cierre de fábricas o suspensiones masivas (...) Por otro lado, el gobierno puso por las nubes el costo de los servicios esenciales para toda vivienda familiar y simultáneamente se imprimió un rápido ascenso al costo de transporte de pasajeros y de los alquileres”.

Cualquier resonancia con el presente actual no es mera coincidencia. En la misma época los trabajadores de prensa de todo el país organizados en la “clandestina” Coordinadora Nacional de Trabajadores de Prensa (Conatrap) ratificaban su oposición a las modificaciones propuestas por el gobierno dictatorial al Estatuto del Periodista Profesional (Ley 12.908) y reclamaban la normalización de las organizaciones gremiales del sector.

Uno de los periodistas que se puso al hombro la organización de esta entidad fue Audi. En ese ámbito se denunció la desjerarquización de la profesión periodística mediante un documento que llamaba a defender las fuentes laborales y ratificaba “la decisión de mantener las estructuras de la FATPREN como única organización del gremio de prensa en el orden nacional”. Previo al golpe de Estado, los gremios de prensa agrupaban unos 15.000 trabajadores, entre periodistas, administrativos y cuadros dirigentes altamente capacitados.

En la madrugada del 25 de marzo de 1976 una tanqueta derribó la puerta del edificio de la FATPREN, hecho documentado por Daniel Parceró, en su libro *Los trabajadores de prensa. Ladrilleros del periodismo*. Allí se cuenta que uniformados irrumpieron y secuestraron documentación gremial que nunca pudo recuperarse. Algo similar sucedió en el sindicato de prensa de Mendoza, que tenía el mejor convenio colectivo de todos los gremios del sector.

La Conatrap fue, en ese marco, una forma de resistencia frente a la intervención de la FATPREN. En el Boletín N° 5 de la organización, publicado en noviembre de 1981, se detallaban las acciones reivindicativas en curso y se presentaban propuestas para el gremio de prensa. Esas iniciativas fueron incluso llevadas al III Congreso de la Federación Latinoamericana de Trabajadores de Prensa (Felatrap), donde Carazo –miembro de la mesa ejecutiva de la Conatrap– fue reelegido como secretario general de la organización latinoamericana. En ese encuentro se reafirmó el respaldo incondicional a la construcción de un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (Nomic), incor-

porando además una nueva dimensión a una discusión histórica:

“Garantizar el derecho de los pueblos a la información, mediante el establecimiento de nuevos mecanismos basados en la participación activa de las organizaciones populares y sindicales en general y de las de prensa en particular, en el diseño de políticas nacionales de comunicación social, que satisfagan los requerimientos de las grandes mayorías y no los intereses comerciales de las empresas periodísticas (...) ni los objetivos ideológicos de los Estados”.

En paralelo, Audi centró su militancia gremial primero con la Agrupación de Trabajadores de Prensa Raúl Scalabrini Ortiz, y luego, más claramente, con Núcleo para la Unidad, mientras continuaba su participación orgánicamente en el área más combativa del Grupo de los 25. Formado a fines de 1977, reunía a un conjunto de sindicatos (tabacaleros, telefónicos, taxistas, obreros navales, camioneros, cerveceros, entre otros) que enfrentaron la dictadura cívico-militar. El Grupo de los 25 exigía la liberación de dirigentes y delegados presos, la restauración de la legislación laboral y sindical, entre otras demandas. Fueron ellos quienes convocaron al primer paro general contra la dictadura, el 27 de abril de 1979. En esa línea, pero enfocando sobre la experiencia de la resistencia del sector de la prensa a la dictadura, y señalando la responsabilidad civil encarnada en las empresas periodísticas, en 1984 Audi y Carazo escribieron lo siguiente en su libro *Siete años de lucha contra la dictadura*:

“Y en 1976, quienes usurparon el poder, controlaron la comunicación, alentaron un mensaje alienante, detuvieron, torturaron, mataron, persiguieron a cientos de periodistas, infiltraron

en las redacciones a elementos de control policial, propiciaron y alentaron una prensa mediocre y pasatista y en complicidad con muchas empresas periodísticas condenaron a los trabajadores a condiciones que aún hoy repugnan su condición humana. Porque toda vez que las empresas periodísticas violentan la conciencia profesional de sus trabajadores, están violentando la libertad de prensa. Toda vez que marginan a esos mismos trabajadores a la marginalidad socio-económica, posibilitando la prostitución de la profesión, están condenando a la libertad de prensa. Toda vez que se vulneran los más elementales códigos de la ética profesional se está vulnerando la libertad de prensa. Toda vez que los trabajadores de prensa son sancionados, marginados, relegados o despedidos, acusados de pretender organizarse para mejor defender sus intereses sindicales y profesionales, se está ocultando una actitud hipócrita tras la fachada de una imagen de defensa de la libertad y la democracia [...] Los trabajadores de prensa supieron en estos oscuros años del ‘proceso militar’ no solo del despotismo del régimen, de la persecución y la violencia, que por otra parte la sufrió todo el pueblo argentino, sino también del aprovechamiento que de esas mismas circunstancias hicieron las empresas periodísticas para avasallar las conquistas sociales de sus trabajadores y hasta en algunos casos violentar cínicamente sus derechos humanos”.

Con más de 200 trabajadores de prensa asesinados y desaparecidos, la FATPREN, los sindicatos del sector y la obra social intervenidos, con una merma en puestos de trabajo e internismos variopintos entre las nacientes agrupaciones que nucleaban a los trabajadores de prensa, se arribó al proceso electoral y al triunfo en

las urnas de Raúl Alfonsín. Para la organización gremial y para el accionar de Audi comenzaba una nueva etapa.

Los años del alfonsinismo: la búsqueda de la unidad gremial en la diversidad política

El 30 de octubre de 1983 el pueblo argentino volvió a elegir a quienes serían sus representantes. Por primera vez el peronismo fue derrotado en las urnas. El 10 de diciembre retornó el estado de derecho y, así como las instituciones estatales recobraron su democrático funcionamiento, todo el arco sindical esperaba que pasara lo mismo con sus organizaciones. No fue así. Muchos sindicatos pasaron de la intervención militar a la radical y el proceso de recuperación a manos de los trabajadores se fue dando por etapas. El Poder Ejecutivo resolvió confrontar con los sindicatos y envió al Congreso una ley de asociaciones sindicales que no había sido discutida con los sectores del trabajo. El proyecto, denominado “Ley Mucci”, por el ministro de Trabajo que la impulsaba, no fue aprobado. Antonio Mucci renunció.

La intervención de la FATPREN terminó el 24 de marzo de 1985. Para inicios de 1986 había inscriptas 39 filiales y se contaba con 18.000 afiliados. La recuperación de la obra social debió seguir esperando hasta fin de ese año para ser normalizada.

En simultáneo comenzó una lucha para lograr la unidad del gremio de prensa de la ciudad de Buenos Aires, representado por dos entidades: el Sindicato de Prensa filial Buenos Aires y la Asociación de Periodistas de Buenos Aires (APBA).

Desde la agrupación Núcleo para la Unidad, Audi, Luis Gramuglia, Santiago Magrone, Nancy Sosa, Ricardo Morini, Aldo Amura, Daniel Raffo y otros compañeros trabajaron por la confluencia de ambos espacios en base a los ejes presentados en el folleto titulado “10 puntos para la unidad”, que contenía los siguientes posiciona-



Rodolfo Audi y Carlos Subiza, referentes y líderes sindicales del gremio de prensa, en una de las tantas movilizaciones en la ciudad de Buenos Aires.

mientos: respaldo a Saúl Ubaldini, titular de la CGT; pluralismo en la futura conducción; oposición al Plan Austral; devolución de las obras sociales sindicales; unificación de las obras sociales de ambas entidades; consolidación de una FATPREN fuerte y representativa; construcción de una intersindical con los gráficos y los de radio y TV; impulso de una confederación de gremios de la comunicación social; fortalecimiento del sindicalismo internacional; unificación de las federaciones latinoamericanas (Felatrap y Felap); impulso a una política nacional de comunicación social con representación del Poder Ejecutivo, el Parlamento, los estados provinciales y las organizaciones sindicales; promoción de una nueva ley de radiodifusión; eliminación de la estructura oligopólica de la fabricación de papel; participación en la gestión de los medios administrados por el Estado; apoyo a la construcción de un nuevo orden de la comunicación y la información; reincorporación de los despedidos por razones políticas.

El 26 de agosto, en una asamblea conjunta del Sindicato de Prensa de Capital Federal y la APBA, se aprobó un estatuto de unidad. Nació una nueva organización: la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires, adherida a la FATPREN. El 23 de diciembre la resolución N° 840 del Ministerio de Trabajo informaba oficialmente el origen de la UTPBA. Duraría poco: los conflictos internos dentro de la UTPBA, que se había separado del resto del país, fueron en aumento. Hacia 1987, la conducción se fracturó: el sector representado por Daniel Das Neves, Juan Carlos Camaño y Lidia Fagale desplazó a Carlos Subiza, quien ejercía el cargo de secretario general.

Audi, en tanto secretario adjunto, finalizó el mandato y se mantuvo como congresal nacional en la FATPREN, entidad que continuó con la línea sindical y política que ya se planteaba desde la agrupación Núcleo para la Unidad: cooperación en la Comisión de los 25; participación de los delegados en la labor de la Federación y discusión sobre un nuevo convenio colectivo de trabajo; dar cuenta de los ataques a trabajadores de prensa; discutir con las patronales

la incorporación de tecnología; dar la pelea por el diferencial salarial de zona desfavorable para la región patagónica; criterios para pensar la propiedad intelectual de los trabajadores de prensa, así como el cobro de las horas extras; los feriados compensatorios por viajes laborales y plus por título secundario, terciario y universitario. Se pensaba también incorporar las categorías de redactor especializado y redactor calificado; insistir con el apéndice especial para periodistas de radio y televisión y trazar pautas para una necesaria nueva ley de radiodifusión.

En 1987, Enrique “Quique” Paz, diputado por la provincia de Jujuy y dirigente de la FATPREN, presentó un proyecto de Ley de Radiodifusión que, si bien tuvo despacho de comisión, jamás llegó al recinto. Se destacaba por una fuerte impronta federal. Hubo otros proyectos. Por ejemplo, el de la UTPBA, que incluía su definición como servicio público, el derecho a réplica y la cláusula de conciencia para los trabajadores de prensa. O el del Consejo para la Consolidación de la Democracia (Cocode). Ninguno tuvo el apoyo político necesario para terminar con una ley que había sido concebida y que todavía se sustentaba en la doctrina de seguridad nacional.

Otras cuestiones, ligadas a quienes continuaban defendiendo el genocidio de la dictadura cívico-militar, encontraron a los trabajadores de prensa ofreciendo resistencia y lucha. En 1987 la conducción de Clarín iba a publicar una solicitada paga de apoyo a Videla y demás genocidas. Los trabajadores del diario solicitaron que no se publicara. La empresa les respondió que ellos no podían intervenir en la línea editorial. Frente a esta decisión, el gremio, junto con gráficos y canillitas, presentó una denuncia judicial. El juez Martín Irurzun hizo lugar al reclamo y la solicitada no salió. Los principales medios gráficos apelaron y la Cámara Nacional de Apelaciones en lo Criminal y Correccional Federal revocó la resolución de primera instancia. El caso, entonces, fue llevado ante la Corte Suprema de Justicia y el máximo tribunal, dos años después, revocó lo dispuesto por la Cámara Federal y ratificó que la publicación de

la solicitada hubiera constituido un delito de apología del crimen. También contra las leyes de Punto Final y Obediencia Debida se alzaron las voces de los trabajadores de prensa.

Dos hiperinflaciones ligadas a un golpe de mercado obligaron a la entrega del gobierno en forma anticipada. En la interna del Partido Justicialista, Carlos Menem había derrotado a Antonio Cafiero.

Los 90: neoliberalismo menemista, condiciones laborales y la FATPREN

Con la llegada de Menem a la presidencia en 1989, el modelo neoliberal se impuso con fuerza en la economía argentina. En esa línea, los sindicatos fueron doblemente afectados: por un lado, la desocupación a partir de los cientos de cierres de fábricas y, por el otro, la precarización laboral. Ambas situaciones debilitaron su capacidad de representación político social del mundo del trabajo, lo que produjo, entre otras cosas, nuevas fracturas y acomodamientos en el sector sindical.

El gremio de prensa y sus organizaciones no fueron ajenos a esta situación, conflictividad y desmembramiento —que siempre termina beneficiando al sector empresarial—. Las privatizaciones, la desregulación del mercado laboral y la concentración mediática generaron un contexto adverso para los trabajadores, con despidos, precarización y una creciente dependencia de la pauta estatal para la supervivencia de muchos medios de comunicación.

La FATPREN se consolidó como un espacio de resistencia. Durante los primeros años del menemismo estuvo conducida por Carazo como secretario general y Audi como secretario adjunto. Ambos lideraron un nuevo proceso de cuestionamiento al neoliberalismo y trabajaron para reagrupar a los sindicatos y sus obras sociales.

En marzo de 1992, Audi asumió la conducción de la FATPREN, con Osvaldo Urriolabeitia, del Sindicato de La Plata, como su ad-

junto, y un equipo de dirigentes experimentados que provenían de las filiales de todo el país. El programa de gestión encabezado por Audi se fundamentaba en las siguientes líneas estratégicas:

- Infraestructura gremial: ese año la Obra Social del Personal de Prensa (OSPPRA) adquirió una casa en Solís 1164, en la ciudad de Buenos Aires, y recibió la donación de Billar Club de un lote lindero, en Solís 1158. Fue un hito para la organización, que finalmente contaría con una sede propia. La inauguración se realizó el 25 de marzo de 1993. En el salón que hoy lleva su nombre, Audi advirtió: “Hoy existe la concentración y el monopolio, y si el poder de la comunicación no se democratiza, podemos estar creándonos otra dictadura sin límite. Ni los medios ni los periodistas pueden reemplazar el papel de los pueblos”.

- Defensa de la profesión y los derechos laborales: rechazo a la desregulación laboral y denuncias por los ataques contra periodistas.

- Fortalecimiento del interior: búsqueda de la legitimidad y reagrupamiento de los sindicatos de prensa en todo el país. Presentó enormes dificultades, sobre todo con las filiales de la Capital, que concentraban la mayor cantidad de trabajadores de prensa, menospreciando el valor de la federalización de la información. Esta situación fue clave para entender los acontecimientos internos que luego sobrevendrían.

- Relaciones internacionales: la FATPREN adhirió a la Federación Internacional de Periodistas (FIP) y Audi se convirtió en el primer vicepresidente sudamericano de la organización, cargo que ejerció entre 1992 y 1995.

Libertad de prensa en riesgo: el hostigamiento a periodistas en los 90

Un tema que ocupó y preocupó al gremio de prensa durante el menemismo fue el de las amenazas, las agresiones, las persecuciones y

las causas contra trabajadores de prensa y medios de comunicación. El gobierno de Menem construyó una relación tensa y conflictiva con la prensa. A través de presiones judiciales, censura económica, espionaje y hasta violencia física, buscó condicionar el ejercicio del periodismo y limitar la difusión de información crítica. La libertad de prensa y el derecho de la población a estar informada estuvieron comprometidos.

El caso más grave fue el asesinato del fotógrafo José Luis Cabezas, de la revista Noticias, ocurrido el 25 de enero de 1997. Cabezas fue secuestrado, golpeado y ejecutado de un tiro en la cabeza y luego calcinado, en una cava de Pinamar. La investigación demostró la conexión entre el crimen y Alfredo Yabrán, cercano al gobierno menemista. El empresario se terminó suicidando el 20 de mayo de 1998.

Hubo cientos de casos de amenazas y agresiones a periodistas en todo el país, registradas y denunciadas por la FATPREN, incluso ante el propio presidente de la Nación. Un documento de Amnistía Internacional de 1994 da cuenta de las agresiones ocurridas en 1993 y ofrece un panorama del clima en el que se ejercía la profesión. Entre los hechos documentados se destacan el ataque a La Tribu FM, las amenazas a periodistas como Magdalena Ruiz Guiñazú y Marcelo Bonelli, y las agresiones sufridas por Hernán López Echagüe, entre otros casos. También se registraron situaciones de violencia como la del 28 de octubre de 1993, cuando la policía reprimió a periodistas que cubrían una marcha de jubilados frente al Congreso.

La impunidad con la que se perpetraban los ataques y la falta de investigación generaron un clima de hostigamiento constante. Para junio de 1996, la FATPREN había registrado cerca de 300 amenazas, agresiones e intimidaciones contra la prensa en el lapso de cuatro años. Audi, ya como secretario de Relaciones Internacionales y Derechos Humanos de la Federación, expresó su preocupación en una entrevista con el diario Los Andes: destacaba la falta

de esclarecimiento de los casos y la urgencia de crear un espacio de trabajo con el Estado, las empresas y los trabajadores para abordar y resolver la situación.

Otros casos se resolvieron en el Sistema Interamericano de Derechos Humanos. Uno de ellos fue el de Horacio Verbitsky, que, en 1993, patrocinado por el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), llegó a un acuerdo de solución amistosa con el Estado argentino frente a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). El Estado asumió su responsabilidad y se comprometió a eliminar el delito de desacato, previsto en el artículo 244 del Código Penal. Se cerraba así un conflicto que se había iniciado en 1988: Verbitsky había sido querrellado por el juez de la Corte Suprema Augusto Belluscio por una nota escrita en *Página/12*, en la que lo calificaba de “asqueroso”.

La desaparición de la figura de desacato generó que aumentaran las denuncias por calumnias e injurias. Como le sucedió a Eduardo Kimel: el periodista había sido condenado por haber sido hallado culpable del delito de calumnias a partir de la publicación, en 1989, de su libro *La masacre de San Patricio*, donde cuestionaba el manejo de la causa por parte del juez Guillermo Rivarola. Luego de un larguísimo proceso, en 2008 la Corte Interamericana de Derechos Humanos (Corte IDH) ordenó a la Argentina adecuar su legislación como garantía de no repetición y medida de reparación a la víctima. De todos modos, ni Kimel ni Audi, que era su amigo y quien lo acompañó en la primera etapa de la demanda, pudieron ver el fallo. Ambos ya habían fallecido.

Otro caso significativo fue cuando Menem denunció al empresario periodístico Jorge Fontevecchia, dueño de Editorial Perfil, y al director de la revista Noticias, Héctor D'Amico, por publicar la noticia de la existencia de un hijo no reconocido del entonces presidente de la Nación, en 1995. La Corte IDH sostuvo que en el caso de personajes públicos y de interés público no correspondía salvaguardarse so pretexto de violación a la intimidad. En 2017, du-

rante el proceso de verificación de cumplimiento de la condena, los jueces supremos Horacio Rosatti y Carlos Rosenkrantz sostuvieron que no se pueden revertir las sentencias de la Corte Suprema. Ello constituía un apartamiento de la histórica doctrina de cumplimiento de las decisiones del Sistema Interamericano y, por ende, violatorio de lo expresamente señalado en el inciso 22 del artículo 75 de la Constitución Nacional. Por esa razón, el CELS volvió a peticionar ante la Corte IDH y el Estado argentino finalmente se dignó a cumplir con lo que ese tribunal le había encomendado.

Durante el menemismo, también el espionaje a periodistas fue una práctica habitual. En 1998 se reveló que la Fuerza Aérea había realizado seguimientos ilegales a periodistas que criticaban la seguridad aeroportuaria y las privatizaciones. Un delito que contravenía la Ley de Defensa Nacional, que prohíbe a las FF.AA. realizar tareas de inteligencia interna.

Además, se denunciaron sospechas de pagos a periodistas para influir en la cobertura mediática. Según la consultora estadounidense Mattie Lolavar, que asesoró al gobierno de la Alianza (1999-2001), la SIDE había pagado a unos 200 periodistas durante las gestiones de Menem y Fernando de la Rúa. Estas acusaciones revelaron la existencia de una estrategia sistemática para manipular la información y controlar la opinión pública.

La capacidad articuladora de Audi: sus logros y la conflictividad interna

Durante toda la gestión de Audi hubo tensiones con la UTPBA, la filial de la Federación más voluminosa del país y, en ese entonces, conducida por Camaño. Desde el comienzo del gobierno de Menem, el gremio tuvo un posicionamiento de denuncia ante los atropellos sufridos por los trabajadores de prensa. La FATPREN se opuso abiertamente a las reformas laborales que buscaban flexi-

bilizar las condiciones de trabajo y debilitar la negociación colectiva. Para Audi, la organización debía repudiar “públicamente los proyectos laborales que atentan contra la legislación protectora de los trabajadores y que vienen siendo impulsados por el gobierno nacional”, tal como recuerda el libro de Parcero.

Este alineamiento implicó una posición crítica hacia el sector que conducía la CGT, aunque no se abandonó la afiliación a la central obrera, tal como hizo el grupo fundante de la CTA. En este contexto de creciente conflictividad laboral, la FATPREN formó parte, en 1994, de la creación del MTA, un espacio sindical compuesto, entre otros, por Saúl Ubaldini (Cerveceros), Juan Manuel Palacios (UTA), Hugo Moyano (Camioneros), Alicia Castro (Azafatas), Néstor Cantariño (Televisión), Horacio Mujica (Farmacia), Omar Viviani (Taxistas) y Juan Carlos Schmid (Dragado y Balizamiento). Casi todos ellos provenían del Grupo de los 25, el cual se había disuelto dado que antiguos y otrora combativos dirigentes como Julio Guillán, de Telefónicos, o José Pedraza, de Ferroviarios, se habían pasado a las filas neoliberales sin solución de continuidad.

El MTA, más allá de su enfrentamiento con la cúpula de la CGT, creía que la central debía mantenerse unida. Y también enfrentó las políticas neoliberales de Menem: se impulsaron paros y protestas contra la flexibilización laboral, el desempleo y la pérdida de derechos de los trabajadores. Audi escribió varios de los principales documentos.

Paralelamente, la FATPREN tuvo un rol clave en la Coordinadora de Sindicatos de los Medios de Comunicación Social (Cositmecos). Esta organización había nacido al calor de la amenaza de cierre de los canales 11 y 13, hasta que finalmente se concretaron sus privatizaciones y se dio lugar a la singular experiencia de coadministración sindical-estatal, con la participación de los gremios de TV, prensa, locutores y actores. Luego de las privatizaciones, la Cositmecos creció en volumen y sindicatos con el fin de enfrentar las reformas estructurales que afectaban a los trabajadores del sec-

tor. Desde este ámbito, Audi impulsó la necesidad de articular una estrategia común para resistir la concentración mediática y defender la libertad de prensa como un derecho fundamental.

Las articulaciones con el movimiento obrero que encabezaba Audi, respaldadas en las reuniones del secretariado, posicionaban a la FATPREN en la discusión nacional de las políticas sindicales. Sin embargo, hacia adentro de la organización iban creciendo las tensiones en torno a los recursos económicos propios y de la obra social, y otras disputas por su presencia en el escenario internacional. Estos conflictos culminaron en el armado que Osvaldo Urriolabeitia y Rubén Godoy organizaron con el objeto de disputar el liderazgo de la FATPREN. En el congreso de 1995, Audi perdió la conducción y quedó relegado al rol de secretario de Relaciones Internacionales, al tiempo que perdió ante la FIP la vicepresidencia, que quedó en manos de los brasileños. Ese mismo año enfermó de cáncer.

Los cuestionamientos de Audi a la nueva conducción crecieron. Finalmente, el 29 de mayo de 1996, presentó su renuncia: “No pienso volver a participar de ninguna pugna interna de la organización, por estar convencido de que no sirve para nada”, afirmó en una carta dirigida a Urriolabeitia. “Creo haber cumplido con mi deber y con el compromiso que una vez forjé con la FATPREN, cuando éramos apenas una voluntad en la clandestinidad”, agregaba.

Tras su alejamiento, la conducción, ya debilitada por la ausencia de varias filiales y la falta de respaldo a sus decisiones políticas, se fue deteriorando y desmembrando.

Rodolfo Audi: un legado de lucha y coherencia

Hasta el final de su vida, Audi se mantuvo activo en la política sindical, trascendiendo su rol de dirigente gremial y periodista. Conservó su compromiso con la defensa de los derechos laborales

y las conquistas sociales. Su participación político-gremial estuvo enlazada al proceso de renovación del peronismo junto a Antonio Cafiero.

Fue recordado como un hombre de convicciones firmes y lealtad inquebrantable. Durante una sesión en el Senado de la Nación, a un año de su partida, Cafiero lo definió como un ejemplo de dignidad y generosidad, con una pluma ágil y combativa. También destacó su papel en la CGT de los 70 y su vocación para construir lazos sólidos en tiempos difíciles.

El senador mendocino José Genoud lo describió como una figura clave del periodismo moderno y progresista, comprometido hasta sus últimos días, especialmente en la denuncia del crimen de Cabezadas. El también senador entrerriano Héctor Maya, por su parte, remarcó su coherencia y la prioridad que siempre dio a la lucha colectiva por encima de los intereses personales.

Audi enfrentó su enfermedad con la misma entereza con la que encaró la militancia sindical. Su legado permanece vivo en el gremio de prensa y en el movimiento obrero argentino como testimonio de una vida dedicada a la justicia social.

La noticia que no sale al aire

Resistencia sindical en televisión: la Intercanal. Privatizaciones, gestión obrera en Telefe, política del miedo en Canal 13 y defensa exitosa en la Televisión Pública.

Por Clara Albisu y Diego Pietrafesa

La acción sindical de las y los trabajadores de prensa en la pantalla chica tiene su historia grande. Es un relato de resistencia colectiva, construido por compañeras y compañeros que dedicaron tiempo y sacrificio para hacer valer sus derechos, defenderlos, ampliarlos y construir cada día más organización.

Los dueños de la palabra, ese impreciso sujeto de poder por encima del poder, pretenden que la dignidad de los trabajadores y el derecho humano a la información se vuelvan objetos de lucro para maximizar sus ganancias y sostener sus privilegios. Nunca como hoy la actividad de la prensa televisada sufre más amenazas: el imparable desarrollo tecnológico sirve de espada y escudo para el ajuste y la precarización. Para seguir de pie, reivindicamos el camino previo de otras y otros colegas, que con sus ejemplos de convicción y tenacidad nos sirven de guías. Ellas y ellos son “la noticia”

que, claro, “no sale en la tele”. Pero en estas líneas y, sobre todo en nuestro sindicato, sus banderas flamean, intactas.

Iniciada la década de 1990, la privatización de los canales de televisión abierta alteró para siempre el mapa de los medios de comunicación. Se consolidó el monopolio de Clarín/Artear y nacieron otros grandes conglomerados en la industria del entretenimiento y la información.

No utilizamos caprichosamente el término “industria”: en aquellos años la cultura política instaló salvajemente la concepción de hacer de toda actividad humana una mercancía, sujeta a compra, venta y obtención de renta. La noticia se convirtió en otro bien de intercambio y su interés dejó de ser exclusivamente periodístico.

Las y los trabajadores de prensa resistieron esa transformación económica y cultural desde la organización sindical. Esta es parte de su historia, fragmentos de páginas que se escribieron y que se escriben aún en cada redacción. Conoceremos la experiencia de gestión obrera en uno de los dos canales de aire más importantes de la Argentina, sabremos de la batalla silenciosa y tenaz en el ámbito más hostil para el ejercicio sindical, y compartiremos nuestra manera de hacerles frente a las dificultades con la herramienta esencial: la unidad de los trabajadores.

Gremios en la administración de Telefe

Hubo una vez un trabajador sentado a la mesa del directorio de Canal 11, con poder de decisión, voz y voto. Y no fue un cuento. Claudio Iácono, camarógrafo del noticiero durante más de treinta años, evoca esa epopeya con el mismo entusiasmo con que comparte otra novedad: es abuelo. Toda militancia es antes, y sobre todo, una militancia de vida.

Recuerda Claudio que “el presidente (Carlos) Menem llega al gobierno y, muy inesperado para nosotros, lo primero que anuncia

es la privatización de los canales. Se armó un lío grande. Tanta fue la conmoción que se organizó algo muy rápido para la entrega del premio Martín Fierro. Fuimos varias compañeras y compañeros a manifestarnos al lugar de la fiesta y la convertimos en un hecho político, tanto que hasta Mirtha Legrand dio un discurso en el escenario apoyándonos”.

La movida sindical dio sus frutos: “El gobierno de Menem había puesto interventores en los canales. Cada canal tenía un interventor. Eso ya venía desde la época de los gobiernos militares. Como los canales seguían en ese régimen, no se había restablecido allí, digamos, la institucionalidad; desde la Casa Rosada decidían las autoridades. Entonces, los gremios respondieron, movieron bien. Menem argumentó que la privatización se daba porque ‘los canales pierden plata’, nosotros lo negamos. Entonces nos dijeron que participáramos en la administración y lo demostráramos. Esperaban que no aceptáramos el desafío, pero lo asumimos. Se eligieron coadministradores de los gremios más importantes: la vieja Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires (UTPBA), el Sindicato Argentino de Televisión (SAT) y la Sociedad Argentina de Locutores (SAL). En Canal 11 yo estaba por la UTPBA y Oscar ‘Tato’ Tabernice por el SAT. A nosotros nos fue bien, muy bien”.

A Claudio le brillan los ojos. Le sobran motivos. Describe que “la experiencia fue una perla en la historia de los canales de televisión. Fueron tres, cuatro meses inolvidables. El primer mes tuvimos un déficit que se había achicado ya un 50%, al mes siguiente el canal estaba equilibrado, y cuando lo entregamos tenía superávit. Es justo reconocer que tuvimos pleno apoyo del director del canal, Fernando Niembro. Julio Ricardo era el gerente de programación y Marcelo Araujo el director de noticias. El gerente de finanzas era un hombre de confianza que había traído Niembro, pero un tipo transparente al máximo. Los números estaban todos los días arriba de la mesa, hasta los de las ventas de publicidad”.

Un detalle importante, decisivo: a contracorriente de la época actual, donde el ajuste y la precarización se muestran como daños colaterales del buen equilibrio en las finanzas, la transformación de la gestión obrera se realizó sin traicionar principios ni conquistas.

Cuenta Claudio que durante su gestión “los convenios colectivos de trabajo estaban en plena vigencia. No hubo ni un solo despido. Los salarios se pagaban con recursos genuinos del canal. Hasta ese momento la plata la mandaba el gobierno. El clima de la privatización generaba temor, se creía que se avecinaban recortes, flexibilización en las condiciones laborales, pérdida de derechos... Y nosotros demostramos que no hacía falta tomar esas decisiones. Incluso defendimos algunas conquistas sectoriales (el uso del auto, el pago de los 1.000 litros de nafta, el reconocimiento económico por título secundario y universitario aun sin tratarse de carrera afín) y tuvimos la capacidad de negociar aumentos inclusive a la sombra del ‘uno a uno’ de la Convertibilidad”.

Claro que el partido no termina hasta que termina. La metáfora futbolera la tenía Menem en la cabeza sin que lo supieran los propios jugadores. Invitados a Balcarce 50, rememora Claudio que “le llevamos el informe de la situación a Menem, le dimos los datos de cómo le entregábamos el canal al nuevo adquirente, que no sabíamos quién era porque todavía no estaba hecha la licitación. Y él nos dice: ‘El trabajo que hicieron está bárbaro. Quédense tranquilos que el canal va a ser de ustedes’. Salimos de la reunión chochos, a los saltos, nos abrazamos con el Tano Di Sandro (Roberto, histórico acreditado en Casa de Gobierno) y todos los que fuimos. ¿De qué manera iba a ser nuestro? Y esto es interesante, porque realmente hubo conversaciones entre gremios y empresarios. Habíamos acordado con el grupo compuesto por Daniel Vila (dueño de Canal 2 y del canal de Mendoza) y Carlos Ávila (Torneos y Competencias). Creíamos que Menem realmente iba a apoyarlos por su relación con José Luis Manzano y Eduardo Bauzá (ambos

ocuparon el Ministerio del Interior). Pero no. Finalmente entregaron Canal 11 al Grupo Atlántida”.

Paradoja de la gestión obrera: uno de los adquirentes fue Cerámica Zanon, que tras el vaciamiento de sus dueños en 2001 se convertiría en FaSinPA, empresa recuperada por sus trabajadores. Paradoja política premonitoria: uno de los que quedó en el camino durante la licitación fue el grupo Macri”.

Hablando de premoniciones, Iácono cuenta lo que fue entonces la actitud de la UTPBA, presagio de lo que vendría luego: “A nivel sindical el que llevó adelante las negociaciones de nuestra administración fue Néstor Piccone. Él tendía los puentes con el SAT, pero tenía en contra a toda la conducción del sindicato. De hecho lo terminaron echando. Nuestro secretario general era Juan Carlos Camaño, un execrable. Aquel viejo sindicato siempre fue igual. Lo volvimos a vivir en televisión diez años después, con Judith Rabinovich. Con ella trabajábamos para reconstruir la ‘Intercanal’. Pero la aislaron, la dejaron sola. La UTPBA fue toda la vida una piedra para los trabajadores”, considera. Sobre el cierre de su relato, Claudio lamenta que la experiencia en el canal de (entonces) Pavón 2444 no haya podido replicarse. “En Clarín ya había empezado el desguace”, evoca.

Canal 13, la política del miedo

Silvia Martínez Cassina vivió esa tragedia de cerca. Su primer paso por el viejo Canal 13 fue de 1987 a julio de 1989, cuando la despidieron. El proceso privatizador comenzaría en noviembre de ese año. Pero la entrega del medio al tándem Noble-Magnetto había empezado mucho antes de los pliegos, cuando llegó a la gerencia general Abel Maloney.

“Lo meten para hacer la limpieza –dice Silvia–. Parte del trabajo sucio se lo encargó a Tico Rodríguez Paz, que tenía un cargo

jerárquico en el noticiero. Le pidió que hiciera la lista de echados y él le entregó un papel que solo tenía su nombre. ‘Jamás voy a hacer una lista con mis compañeros’, dijo. Y renunció. Pero la sangría se cobró unos 800 puestos de trabajo; el movimiento interno fue mucho, la pelea se dio, había mucha conciencia, pero ellos venían con todo”. El miedo (ayer y hoy) es un eficaz elemento disciplinador.

En 1994 Martínez Cassina regresó al 13, donde cumpliría 28 años de exitosa carrera. Es uno de los pocos casos de una conductora con alta presencia en la pantalla que eligió el compromiso en defensa de los derechos de sus compañeras y compañeros. Para Silvia (igual opina Iácono) aquellos despidos fueron decisivos: “Después de ese golpe fatal estaban todos como anestesiados. No había un reclamo de organizarse. La empresa se manejaba de manera discrecional con los salarios. Nunca se sentaron a una paritaria, jamás. ¿Qué es lo que sucedió históricamente en los 90 y en los 2000? Cada uno golpeaba la puerta y peleaba por su sueldo o su condición laboral, que a lo sumo era pedir ‘che, el horario, ya hice mucho piso, sacame de la madrugada’. Encima, característica de la televisión, son muy pocos los periodistas que arriesgan la vidriera, la pantalla, poner la cara a lo que significa el riesgo de represalias”.

La burocracia sindical tuvo allí un papel protagónico. Y también un fuerte combate interno. Rememora Martínez Cassina que “la UTPBA sostenía a un delegado, Héctor Blasi, que comía más asados con el gerente de Recursos Humanos que las veces que llamaba a asamblea. Jamás se acercaba a preguntarte cómo estás, qué necesidades tenés, en qué área estás. Y además se autoelegía, falsificaba las elecciones. Un año, el mismo sindicato, ante una denuncia, vino con planillas con firmas de los que supuestamente habíamos votado. Me preguntaron: ‘¿Esta es tu firma?’. No era la mía, y para la fecha de las elecciones yo estaba de vacaciones. Todo trucho, en alianza entre la UTPBA y el canal”.

Con la convicción de que siempre hay algo para hacer, un gru-



Movilización de trabajadoras y trabajadores de Canal 11 y Canal 13 por mejoras salariales.

po de trabajadores de prensa decidió construir resistencia. Era el año 2008. Cuenta Silvia que “empezamos a activar, éramos el camarógrafo Daniel Raichijk, Hugo Molini, Ricardo Junghanns y Marcelo Moreira. Nos encontrábamos fuera del canal, en un café, por miedo a represalias. Ni soñábamos con hacer una asamblea. Pero seguíamos. Porque sabíamos y sabemos que la organización es la base, y la base hace la fuerza”. El esfuerzo dio sus frutos, pero Clarín/Artear tenía lista la guadaña: se logró llamar a elecciones internas pero Canal 13 despidió ilegalmente a los dos candidatos: Junghanns y “el Toba” Moreira. “Otro mazazo aleccionador”, recuerda Martínez Cassina.

Los trabajadores de Canal 13 tardarían años en recuperar la representación sindical. “Queríamos fomentar la participación pero

muchos nos decían por lo bajo: ‘Mirá lo que le pasó a Ricardo y al Toba –recuerda Silvia–. Nos hacían hacer las asambleas debajo de la autopista, en medio de los bocinazos y el hollín, muertos de frío en invierno y de calor en verano, rodeados de cámaras de seguridad. Hasta hacían sonar alguna alarma de un auto estacionado para molestar... Citábamos el encuentro con suficiente antelación pero la empresa asignaba coberturas a los que participaban, para vaciar la asamblea. Y a los que se asomaban les decían, paternales: ‘No me hagas esto, no te conviene’. No escatimaban métodos”. A los delegados despedidos se les ofreció una indemnización pero no la aceptaron. Llevaron adelante un juicio y, luego de que Artear desconociera varios fallos, lograron que los reincorporaran. Pasaron, eso sí, tres años y siete meses.

Desde entonces, la construcción, llena de obstáculos, se empeña en crecer. No fue fácil, nunca lo fue. Describe Martínez Cassina que “a los delegados se los dejaba muy solos. Los iban aislando, les metían miedo a los otros compañeros y entonces no charlaban con ellos. Y si pasaba era siempre fuera de la redacción, para que no te vieran. Era terrible el miedo, era la política del miedo”. Esa política tuvo una expresión violenta y misógina que Silvia sufrió en carne propia. ¿Su pecado? Participar, involucrarse. Y, pena capital, presentarse a delegada: “Un día, al cierre del noticiero que conducía, mi compañero Luis Otero saluda ‘a todas las Juanas en su día’, por Juana de Arco. Y yo me despido diciendo ‘como Juana de Arco, que siga la lucha’. Era el 9 de marzo de 2016, un día después del Ni Una Menos. A la mañana siguiente, en la edición impresa de Clarín reflejan ese diálogo, pero el periodista Walter Domínguez agrega: ‘Ojo con la lucha, Silvia, mirá que esa Juana de la que hablan terminó quemada en la hoguera’. Durante los siguientes diez días ninguno de mis compañeros ni la productora que me ponía al aire me miraba a los ojos. Una sola amiga se me acercó y encima me preguntó por qué había escrito un tuit arrojando a los delegados”.

Silvia fue electa delegada por el SiPreBA en 2019, tras una enor-

me campaña de afiliación. Más de 100 trabajadores de prensa la eligieron a ella, al compaginador Brian Psenne y a los camarógrafos Daniel Raichijk e Ignacio Marcalain para integrar la Comisión Interna. Un año después, la sacaban del aire y la despedían. Junto con la organización sindical, con aquellos y aquellas que reclamaban por sus derechos aun en circunstancias intimidantes, sabía que la única salida era colectiva. Y sabía que lo peor era callar: “Repudio que la empresa para la cual trabajo no se presente a paritarias y otorgue aumentos salariales a gusto y *piacere* (de ellos, claro), que castigue a compañeros con congelamientos y amenazas, e incentive a otros con regalos y oportunidades discrecionales, marcando diferencias y generando bandos y enemistades. Me desafilié de UTPBA, un gremio infiel y corrupto, para adherirme a SiPreBA, en el que deposito la esperanza de que, por fin, este colectivo de trabajadores logre la reivindicación de los derechos postergados y precarizados. Critico, reclamo, cuestiono absolutamente todo, empezando por mi propio trabajo, hasta el producto final del noticiero en el que me desempeño. Me niego a seguir hipnotizada un rating minuto a minuto que define qué es y qué no es noticia, y a acatar la orden de que ‘no hacemos un noticiero, somos un programa’”.

Intercanal, un río que fue mar

Lo ocurrido en Canal 11 (Telefe) y Canal 13 durante el proceso privatizador dejó huellas por donde seguimos andando: sabemos que los derechos se conquistan y defienden, no son limosnas; entendemos que esa lucha tiene costos pero también, y sobre todo, el valor de no perder nuestra percepción de trabajadores, de mirar más allá de uno mismo (en una actividad donde el ego y la vanidad son fantasmas siempre al acecho). Lo reflotamos en pandemia, ante la amenaza sanitaria más peligrosa de los últimos cien años, pero ya lo vivimos cada vez que otra amenaza, la del individualismo

despiadado, venía a quitarnos todo: nadie se salva solo. En televisión ese lema tuvo un nombre: la Intercanal.

La historial la cuenta Eduardo Bernal, uno de los protagonistas, con décadas como trabajador de la TV Pública: “La Intercanal fue un grupo de trabajadores de televisión de diferentes canales, incluyendo Canal 7, Telefe, América y Canal 13, que se formó en la década de 1990 para luchar contra las privatizaciones. Se caracterizaba por su enfoque transversal, que buscaba unir a los trabajadores de los canales en una lucha común. Tuvo una organización muy fuerte durante la vuelta a la democracia, sobre todo para lo profesional y para lo gremial. En esa época el fin principal era volver a organizarse y revivir los convenios colectivos de trabajo”.

En el viejo Canal 7 el proceso privatizador no fue más amable que en el resto de los canales. Evoca Eduardo que “cuando Menem gana la segunda presidencia, dice ‘bueno, ya lo usé a Canal 7’. Muchos entendían que si se quedaba con el 7 se lo quedaba para siempre. Después nos dimos cuenta de que (lo que quería decir) era ‘bueno, si gana la segunda presidencia también revienta Canal 7’”.

Pero ese intento de privatización quedó trunco. Si bien la ley de Reforma del Estado de Menem y su ministro Roberto Dromi en 1989 excluía expresamente a Canal 7 de las empresas a privatizar, el 28 de diciembre de 1995, Día de los Inocentes, salió el decreto que promovía la venta de la frecuencia 7, la más potente del espacio radioeléctrico, para cambiarla por la 4+, una frecuencia en disputa con un canal de Montevideo y de mucho menor alcance. Menem entendía la importancia estratégica de contar con al menos un canal estatal, pero luego de la reelección priorizó los negocios.

Los trabajadores supieron que, si perdían la frecuencia, perderían el canal, los puestos de trabajo y sus derechos. Frente al decreto, interpusieron una medida cautelar, en la que asumió un rol clave el abogado Carlos Negri. Para esa cautelar, 64 trabajadores pusieron su casa en garantía como caución, firmando uno por uno en una mesita en la puerta de la redacción del noticiero. A esa medida,

concedida por la jueza María Elsa Uzal, se sumaron paros, movilizaciones y acciones gremiales, con las que los trabajadores ganaron tiempo hasta que el menemismo se fue apagando.

Durante ese período, los trabajadores del único canal estatal que quedaba vivieron bajo constante persecución: recorte de horas extras, hostigamiento a los delegados, obligación de usar traje y corbata, cambios de horario fuera de convenio, violaciones de derechos de todo tipo. “Hasta nos habían puesto de jefe de cámaras a un camarógrafo de la Policía Federal, del Departamento de Comunicaciones”, recuerda Bernal.

La iniciativa de la Intercanal intentó convertirse en un frente contra la ola privatizadora. Bernal rememora que “si bien hay que reconocer que es una lucha que se pierde, porque los canales se privatizan, para mí fue el único frente real que chocó con las privatizaciones. Y la UTPBA trató de menospreciarlo. Primero por una cuestión ideológica y elitista; y segundo, porque no querían a la Intercanal, porque la veían como algo transversal y ellos tenían una manera de conducción muy verticalista”.

Hubo en la Intercanal una semilla valiosa. Que fue creciendo con más o menos impulso pero que estaba allí, en la gestación de la protesta y la lucha como herramienta. Ejemplifica Eduardo que en Canal 7 “pasamos de asambleas de 10 a 12 tipos a asambleas con 20, 30, 40 compañeros y compañeras. Y en un momento teníamos a toda la gente en la asamblea. Este proceso, que yo lo cuento así, tardó siete años. La gente empieza a venir a las asambleas porque dice: ‘Bueno, estos están locos pero no me fallan, me dan respuesta y si planteo algo en la asamblea me escuchan y claramente hacen’. Porque si no la gente no va. Si vos los hacés ir a la asamblea y te va bien, pero no les das pelota, la gente no vuelve, no ve la necesidad”.

La necesidad de estar juntos le dio un nuevo impulso a la Intercanal tras la toma del noticiero de Canal 7 en marzo de 2000, contra despidos masivos del gobierno de la Alianza. Esa lucha, que terminó con la mayoría de los despedidos reincorporados, fortale-

ció a los trabajadores de prensa del canal público. Narra Bernal que “sobrevivimos a la toma, que no fue fácil para ninguno, y después nos planteamos fortalecernos a través de la Intercanal. Planteamos que no podía ser una reunión para ir ‘contando los muertos’, porque si no parecía que lo sindical era sinónimo de mala noticia, donde solo nos reuníamos para comentar que no teníamos fuerzas. Entendíamos que la gente tenía que empezar a pensar en los demás como compañeros y que era la única manera de que en algún momento pudiéramos pararnos de manos. Era una construcción para fortalecer, más táctica que estratégica, si querés, porque la verdad es que los compañeros tenían diferentes miradas, y algunos ni siquiera tenían miradas políticas. Y la política sindical generalmente era combativa, de izquierda, peronista, bueno, pero los compañeros, yo te diría, eran laburantes que se acercaban a gente que conocía, y nos respetaban, porque nos veían en la calle o porque eran compañeros de nuestros canales”.

Para Eduardo, la tercera etapa de la Intercanal llegó durante el gobierno de Néstor Kirchner, cuando “el fin era aplicar un criterio de aumento para todos los canales, subir a los de abajo y no permitir que a los de arriba nos empujaran para abajo, y tratar de pasarles los derechos que a nosotros nos reconocían y en otros canales no, como el artículo 71 (que establece un mecanismo de retribución para los trabajadores de prensa cuando sus notas se reproducen por fuera del canal donde se desempeñan). Y lo estábamos logrando. No pudimos después firmar un acuerdo por una disidencia interna, un problema político: la UTPBA no nos dio apoyo. Se ponían contentos cuando íbamos al Ministerio de Trabajo con propuestas, planes de acción, un discurso unificado. Pero nos tiraban en contra. Incluso con Judith Rabinovich, secretaria gremial, que sí nos acompañaba. Ella encabezó la gestión para que Clarín volviera a tener Comisión Interna tras el despido de la anterior, diez años antes. La empresa dice que sí, pero la UTPBA pide desactivar la movida. Cuando nos enteramos, pedimos una reunión con Cama-

ño y nos la negó. Renunciamos de inmediato los ocho delegados de la Intercanal. Lo hicimos desde un lugar moral y político, dijimos: ‘Esto es una bosta, no tenemos nada que ver con esto, nos vamos’. Judith también se fue, la estaban mandando a hacer cagadas y ella decidió no hacerlas”. Otra vez la semilla: en esa lucha, en esa organización, en esa forma de entender el trabajo sindical estaba naciendo el SiPreBA.

Es bien descriptivo Bernal cuando concluye que “todo aquello fue en 2009, 2010; estamos en 2025 y firmamos la primera paritaria conjunta en 30 años. Hoy, en términos de unidad de los trabajadores y respeto del convenio, hago un balance positivo”. “El espíritu de la Intercanal está vivo: hoy los delegados de los canales se mueven juntos y van a la paritaria juntos. Lo que pasó de maravilloso, que para mí tiene que ver con la caída de la UTPBA y la creación de nuestro sindicato, es que la Intercanal se convirtió en un río que fue al mar, que es el SiPreBA”.

Claudio Iácono insiste en la necesidad de “pensar en nosotros y no en lo individual. Nos enfrentamos a un enemigo muy poderoso y si vas dividido sos carne de cañón. Los elementos más importantes que tiene el trabajador como objetivo son la unidad y la organización. Eso, que siempre fue importante, hoy es capital. El SiPreBA es la reivindicación de todo lo que veníamos peleando. Y me da mucho orgullo haberlo visto nacer”.

Silvia Martínez Cassina concuerda y refuerza que “tenés que conocer tus derechos, porque si no los conocés no podés defenderlos ni reclamar por ellos. Y después, lo colectivo, la organización. Siempre juntos, no de a uno, solito, ‘pasen que tengo la puerta abierta’, como nos decía un gerente, y salían pero más sopapeados, por poco no te bajaban el sueldo. SiPreBA es el acompañar, es el contener, es el estar en las redacciones. No es el delegado que no conoce a los compañeros que tiene que representar, eso lo aprendí de mis delegados, de mis maestros, de Dani Raichijk, de Hugo Molini. No decir ‘no importa, no es mi sección’, porque si fuera por eso yo

estaba más en maquillaje y peinado, que son de otro gremio, que en la redacción con mis compañeros. Yo salía cada vez menos a la calle, de última era conducción. A mí lo que me enseñó SiPreBA es: ‘Andá por cada escritorio, con cada compañero, preguntale cómo está, qué necesita, qué le pasa, aun a los que tienen miedo’. Lo que distingue al SiPreBA es conocer el territorio, el lugar, la redacción, la calle; es acompañar y sostener”.

Van diez años de SiPreBA. Diez años de cosechar la siembra de más de treinta. Diez años de presente y futuro, bajo la mirada de quienes nos enseñaron. Algunos pocos nombres se apuntaron aquí. Pero fueron muchos más, son muchos más, tenemos que ser muchos más.

Enfrentar despidos sin sindicato

Experiencias de organización y resistencia. El conflicto en Página/12 en 1995. La toma de Crónica frente a las patotas del Grupo Olmos en 2005.

Por Ana Paoletti

Desde principios de la década del '90, los adelantos tecnológicos modificaron la manera de producir diarios y revistas. Con la llegada de la informatización, las máquinas de escribir quedaron arrumbadas en algún rincón de las redacciones y fueron reemplazadas por computadoras con procesadores de texto y programas de diseño. Ese período de transición tecnológica fue utilizado también por algunas empresas para encarar recortes en sus plantillas de trabajadores.

A pesar de estar nucleados en un mismo sindicato, la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires (UTPBA), no había relación entre los delegados de las diferentes redacciones y no se estimulaba la participación en plenarios, por lo que cada colectivo de trabajadores se veía obligado a enfrentar en soledad tanto los cambios como los avances patronales.

En ese contexto se desarrollaron conflictos por despidos en dos diarios importantes: *Página/12* y *Crónica*. Sus trabajadores enfrentaron las medidas de ajuste con la fuerza de la organización gremial que habían podido construir, con momentos altos y bajos a lo largo de sus respectivas historias.

El diario que invitaba a pensar

El 30 de marzo de 1995, casi ocho años después de salir a la calle por primera vez, *Página/12* envió telegramas de despido a 66 trabajadores y trabajadoras. El diario progresista argumentó como causa justa la participación en asambleas. Redactores, diagramadores, correctores y personal administrativo eran expulsados con las mismas artimañas de cualquier patronal.

El diario había sorprendido a los lectores en los kioscos el 26 de mayo de 1987 con una línea de defensa de los derechos humanos y denuncia de los crímenes de la dictadura, que prometía un periodismo a tono con el renacer de la democracia. Sin embargo, su futuro era incierto. ¿Podría sortear las dificultades en los circuitos de distribución y llegar a los kioscos? ¿Podría convertirse en un medio atractivo para los anunciantes?

Como fuera, periodistas con largas trayectorias que habían resistido la dictadura militar dentro y fuera del país compartían la redacción con jóvenes que vivían la emoción de participar de un proyecto periodístico desde sus inicios, con un lenguaje desenfadado y una gráfica moderna en comparación con los diarios tradicionales.

A poco de empezar, se hicieron las primeras asambleas. Entre los trabajadores y trabajadoras había un alto porcentaje de afiliación a la UTPBA, surgida poco tiempo antes de la fusión de la Asociación de Periodistas de Buenos Aires (APBA) y el Sindicato de Prensa. En julio de 1987 se eligió a la primera Comisión Gremial Interna de *Página/12*.



Tapa alternativa de Página/12 hecha por los trabajadores y trabajadoras en reclamo de más de 60 despidos, en 1995

Hasta 1993, entrar en la redacción implicaba escuchar el tecleo de las máquinas de escribir y el ruido de las teletipos; se diseñaba sobre tableros de dibujo en hojas diagramadas y se armaba también a mano. Algunas empresas periodísticas ya se habían informatizado cuando Página/12 decidió dar ese paso. El avance tecnológico vendría con la simplificación de algunos procesos y también con la intención de reducir la plantilla de empleados. El tiempo demostró que el motivo de los despidos de 1995 no era que sobraran trabajadores, ya que al año siguiente el diario volvería a tomar empleados para las mismas áreas donde había hecho los recortes.

Durante el mes y medio posterior a los telegramas se realizaron conferencias de prensa, dos festivales y dos radios abiertas. Por aquellos tiempos era muy difícil romper el cerco informativo, los conflictos gremiales de prensa no salían publicados en los medios periodísticos y no existían las redes sociales. La UTPBA tuvo un rol menor, garantizando elementos para actividades callejeras y con alguna aparición esporádica de sus referentes. En ese contexto, se consiguió la solidaridad de dirigentes políticos y la presencia en una asamblea de Madres de Plaza de Mayo, quienes intentaron una vía de diálogo con la empresa para que retrocediera en los despidos.

La tapa de Página/12 del sábado 13 de mayo de 1995 daba cuenta de las elecciones del día siguiente, que le permitirían a Carlos Menem asumir un segundo mandato. En una edición empobrecida, con la mitad de las páginas habituales, el pirulo titulado “Emergencia” daba cuenta del conflicto gremial que ya sumaba cuarenta días:

“Página/12 quiere ser honesto con los lectores, como cuando informa con absoluto rigor sobre la política, el mundo, la sociedad y los deportes. Esta edición del diario tiene menos páginas que las habituales, bastante menos que las que hubiéramos querido ofrecer un día antes de las elecciones más importantes de los últimos años. Es, pues, una edición

de emergencia. Hace 40 días que el diario arrastra un conflicto laboral no resuelto. Ayer el Ministerio de Trabajo dictó una conciliación obligatoria, que podía garantizar a las partes un ámbito de negociación para encontrar una salida razonable. Pero desde la mañana, un sector minoritario del personal impidió por la fuerza la entrada de buena parte de los periodistas que día a día informan desde estas páginas a sus lectores. Página/12 sabe que esta edición es menos de lo que merecían hoy cada uno de ustedes, pero era preferible no cortar el diálogo que lleva casi ocho años, aunque fuera para pedir, como hoy, sinceras disculpas. Hasta mañana y feliz reflexión preelectoral”.

El día anterior, los despedidos y las despedidas, junto con compañeros y compañeras que habían sostenido 20 días de paro ininterrumpido, habían bloqueado el ingreso a la redacción. Ni el sindicato ni la Comisión Gremial Interna, integrada por Fernando “Tato” Dondero, Carlos Rodríguez, Alberto Rivas y Claudio Andreotti, habían sido notificados de la conciliación obligatoria.

El pirulo de tapa minimizó el reclamo, que adjudicó a “un sector minoritario”, y a pesar su proclamada honestidad con los lectores omitió informar que el conflicto gremial se había originado por los despidos masivos.

Ya en la etapa de conciliación obligatoria, las negociaciones siguieron. No se logró revertir despidos pero sí mejorar las propuestas de indemnizaciones, que no contemplaban lo que correspondía por ley y se pagarían en cuotas. Un grupo de trabajadores y trabajadoras no aceptó el acuerdo al que se llegó e inició juicios individuales, que años después tendrían resoluciones favorables.

Durante 1995 el éxodo continuó. La empresa siguió reestructurando y achicando áreas. El acuerdo de indemnización con los despedidos se convirtió en la oferta para retiros voluntarios, que completarían la pérdida de 80 puestos de trabajo.

Los meses siguientes fueron muy duros. El conflicto nos había dejado golpeados, aunque no fue impedimento para reconstruir la vida gremial de Página/12, que continúa hasta la actualidad.

Crónica de una toma

Desde mediados de 1963, cuando los canillitas empezaron a vocearlo, Crónica se convirtió poco a poco en el diario de las clases populares. En la década del '70 alcanzó una tirada de 800.000 ejemplares en todas sus ediciones diarias. Era habitual ver laburantes en colectivos y trenes, al regreso de las jornadas laborales, con su ejemplar debajo del brazo.

Muy lejos habían quedado aquellos tiempos de gloria a inicios del 2000, cuando el plan económico del gobierno de la Alianza llevaba una década con salarios congelados. El desempleo y la precarización eran el signo de la época. El malestar entre trabajadores y trabajadoras de prensa por sus ingresos aumentaba y la única posibilidad de obtener una mejora salarial pasaba por conseguir otro empleo.



La delegada Andrea Salmini, en la puerta del diario Crónica, tomado por los trabajadores, al día siguiente de la golpiza. (Foto: Prensa SiPreBA)

Crónica estaba al borde de la quiebra. Tiempo después, Héctor Ricardo García, su histórico dueño, fue detenido por evasión fiscal y la empresa quedó a la deriva. Los trabajadores cobraban 50 pesos por semana, había desmoralización, persecución gremial, y no se permitían las asambleas dentro del diario.

En ese contexto, con la tradición de organización gremial que arrastraban los trabajadores más antiguos, a quienes se sumaban las nuevas generaciones, surgió la idea de reunirse por fuera de la redacción y pensar acciones para revertir los salarios atrasados y garantizar los puestos de trabajo. Acompañados por grupos del movimiento de trabajadores desocupados, cuando ya gobernaba Néstor Kirchner, marcharon a Casa Rosada en busca de una gestión política que permitiera mejorar las condiciones laborales.

Poco tiempo después, condicionado por la situación judicial, García se desprendió de Crónica y entró en escena el Grupo Olmos, administrador de la obra social de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM). En noviembre de 2005, la nueva conducción empresarial decidió cerrar el vespertino Crónica 5ta. Edición y despedir a 72 trabajadores. La asamblea respondió votando un paro, que derivó en dos períodos de conciliación obligatoria dictada por el Ministerio de Trabajo. Los delegados estaban en una audiencia en ese ámbito cuando les avisaron que una patota de treinta hombres, con manoplas de acero, rodeaba a los trabajadores en la redacción.

La Comisión Gremial Interna, integrada por Andrea Salmini, Jorge “Kiko” Vignolles, Alberto Castagnino y Nancy Acosta, volvió entonces al quinto piso del edificio de Garay y Azopardo, donde trabajaban cerca de doscientas personas. Conversaron con algunos referentes del diario y resolvieron hacer una asamblea. Los escritorios estaban dispuestos en largas hileras y en el centro estaba la mesa de edición, que ocupaban los jefes de secciones. Allí se ubicó Salmini para dirigirse a sus compañeros. El clima era tenso. El jefe de seguridad se acercó para impedirle que abriera la asamblea, la empujó y la delegada cayó al piso. Uno de los jefes de sección se



“Tato” Dondero, primer secretario general del SiPreBA y ex trabajador y delegado de Página/12, en una conferencia de prensa en pleno conflicto.

levantó e increpó al responsable de seguridad. De inmediato, la patota empezó a repartir golpes entre los trabajadores. El saldo: diez hospitalizados, dos en terapia intensiva.

Cuando terminó su trabajo sucio, la fuerza de choque del Grupo Olmos se retiró del quinto piso, aunque se quedó en el edificio. Los trabajadores decidieron entonces tomar la redacción. Un móvil de América TV que intentó indagar sobre lo ocurrido también fue agredido. Cuando la noticia trascendió, el Ministerio de Trabajo envió a un funcionario y llegó un referente de la UTPBA, que presentó la denuncia en una comisaría. Con la patota controlando el acceso al edificio, la asamblea concluyó que no estaban garantizadas las condiciones de seguridad para trabajar y resolvió un paro de todo el personal, incluidos los jefes.

Al día siguiente se hizo un acto en la puerta del diario. Se congregaron trabajadores de prensa de otras redacciones, referentes políticos y gremiales, que acercaron su solidaridad. También se

hicieron presentes las Madres de Plaza de Mayo, que intentaron infructuosamente hablar con la empresa.

En el tercer día del conflicto, el ministerio convocó a la Comisión Interna para anunciar que había dictado una nueva conciliación obligatoria. Los delegados explicaron que antes de decidir debían consultar a sus compañeros y por la tarde se congregaron en la puerta de Crónica. A propuesta de la delegada Salmini, una asamblea de más de 150 trabajadores votó rechazar la conciliación. Minutos después, se abrieron las puertas del diario y subieron al quinto piso, con los despedidos incluidos, para continuar la asamblea en la redacción. Allí decidieron, luego de una medida de fuerza de tres días, volver a trabajar y sacar el diario.

Crónica no logró imponer los despidos. Poco tiempo después anunció que abría retiros voluntarios. El episodio de los matones repartiendo puñetazos hizo que muchos compañeros decidieran irse, por considerar que no podían seguir ejerciendo el periodismo en un clima tan hostil.

A partir del conflicto, la Comisión Interna se consolidó como representación gremial, consiguió regularizar la situación de los tercerizados y un aumento que permitió equiparar los salarios con los más altos de la redacción. La salvaje ofensiva de la empresa hizo que los trabajadores se unieran y logaran torcer la decisión de los despidos. “Habíamos ganado”, recuerda Salmini. Algo había cambiado y el nuevo contexto político permitía lograr mejores condiciones de trabajo. Comprendieron entonces que debían compartir la experiencia del conflicto con el resto del gremio y comenzaron a relacionarse con delegados y delegadas de otras empresas, rompiendo con el aislamiento impuesto por la fantasmal UTPBA.

Experiencias de organización y resistencia como las de Página/12 y Crónica también forjaron los cimientos que darían lugar a la construcción del SiPreBA. Por eso decimos que venimos de muchas luchas y que cada una es un lucero que nos guía y que nunca debemos perder.

Crítica, la lucha que nos parió

La toma donde comenzó a gestarse el SiPreBA. La pelea por la reubicación de las y los compañeros. Una nueva generación de activistas gana las calles.

Por Martina Noailles

Crítica de la Argentina no fue “el último diario de papel”, como vaticinó Jorge Lanata en su eslogan. Lo que sí tuvo fue una vida corta: salió a la calle el 2 de marzo de 2008 y dejó de imprimirse dos años después, el 30 de abril de 2010. Lanata había abandonado el barco a inicios de 2009 y la mayoría de las acciones estaban en manos del empresario español Antonio Mata, vaciador de Aerolíneas Argentinas entre 2001 y 2006. Aunque la experiencia periodística fue efímera, el cierre de Crítica tuvo consecuencias profundas y duraderas en quienes protagonizamos la lucha por sostener las fuentes de trabajo pero también, y muy especialmente, en un sindicato desgastado –la UTPBA– que durante los largos meses de conflicto brilló por su ausencia. Ese vacío se hizo presente cada día y cada noche de las ciento cincuenta que duró la toma de la redacción. Por aquellos meses, la necesidad de una organización sindical

que representara y defendiera a las y los trabajadores de prensa se volvió urgente.

Empecé a trabajar en la sección Política del diario *Crítica* un mes antes de su lanzamiento. La mayoría de las y los periodistas, correctores, diagramadores, editores y reporteros gráficos habíamos dejado trabajos en otros medios, convocados por la figura de Lannata y su atractivo proyecto de empezar un diario de cero. A poco de salir la primera edición, el director se presentó en la redacción y, entre largas filas de escritorios, transmitió expectativas y nos arengó a cuidar del diario y “hacer periodismo”. Apoyado en el respaldo de una silla, de traje gris, camisa celeste y corbata azul, también aclaró: “Este no es un lugar en el que los vamos a censurar ni a perseguir gremialmente”. Sin perder tiempo, algunos levantamos el guante.

En menos de un mes nos reunimos en el fondo de una pizzería de la avenida Corrientes y hablamos de la necesidad de tener una Comisión Interna. Contamos con los dedos de dos manos a los afiliados y, con los de una, a los dispuestos a convertirse en delegados: Ángela Lerena, Edgardo Imas, Javier Romero y yo. Una interna con paridad de género y todo. Después, naturalmente, nos acercamos a la UTPBA para que nos acompañaran en el armado de las elecciones. Sin demasiado entusiasmo, lo hicieron.

Tras algunas asambleas, varios compañeros empezaron a consultar cómo afiliarse. Aún en tiempos de papel, el primer paso era llenar una planilla. A pesar de la insistencia, lograr que el sindicato se acercara a la redacción fue una misión imposible. Esa negativa no me entraba en la cabeza. Sumar afiliados nos permitiría un recambio de delegados y más protección, pero, más allá de esas ventajas para el colectivo específico, era y es una de las formas básicas de fortalecer un sindicato. Con el tiempo lo entendí: la UTPBA no quería ser más fuerte. Quería eternizar (y tener bajo control) su pequeño terruño. Su conducción permanecía en el cargo desde 1986.

Meses después, con el diario en marcha, decidimos dar la primera discusión por la regularización de las y los fotorreporteros que no



Las y los trabajadores lograron mantener el reclamo por las fuentes de trabajo con diferentes acciones para visibilizar el conflicto.

eran parte de la planta. Convenio en mano, le mostramos a recursos humanos de Papel 2.0 S.A. que, luego de facturar 24 notas, los “colaboradores” debían ser contratados en blanco. Así fue que un grupo de compañeras y compañeros fueron efectivizados.

La segunda decisión de la asamblea fue pedir aumento salarial. Aunque suene extraño, el sindicato de prensa no negociaba paritarias con las cámaras de medios, es decir que no existían acuerdos para que los salarios no perdieran poder adquisitivo por la inflación. La puja se tenía que dar dentro de cada empresa, donde la fuerza de la asamblea y de la Comisión Interna era fundamental. Aquel primer año logramos buenos acuerdos.

Pero en las asambleas no solo discutíamos condiciones laborales

y salariales. En 2009 se debatía el proyecto de una nueva Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, y las y los trabajadores del diario decidimos manifestarnos a favor: la libertad de expresión y la pluralidad de voces también nos preocupaban. Por votación, decidimos escribir una solicitada y pedir su publicación en el diario. A pesar de confrontar con su línea editorial, la solicitada se publicó.

Ese año, Lanata dejó la dirección del diario y Mata colocó a su mano derecha, Carlos Mateu, como gerente. También cambió la composición de la Comisión Interna: Edgardo y yo fuimos reelectos, y se sumaron Alejandro Bercovich y Luis María Herr.

A fines de 2009 empezaron los problemas económicos: la empresa no pagaba a tiempo los aumentos acordados y prometía el aguinaldo en cuotas. Antonio Mata decía que todo estaría bien e incluso anunciaba nuevos suplementos. Pero en los primeros meses de 2010 nada de eso ocurrió y el pago de sueldos se volvió intermitente. La excusa –la misma de siempre– era que no recibían suficiente pauta oficial. El salario de marzo nunca llegó. Éramos 170 trabajadores y trabajadoras de planta y más de 20 colaboradores, a quienes tampoco les pagaban desde hacía meses.

En asamblea decidimos seguir sacando el diario. El 9 de abril votamos un paro. Crítica salió con menos páginas y con una edición de emergencia, sostenida por jefes y editores. Días después, decidimos convocar a una movilización frente a la redacción. Vinieron desde Federico Pinedo (PRO) hasta Néstor Pitrola (PO). El 30 de abril, tanto el diario impreso como la página web dejaron de publicarse y 190 trabajadores quedamos en la calle.

Democracia sindical

El 12 de mayo de 2010, luego de dos meses sin cobrar un peso, decidimos permanecer en la redacción de Maipú 271. La asamblea de accionistas, con Mata a la cabeza, se declaró ese día en convoca-

toria preventiva de acreedores. Teníamos que defender lo poco que quedaba. Allí permanecimos hasta el 20 de octubre.

“El desarrollo del conflicto marcó el método asambleario como núcleo de la democracia sindical, tanto para la concreción de los quites de colaboración iniciales como para los paros posteriores, hasta llegar a la ocupación de la redacción”, recuerda Edgardo Imas quince años después.

Desde la asamblea se decidió cada paso que dimos. Y fueron muchos. Visibilizar lo que estábamos atravesando fue uno de los objetivos principales. Tanto entre trabajadores y trabajadoras de otros medios como en los diferentes sectores sindicales, sociales y políticos. Pero, principalmente, teníamos que llegar a la sociedad.

Un punto clave pasaba por “lograr la atención de los medios, muy reacios a publicar noticias sobre conflictos con el personal en diarios y revistas (‘entre bueyes no hay cornada’, reza un viejo dicho)”, explica Imas. La lucha en Crítica rompió la protección de cristal de la que gozan desde siempre los empresarios periodísticos. Las noticias sobre la ocupación de las oficinas salieron en todos los diarios, en radio y en televisión.

Otra decisión fue comenzar a producir nuestro propio diario, Crítica de los Trabajadores. La periodista Gabriela Vulcano fue una de las que se involucró en el contenido: “El desafío profesional por el que habíamos llegado a Crítica empezó a quedar opacado por otras cuestiones que tenían que ver con reconocernos como trabajadores de prensa, más allá de ser periodistas. Y con sentir que nuestro lugar de trabajo teníamos que defenderlo, en cuanto a los puestos de trabajo. A la vez, se fueron dando distintas discusiones sobre cómo mantenernos desde lo profesional y ahí apareció la idea de hacer el diario Crítica de los Trabajadores: notas, entrevistas, con el mismo nivel periodístico con el que habíamos venido trabajando y por el que habíamos decidido entrar en ese diario”.

Primero ensayamos una tapa que empapeló las calles y se levantó como cartel en las marchas. “Mata empresas” era su título principal,



Una tapa diseñada por los trabajadores donde denuncian al dueño de Crítica, el empresario español Antonio Mata.

ilustrado con un avión de Aerolíneas estrellado contra el frente del diario y la cara enojada del accionista mayoritario. El copete rezaba: “El empresario español Antonio Mata, ex vaciador de Aerolíneas Argentinas, amenazó con dejar en la calle a 190 trabajadores del diario Crítica. Dijo que no pondrá ‘ni un duro más’ en la compañía. Debe parte de los sueldos de marzo y los de abril, después de haber pagado en cuotas durante seis meses. Y empezó a llevarse impresoras y muebles de la redacción. ¿Otra quiebra?”.

También hicimos tapa a su socio argentino, Marcelo Figueiras: “¿De qué se ríe Figueiras? El dueño de laboratorios Richmond tiene el 22% de las acciones del diario y tampoco ofrece una solución. Factura 135 millones anuales por las vacunas de la gripe A, que vende al Estado”. La tercera noticia apuntaba al gobierno. “Jaque a la libertad de expresión. Ahora que se aprobó la Ley de Medios, ¿se permitirá

que un empresario extranjero inescrupuloso eche a periodistas y deje a los lectores sin un diario independiente en serio?”.

La primera edición de Crítica de los Trabajadores salió el 7 de junio, Día del Periodista. La presentamos durante un acto en la puerta del diario. Con 40 páginas y una tirada de 5.000 ejemplares impresos en la recuperada Gráfica Patricios, fue una herramienta fundamental en la lucha. El periódico contenía las secciones habituales y un suplemento sobre el conflicto. Su producción activó a decenas de compañeros y compañeras que, después de dos meses, volvieron a sentir la adrenalina de una redacción en marcha.

Los aportes que recibimos por la publicación de avisos (de todo el arco sindical y político) y por la venta (contribución solidaria) de ejemplares sostuvieron una parte importante del fondo de huelga. Durante días, periodistas, fotógrafos, diagramadores y correctores se convirtieron en canillitas y recorrieron aulas de facultades, redacciones, plazas y vagones de subte y tren. Se agotó en 48 horas.

El acto del 7 de junio fue masivo y logró plasmar la red que tejimos durante esas semanas. Abrazado por cientos de personas que cortaban la calle Maipú, Alejandro Bercovich dijo al micrófono: “Hace diez años, Clarín echaba a 116 trabajadores con la Gendarmería en la redacción. Los veo a Gustavo Bruzos, a Beatriz Blanco, a Pablo Llonto. Nosotros somos herederos de ustedes, compañeros. Estamos dando la misma pelea que en ese momento se acalló, que en ese momento no escuchaba nadie. No salía en ningún medio de prensa. Hoy estoy saliendo desde las cinco de la mañana en todas las radios de la ciudad. Hoy nos está escuchando la gente. Algo cambió en cómo nos relacionamos con nuestro propio trabajo. El fruto de nuestro trabajo es el fruto de la organización de los trabajadores, sacando un medio adelante, sin patrones, sin internet, sin teléfono, sin cobrar el sueldo por un mes y medio, solamente contando con la solidaridad de este gremio y de todos los gremios que se sienten parte de la clase trabajadora y que no quieren que 190 familias se queden sin su sustento, y que se calle una voz en plena democracia”.

Toma, organización y sol

Pocos días después del acto, la UTPBA convocó a una asamblea electoral de cara a los comicios de septiembre de ese año. Fue en el microestadio del club Atlanta. Hacia allí fuimos desde la redacción, junto con delegados y afiliados de otros medios. Todo fue una farsa. Acreditaciones a personas que no eran trabajadoras de prensa ni mostraban su carnet de afiliación. Ingreso de otras que ni siquiera habían sido acreditadas. Dos listas compuestas por los mismos dirigentes de la UTPBA, para lograr la mayoría y la minoría. Un conteo de manos alzadas propio de una película de humor: por las quejas, 60 votos mágicamente pasaron a ser 92. Pero lo peor fue la violencia y el desprecio que recibimos quienes hacía dos meses estábamos durmiendo en una redacción para defender nuestros puestos de trabajo.

“En todos estos años, el sindicato no me convocó para ninguna Asamblea Electoral ni me avisó formalmente de las elecciones”, relató al día siguiente Pablo Waisberg, periodista de economía y por entonces delegado del diario BAE. En una columna publicada en Revista Zoom, bajo el título “Lo que vi en la UTPBA”, compartió: “Ayer participé de mi primera Asamblea Electoral. Curiosamente no me invitaron desde el sindicato pese a que soy delegado en un medio. Los que sí me invitaron fueron los opositores a la lista Celeste y Blanca. Me llamaron amigos de La Gremial, de El Colectivo, de La Naranja. Todos me contaban como propio. Los únicos que no me contaban como propio eran los dirigentes del sindicato”.

Subimos a las gradas con mis compañeros y compañeras de Crítica. Enseguida empezaron a silbarnos y a insultarnos. “Todo lo que vi en la asamblea me resultó revulsivo. Pero lo que me generó una mezcla de bronca y tristeza fue ver a trabajadores que se burlaban de trabajadores en huelga y que se reían de una paritaria sindical. Algo inexplicable. Incomprensible. ¿Cómo es posible que

trabajadores y dirigentes se burlen de un par que está por perder el laburo?”, se preguntaba Waisberg, luego de escuchar el discurso del máximo dirigente del sindicato sin una sola palabra sobre el conflicto más grande de nuestro sector en esos días.

Volvimos al diario mascando bronca. Pero había que seguir. Rápidamente nos pusimos a producir la segunda edición de Crítica de los Trabajadores, entre asambleas, actividades y el laburo diario que significa sostener una toma: limpiar, cocinar, ordenar, buscar donaciones o recibir a quienes nos venían a visitar para darnos su apoyo, desde dirigentes políticos y sindicales hasta Madres de Plaza de Mayo. Mientras tanto, quienes integrábamos la Comisión Interna nos reuníamos con empresarios de medios y funcionarios del gobierno nacional en busca de una salida que nos permitiera salvar a Crítica y, principalmente, sostener los puestos de trabajo.

A pesar de que no cobrábamos nuestros salarios desde hacía meses, la lucha nos permitió seguir teniendo ingresos para sostener a nuestras familias: además de cobrar el REPRO –una asignación del Estado para trabajadores de empresas en crisis–, una vez por semana distribuíamos el fondo de huelga nutrido por los ingresos que generaban las ediciones de Crítica de los Trabajadores y por infinitas solidaridades, entre ellas la de la CGT.

Con los días, las semanas y los meses, el apoyo de la familia se volvió imprescindible. La redacción se llenó de niños y niñas, instalamos una pantalla gigante, pasamos películas y sufrimos con los partidos del Mundial.

Varias estábamos embarazadas. En abril, con el inicio del conflicto, nació Lena, la hija de Caro y Carlos, trabajadores del diario. En mayo, Emilia, hija de Virginia y Mauro, diagramadora y periodista de Crítica. En julio, Mane parió a Lola. En agosto nació León, el hijo de Diego. Yo esperaba a Juana para octubre. Tamara, a Tomy para fin de noviembre. Con la empresa concursada, la prepaga pendía de un hilo. Con la quiebra, se caían los aportes, las licencias por maternidad y las asignaciones familiares. Las gestiones en Anses,

en la obra social y en la Superintendencia de Salud se multiplicaron. Pero el 3 de septiembre sucedió algo que nos sacudió a todos: Tamara Smerling tuvo que parir de urgencia.

“Tomás nació con 28 semanas y tres días, pesó 760 gramos y le faltaban más de tres meses para llegar a este mundo. Unos días antes habían decretado la quiebra del diario y mi cuerpo lo sabía: era pura angustia”, recuerda la periodista especialista en educación, que integraba la sección Sociedad. “A las pocas horas de estar en la terapia intensiva de neonatología nos avisaron que nos quedábamos sin la prepaga y que el costo, por día, era igual que mi salario mensual, que ya ni cobraba. Se calculaban entre dos y tres meses de internación. La cuenta era una cifra imposible. Pero, de manera increíble, poco a poco y sin saberlo aún, contábamos con la grandísima, preciada, maravillosa solidaridad de mis compañeros y compañeras”.

Lo más urgente era lograr que la cobertura de la prepaga no se diera de baja, algo que conseguimos de a tramos, mes a mes, con la angustia a cuestas por la situación de Tamara, de las que estábamos por parir, de los recién nacidos y de varios compañeros con problemas de salud. “Los cuarenta dadores de sangre que pidieron cuando nació Tomás llegaron gracias a mis compañeras que armaron una planilla y citaban a dos por día en un reloj suizo. El fondo de lucha que reunieron esas compañeras y compañeros sirvió para comprar la primera manta de mi hijo, porque no teníamos ni cuna: nadie está preparado para un nacimiento de cinco meses. Fue la organización, la solidaridad, lo colectivo, todo eso junto”, dice y se emociona cuando recuerda el día del alta como “el día que salió el sol”.

Crece desde el pie

Mientras Tomás crecía en la incubadora y Juana en mi panza, en el patio del fondo de Maipú 271 nacieron dos nuevos espacios de

organización sindical: un plenario de delegados de medios –base de la lucha para recuperar las paritarias en el gremio poco después– y el Frente de Unidad, una lista integrada por 37 delegados y delegadas de empresas periodísticas que se presentaría en las elecciones del sindicato del 28 y 29 de septiembre de ese 2010. “La notable ausencia de la conducción de la UTPBA en los conflictos del gremio y la negativa a convocar a la discusión paritaria unieron a la casi totalidad de los delegados de las empresas periodísticas en el objetivo común de recuperar la acción gremial para la defensa de los intereses de los trabajadores”, subrayaba el comunicado en el que también se presentaba a Osvaldo Bayer como candidato a secretario general. El periodista, escritor e historiador había sido dirigente del Sindicato de Prensa y uno de los firmantes de los primeros convenios colectivos del gremio.

La fuerza, el sostén y la organización del conflicto de Crítica –dentro y fuera de la toma– se volvían así la base estructurante de un frente opositor decidido a dar pelea, ante una UTPBA que en cinco meses no había aportado ni un kilo de yerba.

El 2 de agosto la empresa Papel 2.0 solicitó su propia quiebra. Habíamos publicado dos ediciones más de Crítica de los Trabajadores y las versiones sobre posibles compradores del diario iban y venían. Algunos compañeros consiguieron trabajo y otros decidieron dejar de participar. Los que quedamos estábamos convencidos de que la única salida era colectiva. Y que la pelea era por los puestos de trabajo.

Entre quienes sostuvimos la lucha hasta octubre había quienes traíamos una militancia política o sindical anterior; pero muchos eran jóvenes que daban sus primeros y entusiastas pasos en el periodismo. Agustín Colombo, de la sección Deportes, era uno de ellos: “Crítica para mí no fue solo un trabajo, sino un espacio de formación periodística, política y sindical. Entré a esa redacción cuando tenía apenas 23 años. Y si bien tenía mis ideas o mis convicciones, en esos años aprendí cuestiones que me sirvieron para

toda la vida. De escuchar y ver nomás a compañeros, aprendí, por ejemplo, que la tarea de crear una Comisión Gremial Interna implica reuniones ocultas, unos huevos y ovarios enormes, y discusiones que no siempre se saldan. Aprendí que una intervención en una asamblea podía trabajarse tanto como una nota. Que hay mucha gente miedosa a participar de alguna asamblea o actividad sindical. Que hay jefes dignísimos y cronistas truchísimos. Y que muchas veces hay que entender el miedo, como me dijo Alejandro Wall alguna vez”, reflexiona.

Agustín fue uno de los compañeros que, en medio del conflicto, apostaron a construir otro medio pero sin patrón. La idea de hacer de *Crítica* una empresa recuperada en formato cooperativa no fue la elección mayoritaria. No había casi nada para expropiar: las oficinas eran alquiladas, no había imprenta ni papel, sólo algunas computadoras a remate. Y nosotros. Nuestra fuerza de trabajo, sin la cual ningún medio es posible. Así fue que, de un grupo de ese nosotros, surgió *Revista Cítrica*, una experiencia de comunicación que quince años después continúa de pie.

Finalmente, la empresa o persona que comprara el diario con sus trabajadores dentro nunca llegó. Eran épocas de Ley de Medios y la discusión en torno a concentración / monopolios / medios hegemónicos / pauta oficial acrecentaba la grieta y nos alejaba de una solución de continuidad del diario *Crítica*. Por eso, en la mesa de negociación que sostuvimos durante meses en el Ministerio de Trabajo, la reubicación de cada uno de los compañeros y compañeras fue la lucha hasta el final. Y se logró.

La mayoría nos fuimos de Maipú 271 con ollas, colchones, bolsas de dormir y trabajo. El empresario periodístico Raúl Olmos no cumplió su deseo de relanzar *Crítica* pero contrató a veinte de sus trabajadores para *Crónica* y *BAE*, que le había comprado a Sergio Szpolski. El primer propietario del diario *Tiempo Argentino* también tomó a una decena de trabajadores para sus medios. Otros tantos compañeros –principalmente correctores y administrativos–

comenzaron a trabajar en la imprenta del Congreso de la Nación, en la del Banco Nación, en el Ministerio de Trabajo y en Anses. Muchos aún continúan en esos trabajos, que conseguimos entre todos y todas.

“Crítica nos dio la posibilidad de preguntarnos sobre algo que en general los periodistas no queremos pensar mucho, que es reconocernos como trabajadores. Nos cuesta pensar que a veces nuestras condiciones materiales son más similares a las de cualquier laburante que a las de aquellas personas con las que solemos tener contacto cotidiano por nuestro trabajo, sobre todo quienes hacemos periodismo político o económico, donde muchas de nuestras fuentes tienen una realidad material muy por encima de la que tenemos los periodistas –analiza Vulcano, desde entonces trabajadora del diario BAE–. El conflicto de Crítica aportó en ese debate interno. En un gremio donde hay mucho ego y mirada individualista, nos dejó esa semilla plantada: todos somos laburantes, más allá del recorrido y del medio para el que trabajemos”.

Nos fuimos de la redacción el 20 de octubre. Juana nació tres días después. En el hall del diario, durante meses y ya entrado 2011, letras de aerosol rojo siguieron gritando: “Crítica *not dead*”. Finalmente, el diario murió. Pero algo de ese deseo escrito sobre la pared se hizo realidad. Y Crítica, o mejor dicho la pelea que dimos sus trabajadoras y trabajadores, dejó su marca en la historia del nacimiento de un nuevo sindicato que tiene en las asambleas y cuerpos de delegados las dos piernas sobre las que pudo empezar a ponerse de pie.

Nadie nos regaló nada

Antecedentes, experiencias y desarrollo de las paritarias de prensa escrita 2011/2013. El activismo sindical se irradia en las redacciones.

*Por Santiago Magrone, Claudio Mardones
y Juan Pablo Piscetta*

Subestimadas con desdén e inquina por los dueños de las empresas periodísticas, las paritarias de prensa escrita que comenzaron a gestarse en 2011 abrieron una nueva etapa en la dinámica sindical, política y profesional de un gremio que, desde mediados de la década del '70, venía soportando golpes durísimos. La larga marcha hasta recuperar el gremio y llegar años después a una negociación colectiva de actividad contó con embates que persisten hoy en día, como la violación sistemática del Estatuto del Periodista Profesional de 1946 (Ley 12.908) y del Convenio Colectivo de Trabajo 301/75 (Prensa Escrita y Oral). Estas herramientas fueron un legado muy potente construido por una generación de trabajadoras y trabajadores de prensa que lograron, entre 1973 y 1976, actualizar las condiciones legales de trabajo en medio de años turbulentos.

La UTPBA no aprovechó su momento de mayor legitimidad para reclamar la apertura de paritarias bajo el pretexto de que ello podría dar lugar a la pérdida de lo logrado en los convenios colectivos vigentes. Así fue que las dudas y errores de esos primeros años se extendieron a la década del noventa como una mancha de aceite. Eso les dio vía libre a las empresas de medios en los albores de la llamada reconversión digital.

Las negociaciones colectivas de prensa eran una rareza. En ese momento, lo tolerable era empresa por empresa, en un contexto de flexibilización laboral reclamada por el sector empresario, y avalada por las presidencias de Carlos Menem y de Fernando De la Rúa, mediante proyectos de ley específicos, como la “Ley Banelco” o el régimen de pasantías. Frente a esa ofensiva empresaria, la UTPBA adoptó una actitud puramente defensiva. Su conducción creía que cualquier tipo de negociación sería una oportunidad para que las



Movilización frente a la sede de la redacción de Clarín, en San Telmo, el 26 de junio de 2013. (Foto: Martín Katz).

empresas avanzaran sobre conquistas históricas. Sin negociar, las empresas avanzaron todo lo que pudieron.

La crisis de 2001 y la huida de De la Rúa del poder también marcaron a fuego ese proceso. No solo por la represión que dejó 39 muertos en todo el país y el desafío profesional que implicaron esos días, sino porque con la debacle económica y social el futuro para las condiciones de trabajo en los medios asomaba muy sombrío. Seis meses después —el 26 de junio de 2002—, otra vez las calles volvieron a mancharse de sangre joven, con los asesinatos de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki. El presidente interino Eduardo Duhalde adelantó las elecciones. Con la llegada de Néstor Kirchner se abrió otra dinámica con la reactivación del sistema de negociaciones paritarias en el Ministerio de Trabajo, entre los gremios y las cámaras empresarias, que le dieron dinamismo al crecimiento de la economía, la recuperación del salario real y el empleo registrado. Hubo un techo a esa recomposición, ante la persistencia de una masa de empleo informal estructural.

En 2004 el Congreso sancionó una nueva ley de negociaciones colectivas. El gremio de prensa se vio muy limitado para recurrir a esta instancia tripartita en la primera etapa de la posconvertibilidad. Las debilitadas organizaciones sindicales de prensa en varias provincias, parcialmente nucleadas en la Federación Argentina de Trabajadores de Prensa (FATPREN), pudieron hacer poco ante cámaras empresarias y medios que venían acumulando poder en un proceso de concentración en pocas manos.

La vieja conducción de la UTPBA había decidido apartarse de la FATPREN, amagando con un proyecto alternativo que no llegó a ser y debilitó aún más la organización sindical en el plano nacional, demostrando su política que —por un lado— fue aislacionista y —por otro— sumamente porteña y antinacional.

El final de los 90 no sólo estuvo marcado por la fugaz aparición del primer diario Perfil y la cesantía de todos sus trabajadores tres meses después, sino también por los 117 despidos que el diario

Clarín ordenó en el año 2000, con una lista negra que incluyó a la Comisión Interna de aquel momento. La UTPBA languideció y resultó notoriamente incapaz de remontar la cuesta ante el arranque del nuevo milenio, mientras otras organizaciones gremiales protagonizaron una “revitalización sindical” que les permitió reposicionarse ante sus empleadores.

Fueron varios años de arduo trabajo de las comisiones gremiales internas de prensa en la ciudad de Buenos Aires. En medio de una situación de crisis procuraron preservar empleos y recuperar condiciones laborales. En algunos casos, se pudieron firmar acuerdos salariales a nivel de empresa, parcialmente acompañados por la Secretaría Gremial de UTPBA. Ambos fueron casi el único vínculo existente entre las bases y la conducción del sindicato.

Así se daban las negociaciones colectivas: descoordinadas y descentralizadas. En un contexto donde en muchos medios no se lograba la organización sindical, la dispersión era parte de la normalidad aceptada.

Afrontar el desafío

De manera temprana, en las redacciones de prensa escrita se instaló una narrativa del fin del papel frente al avance tecnológico y el consecuente temor de la pérdida de empleos. Los planes de negocios de los dueños de medios no tenían en cuenta la organización de sus trabajadores. La génesis de ese proceso de respuesta, sin un sindicato que discutiera salarios y condiciones laborales para todos y todas, sucedió de manera molecular.

Para muchos, el punto de quiebre fue el nacimiento del diario Crítica de la Argentina en 2008, lanzado por Jorge Lanata, como “el último diario de papel”. Tuvo tres años de existencia y albergó a muchos activistas que recuperaron rápidamente la organización sindical como una herramienta para afrontar y denunciar la fragilidad de la empresa que habían armado sus dueños. Otra vez,

quedó al desnudo un sindicato que le dio la espalda a ese grupo de trabajadoras y trabajadores, que de todos modos dieron una pelea que trascendió el conflicto particular del cierre de la empresa y la necesidad de sostener los puestos de trabajo.

Luego nació el diario *Tiempo Argentino*, dentro del Grupo Veintitrés, que concentraba radios, revistas, sitio web y un cotidiano en papel. La de *Tiempo* fue su segunda etapa después de 1982-1986, y varios trabajadores/as que venían de *Crítica* se sumaron al nuevo conglomerado. La mayoría de los medios y productos periodísticos del autopercebido empresario Sergio Szpolski, creados al calor de los debates de la “Ley de Medios” y las batallas comunicacionales de la época, contaron con decenas de delegados de base.

Paralelamente, los trabajadores de las ramas de televisión y de radio comenzaban a reunirse y se organizaban en la Intercanal y la Interradial, respectivamente, a partir del trabajo de la Secretaría Gremial conducida por Judith Rabinovich.

El recambio generacional impactó en las redacciones. Periodistas y trabajadores de prensa jóvenes, muchos de ellos con activismo previo en universidades y en la militancia territorial y barrial, se involucraron en la tarea de reorganizar a sus compañeros y compañeras, aun en aquellas redacciones en las que había historial de despidos y persecución gremial.

El clima social y político favoreció la incorporación de la sangre joven a las filas del sindicalismo de prensa. La notoria insuficiencia de la conducción de UTPBA motivó una progresiva interrelación entre las nacientes comisiones internas y los experimentados referentes de base, para intercambiar experiencias y resultados.

Quienes eran delegados con años de resistencia sobre la espalda ya eran ignorados por la UTPBA, especialmente los representantes gremiales de *Página/12*, *La Nación*, *El Cronista*, *Crónica*, *Buenos Aires Económico* (BAE), editoriales como *Perfil*, *Publiexpress* (revista *Pronto*), y de las agencias *Diarios y Noticias* (DyN) y *Télam*, entre otras. El malestar acumulado por estos activistas empezó a

contar con la simpatía de la nueva generación de asalariados que le puso nombre, cara y potencia a un diagnóstico negativo compartido sobre el rol de la dirigencia. Esa coincidencia, construida en la legitimidad de la práctica gremial concreta y cotidiana, definió un nuevo volumen político que revitalizó la discusión sindical, pero también canalizó las críticas profesionales de los trabajadores y trabajadoras hacia los dueños de las editoriales.

Fracasados los primeros intentos de reclamar una paritaria conjunta, desde 2008 hubo reuniones de grupos de delegados, que luego en 2010 devinieron en “plenarios autoconvocados” con el objetivo de ampliar la organización sindical. La procesión también iba por dentro del sindicato en crisis y ello obligó a su conducción a sacar la lapicera del sarcófago y convocar en 2011 a un primer plenario de delegados para reclamar paritarias. No era una concesión de los jefes de la UTPBA, sino una decisión empujada por las bases, de acuerdo a los mandatos surgidos en las asambleas, que veían la necesidad de participar en la negociación con las cámaras empresarias.

La contraparte para discutir salarios era la Asociación de Editores de Diarios de Buenos Aires (AEDBA), que representa a los principales diarios porteños. En 2011, cuando arrancó el primer plenario de la rama diarios, la mayoría de los delegados nunca había participado de una negociación salarial. Según contaron quienes asistieron a la paritaria de 1975, muchas de las categorías quedaron fijadas en pesos moneda nacional porque estaban seguros de que al año siguiente se podrían ajustar. Pero en el '76 fue el golpe militar.

Entonces, más de tres décadas después, en prensa escrita se presentaba el desafío de las necesarias negociaciones paritarias. Para comprender el contexto de semejante postergación, quizás habría que ponerse a reflexionar sobre las características del ejercicio del periodismo y las cambiantes subjetividades de los trabajadores y trabajadoras de prensa, que se ven tironeados hacia el carrerismo, el egoísmo y la mezquindad.



Movilización frente a la sede del Ministerio de Trabajo, en Alem 630, el 30 de mayo de 2013 (Foto: Bernardino Ávila).

Tampoco era un jardín de rosas el debate en el plenario de delegados, que se reunía en el Casal de Catalunya, en el barrio porteño de San Telmo. Hubo grandes desacuerdos y también hubo algunas instancias de discusión interesantes entre peronistas, trotskistas, independientes. Pero las urgencias prácticas de la paritaria se impusieron.

La compleja negociación, que acompañó la secretaria gremial Judith Rabinovich, se extendió durante once meses, con períodos de conflictividad de acciones gremiales que implicaron “retiros de firmas” de los periodistas en los diarios impresos y digitales, “ruidazos” en las redacciones, asambleas simultáneas, paros parciales y movilizaciones al Ministerio de Trabajo, y a La Nación y Perfil. Fue particularmente impactante lo que sucedió en el “Gran Diario Argentino”. Si bien se impedía la elección de Comisión Interna

desde el año 2000, la patronal no pudo evitar que, tras un proceso dificultoso, se designara a tres delegados paritarios de AGEA/Clarín, que fueron electos por los trabajadores del grupo en la sede de la Asociación de Reporteros Gráficos (ARGRA).

El segundo golpe fue el masivo quite de firmas en las primeras 18 páginas del matutino, entre la incredulidad de los que confundían a Héctor Magonetto con sus trabajadores, y la alegría silenciosa de los que habían confiado y bancado los trapos desde el comienzo.

También se acortó la paciencia de las empresas. Los testigos, especialmente quienes tenían despacho en el piso 13 de la avenida Alem 650, sede del Ministerio de Trabajo, recuerdan que la paritaria de prensa les movía el amperímetro a los poderosos. Magonetto presionó por todos los medios posibles para frenar la primera paritaria, y también para evitar otra contienda por el convenio que buscaban enterrar. A pesar de las apuestas al fracaso total por parte de las empresas, en abril de 2012 se firmó un acuerdo, con los siguientes componentes:

- 1) Aumento unificado salarial del 23,2%, que incluía una suma fija.
- 2) Elaboración de una escala de sueldos mínimos de convenio.
- 3) Una suma por pago de “guardería”.
- 4) La incorporación al CCT 301/75 de la grilla salarial a los trabajadores de las “secciones online” de los medios impresos.

La primera huelga y el Día del Periodista como bandera

Con ese empuje, en 2012, el activismo sindical fue irradiando en las redacciones. En AGEA/Clarín, finalmente se quebró el oscurantismo empresario y se eligió un cuerpo de delegados con una masiva participación. En Infobae se pudo elegir comisión interna tras un historial de despidos. En Editorial Atlántida se eligieron

los primeros delegados en la empresa después de 20 años sin representación sindical.

Esa primera paritaria (2012) fue una referencia para todos, pero su aplicación tuvo un alcance restringido en los medios. Se cumplió en casi todos los diarios y en la agencia DyN. Clarín, la agencia italiana ANSA y Noticias Argentinas se resistieron a implementarla.

Ante ese escenario, la misión era que la próxima mesa paritaria estuviera integrada también por delegados de trabajadores de otras agencias nacionales, de agencias extranjeras en el país, de editoras de revistas y los incipientes sitios periodísticos digitales o “punto-com”. De resultar exitosa, la apuesta sindical convertiría a la negociación 2013/2014, por primera vez en 38 años, en una paritaria de actividad que abarcara formalmente a toda la rama gráfica de CABA.

Así fue como a partir de marzo de 2013 comenzó la convocatoria de la Secretaría Gremial de UTPBA. Por las empresas asistieron las cámaras AEDBA, la Asociación Federal de Editores de la Argentina (AFERA), las cámaras de revistas AAER, APTA, las agencias nacionales Télam, DyN y NA, las agencias internacionales EFE, ANSA, DPA, de Infobae, Publirevistas (LN) y Publiexpress.

Por la parte sindical se nombraron más de 40 paritarios de base, entre titulares y suplentes. La paritaria de prensa escrita 2013/2014 fue impulsada por un centenar de activistas organizados, con representación directa de sus compañeras y compañeros. Para las bases, significó un paso adelante en materia de organización, representatividad y responsabilidad. Para las empresas implicó la consolidación de un emergente que habían subestimado y considerado insignificante en la línea de tiempo de sus ambiciosos planes de negocios, sin paritarias, sin escala salarial y con tracciones económicas individuales para impedir cualquier reclamo colectivo. Así se trizó la imaginaria empresarial de los dueños de los medios porteños y tuvo su impacto en los propietarios en las provincias. Detrás de los rostros institucionales y presuntamente comprometidos con



La movilización para festejar el Día del Periodista del 7 de junio de 2013 llegó hasta el hall del diario La Nación. (Foto: Leandro Teyseire)

la información y la calidad del periodismo, está el management de recursos humanos que siempre buscó demoler el convenio hasta que no quede nada, incluso a costa de despedir masivamente, echar delegados y poner vallas policiales en sus puertas.

Fue intensa la discusión sobre el tamaño de la representación sindical en la paritaria, hasta que se acordó.

La primera audiencia en el Ministerio de Trabajo se estrenó con un cese de tareas y una masiva movilización a la sede ministerial. Así, Télam, Clarín, La Nación, Ámbito Financiero, El Cronista, Editorial Perfil, Tiempo Argentino, Página/12, Infobae, Agencia DyN, Crónica, BAE, ANSA, Atlántida, Infonews, MinutoUno.com, entre otras, participaron de las negociaciones del nuevo período con un pliego definido en el plenario y en las asambleas.

Hubo que rechazar con firmeza y unidad intentos empresarios

para hacer un intercambio espurio: resignar condiciones de trabajo convencionales por incrementos salariales reclamados.

Rápidamente, aparecieron las primeras dificultades técnicas. Una de las más importantes era la desigualdad de los sueldos que había en la actividad. Las diferencias dejaban al desnudo hasta dónde habían llegado las empresas, porque habían podido hacerlo ante la ausencia de paritarias unificadas durante décadas. Se rechazaron sucesivas propuestas de aumento que eran en base solo a los básicos mínimos de convenio de las escalas de AEDBA, AAER y APTA.

Los paritarios exigíamos que hubiera porcentajes que se aplicaran sobre los “salarios reales”, además de la incorporación de otros ítems. En todos se instaló una consigna que se hizo carne y se viralizó desde las redacciones hasta llegar a la calle: #ParitariasPrensa2013. Nadie se imaginaba lo que se estaba gestando. Hubo movilizaciones con ceses de tareas al Ministerio de Trabajo (26/4/13); a la agencia ANSA (29/5/13), y un inédito acto en Infobae para denunciar prácticas antisindicales y aprietes en el medio, que recorrió el barrio de Palermo Hollywood hasta finalizar en Tiempo Argentino (19/6/13).

También se realizaron paros parciales por turno, asambleas y retiros de firmas, casi de manera ininterrumpida.

Sin dudas, la acción más contundente fue la huelga general del 7 de junio, donde alrededor de 1.500 trabajadores de prensa se movilizaron al Obelisco para celebrar su recuperado Día del Periodista. La emoción por el clima histórico que se vivía era compartida. Finalizado el acto y los discursos, la protesta continuó con una marcha por la avenida Corrientes y se dirigió hasta la entonces sede de La Nación, retomó hacia el sur, hasta el edificio de la Editorial Atlántida, y luego siguió hasta La Prensa y la redacción de Ámbito Financiero. Había que volver a 1986, cuando se marchó contra el cierre del primer Tiempo Argentino, o a 1975, cuando la Triple A asesinó a Jorge Money, periodista de La Opinión, para recordar la magnitud de una movilización semejante. Todas las empresas

vieron un nivel de respuesta y organización que no conocieron en décadas.

Luego siguieron dos paros generales de 24 horas. Uno incluyó una movilización al diario Clarín (26/6/13), y otro nuevamente al Ministerio de Trabajo (4/7/13), el último sobre el tramo final de la paritaria. Las jornadas de las más de 20 audiencias llegaron a extenderse hasta bien entrada la noche. Las negociaciones fueron en el piso 13 del ministerio y también hubo otras reuniones bilaterales mantenidas por fuera para cerrar el acuerdo que fueron arduas. Resultaron muy importantes para comenzar a recomponer ingresos, en particular para quienes trabajaban en empresas pequeñas y medianas, a la sombra de lo que se fue acordando con los grandes grupos empresarios.

El acuerdo, firmado el 16 de julio de 2013, fijó tres tipos de incrementos:

- 1) 26% para los básicos de convenio.
- 2) 23% para los sueldos reales de hasta \$12.500 y colaboradores permanentes.
- 3) 22% para los sueldos medios-altos superiores a los \$12.500. También se incorporaron otros dos conceptos relevantes en las condiciones de trabajo del sector: la fijación de una “bonificación por antigüedad” (“Antigüedad 1” hasta 2013, de un valor fijo de \$35 actualizable; y “Antigüedad 2” equivalente al 1% del salario de aspirante), y la declaración del Día del Periodista, que atendía el reclamo de que el 7 de junio sea considerado como jornada no laborable, con el pago salarial correspondiente “más una suma igual”. Se lo entendió como el principio de un proceso de recomposición.

En retrospectiva, cabe señalar que el trabajoso acuerdo fue alcanzado con la intervención de un ministerio que supo escuchar la justeza de los reclamos de los trabajadores y trabajadores de prensa, y que intervino activamente para mejorar la oferta empresarial. La conducción de la UTPBA, esta vez, acompañó la participación de los delegados, a instancias de la secretaría gremial.

Lo que cambia con la organización

La experiencia de la paritaria fue mucho más que un disparador para cada redacción. En algunos casos dejó una marca indeleble para lo que vendría después. En el caso de Tiempo Argentino, en su segunda experiencia después de los ochenta, contó con una redacción cuya organización sindical no solo aportó lo que pudo para recuperar el sindicato y la lucha salarial, sino que forjó las primeras herramientas colectivas para afrontar lo que vendría a partir de 2015, con la fuga de Szpolski y su reemplazo por el estafador Mariano Martínez Rojas, al frente de una operación de vaciamiento que incluyó el envío de una patota para atacar a los trabajadores del medio, que habían ocupado pacíficamente la redacción en defensa de sus puestos laborales.

La toma para recuperar el diario, la resistencia al intento de desalojo y el posterior nacimiento de la cooperativa fue posible gracias a la experiencia sindical previa y la articulación democrática y colectiva que surgió en ese medio para discutir salarios y obtener mejores ingresos. Fue un cambio determinante para una camada de trabajadores formateados en la naturalización de la precarización, que ejercieron el oficio periodístico cobrando un salario, organizándose gremialmente para reclamar su actualización y participando de la inédita experiencia de recuperar la calle para exigir una negociación paritaria colectiva.

Sin embargo, para la negociación de la paritaria de 2014 de prensa escrita, la situación ya sería diferente. Por motivos que la entonces conducción de la UTPBA nunca explicó, decidió apartar a los delegados de base de las negociaciones. Hubo desazón y enojo de todos aquellos comprendidos en el CCT 301/75.

“En este proceso, este plenario ha comprobado que la conducción de la UTPBA ha resuelto abrir la paritaria de prensa escrita para este año desconociendo al plenario que esta organización convocó en 2011 para llevar adelante la paritaria de la rama diarios de 2012,

y en 2013 la de prensa escrita”, denuncia la nota presentada el 29 de abril de 2014 por Fernando “Tato” Dondero, histórico delegado de Página/12.

“Por esa razón y sin contar con alguna explicación formal que justifique tal medida, el plenario informa la designación de esta comisión negociadora, para que la negociación colectiva no sea realizada a espaldas de sus trabajadores con los riesgos y perjuicios que eso implicará”, advirtió el texto enviado al entonces ministro de Trabajo, Carlos Tomada.

El mensaje refleja la síntesis de la experiencia que se había construido en los dos años anteriores, con un plenario que había logrado una negociación más allá de los niveles de tolerancia de los jefes del viejo sindicato.

La nueva traición que implicó dejar fuera de la negociación a los delegados electos en cada empresa tuvo un correlato coherente en la elección para la conducción del sindicato prevista para 2013, cuando la UTPBA negó el acceso al padrón de afiliados a la opositora Lista Multicolor, conformada por delegados de base y agrupaciones del gremio. La batalla judicial a partir de la certificación de las maniobras para ocultar el fraude se tradujo primero en fallos que suspendieron la elección y luego en la orden judicial de entregar el padrón, tal como exige la Ley de Asociaciones Sindicales. Del análisis pormenorizado sobre la situación laboral de cada afiliado surgió que más de 2.500 no tenían ninguna relación con el gremio de prensa. La denuncia pública y detallada del fraude desnudó como nunca antes a la conducción de la UTPBA ante las bases.

En ese contexto, se dio la renuncia de la secretaria gremial de la UTPBA, Judith Rabinovich, y de los dirigentes que representaban a la Intercanal, el plenario de prensa televisada; entre ellos, Eduardo Bernal y César Nenna, de la TV Pública, que comenzaron un proceso de unidad entre los plenarios de prensa escrita y de prensa televisada.

Tal situación derivó pocos meses después en un debate en plena-

rio de delegados de las tres ramas, y el impulso de la realización de una consulta mediante voto secreto en las redacciones para saber si estaban dadas las condiciones básicas para encarar la creación de un nuevo sindicato con auténtica representación.

Se daba por concluida nuestra participación, cada vez más limitada, en la UTPBA, que nació generando buenas expectativas, y caducó por la mala praxis de una dirigencia amañada.

El resultado de la compulsa no sorprendió, pero impresionó a quienes la encaramos por la respuesta masiva de los compañeros y compañeras. En 2015, sobre el epílogo del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, la nueva organización se formalizó como “Sindicato Simplemente Inscripto” durante la gestión del ministro Tomada. Fue inscripto con la denominación Sindicato de Prensa de Buenos Aires (SiPreBA).

Arrancó otra historia. Con inteligencia y perseverancia, Tato Dondero supo liderar como secretario general la primera nómina de conducción.

El nacimiento del SiPreBA y la lucha por la personería

El origen del gremio. Primeros desafíos: el conflicto en el Grupo 23, los medios públicos y Clarín. Unidad en las tres ramas y a nivel nacional en la FATPREN.

Por Carla Gaudensi y Francisco Rabini

El Sindicato de Prensa de Buenos Aires (SiPreBA) tiene fecha de nacimiento el 7 de junio de 2015. Es la síntesis de un proceso de unidad cimentado en un largo camino que comenzó con las luchas por empresa, continuó en la pelea por mejorar el salario y se fue afianzando en las negociaciones paritarias. Pero el punto de quiebre, lo que terminó de definir la necesidad de su creación, fue la autoconvocatoria del plenario de delegados de prensa escrita, que reunió a más de 25 medios y a todas las agrupaciones opositoras a la conducción de la UTPBA. Fue el resultado de un sendero que recorrieron las y los delegados paritarios entre 2012 y 2015, que vieron cómo la conducción del gremio intentó clausurar ese proceso de recuperación de la vida sindical.

Con la autoconvocatoria sin la participación de la UTPBA, se aceleró la unidad con el resto de las ramas y sectores agrupados por

fuera del oficialismo del sindicato. Durante 2013 y 2014 se había rearmado la vieja Intercanal (que reunía a la Televisión Pública, Telefe, América, Arter, Canal 9 y Crónica TV), y la mayoría de esas comisiones internas había terminado confluyendo con el proceso de prensa escrita. Lo mismo ocurrió con la Interradial, donde se agrupaban las comisiones internas de las radios privadas y Radio Nacional. Esa unidad dio lugar al Plenario Autoconvocado de Prensa Escrita, Radial y Televisada, que unió al gremio desde las bases.

A fines de 2014 se resolvió lanzar una campaña de discusión con el propósito de llegar a todos los trabajadores y trabajadoras de prensa. Desde el primer momento, lo que luego se convirtió en SiPreBA se propuso representar no a una fracción sino al conjunto del gremio. Ese proceso finalizó con un plebiscito en todas las empresas de prensa del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA), del que participaron 2.100 compañeros y compañeras, y cuya contundencia ratificó la necesidad de avanzar en la creación de un nuevo sindicato.

Apenas iniciado el recorrido de SiPreBA, comenzó la lucha por la personería gremial y en particular por participar en las negociaciones paritarias. Producto del impulso y la representatividad del nuevo sindicato, se logró que el Ministerio de Trabajo, que conducía Carlos Tomada, otorgara la simple inscripción gremial en diciembre de 2015. Habían pasado apenas seis meses de la fundación y faltaban algunos días para el traspaso presidencial entre Cristina Fernández de Kirchner y Mauricio Macri. Fue un paso fundamental para defender la formación del sindicato en las empresas que se negaban a reconocer al SiPreBA y nos dejó en mejores condiciones para enfrentar el contexto que se abría con el nuevo gobierno de derecha.

Además de proponerse ser un sindicato que represente al conjunto, desde el primer momento fue un sindicato militante, que se hizo literalmente desde abajo. Un ejemplo de eso fue cómo se

financió durante esos primeros meses de existencia: cada afiliado y afiliada aportaba un bono de cien pesos mensual que los delegados recaudaban escritorio por escritorio, redacción por redacción, luego del día del cobro del salario.

Un hito institucional del gremio fue, sellada la inscripción gremial, solicitar a cada empresa la cotización del 1% del salario bruto de cada afiliado mediante recibo de sueldo. Algunas empresas lo permitieron rápidamente y otras se negaron. El sindicato inició demandas. Algunas se ganaron y otras permitieron abrir instancias de negociación para finalmente concretar el acuerdo. Este paso fue fundamental: permitió institucionalizar al sindicato en las empresas y, años después, fue lo que posibilitó cotejar la cantidad de afiliados cotizantes frente a la UTPBA durante el proceso de compulsa por la personería gremial.

En el modelo sindical argentino pueden coexistir más de un sindicato en una misma actividad, pero uno solo puede tener personería gremial, que cuenta con el monopolio de la negociación colectiva de la actividad. Es decir, es el único que puede negociar la paritaria y el convenio colectivo. Lograr eso era el desafío máximo a nivel institucional para SiPreBA.

El vaciamiento del Grupo 23

Con el cambio de gobierno, y apenas seis meses después de haber sido fundado, el sindicato tuvo que afrontar grandes desafíos. La primera prueba fue el vaciamiento y cierre del Grupo 23 por parte de Sergio Szpolski y Matías Garfunkel. Estos empresarios se habían beneficiado fuertemente en el período previo de la pauta oficial, y con el cambio de ciclo buscaron deshacerse de sus empresas de la peor manera para hacer otros negocios.

El conglomerado mediático reunía al diario Tiempo Argentino, Revista Veintitrés, Radio América, el canal CN23, El Argentino

con sus zonales y el portal Infonews, entre otras empresas, y nucleaba alrededor de 800 trabajadores. En plena transición gubernamental, la empresa dejó de pagar los sueldos y abandonó los lugares de trabajo en poco tiempo.

Fue el primer conflicto de SiPreBA como sindicato, acompañando a las comisiones internas y sus trabajadores en la defensa de los puestos de trabajo. Fue una pelea muy dura, con una permanencia en la sede del barrio de Colegiales de Tiempo Argentino y Radio América durante casi un año, para proteger las herramientas de trabajo. Durante esos meses se realizaron movilizaciones masivas al Ministerio de Trabajo; a Puerto Madero, donde Szpolski tenía sus oficinas, y al barrio de Palermo, a las sedes de la mayoría de los medios del grupo. El punto más alto de la protesta fue el 31 de enero de 2016, con un festival en Parque Centenario que reunió a unas 20.000 personas y se constituyó en uno de los primeros hitos organizativos para el sindicato.



Masivo festival en apoyo a los trabajadores del Grupo 23, vaciado por el empresario Sergio Szpolski. (Foto: Prensa Sipreba)

El 24 de marzo de 2016 salió por primera vez a la calle una edición de Tiempo de los Trabajadores, como resultado de la autogestión de los trabajadores de la redacción de Tiempo Argentino. En el marco de ese proceso, en julio de 2016, la patronal –mediante el accionar de una patota– intentó tomar el edificio de Tiempo Argentino y Radio América, y destruir la redacción. Pero el hecho fue abortado por la acción de los trabajadores que aquella noche, bajo la lluvia, enfrentaron a la patota, a la policía cómplice que los protegió y recuperaron su lugar de trabajo. Bajo la lluvia, el SiPreBA realizó una asamblea en la calle Amenábar 23, frente a la redacción, donde los delegados y delegadas del gremio acompañaron a los trabajadores del Grupo 23. Al día siguiente, Cristina Kirchner –que había terminado su segundo mandato como presidenta hacía pocas semanas– visitó la redacción.

Con la lucha se logró preservar la publicación de Tiempo Argentino y se conformó una cooperativa que continúa hasta el día de hoy, al igual que el portal Infonews, resguardando el trabajo de más de 90 compañeros y compañeras.

Esa primera prueba del SiPreBA se dio en un contexto de fuerte reestructuración y ajuste en los medios.

El día del cierre de la histórica agencia DyN, los dirigentes del sindicato –Ana Paoletti, Agustín Lecchi y quienes escribimos este artículo, entre otros– ingresamos al “Edificio de la Prensa”, donde funcionan redacciones de distintos medios y la Asociación de Editores de Diarios de la ciudad de Buenos Aires (AEDBA), ubicado en Chacabuco y Diagonal Sur. Una vez adentro, propusimos tomar las instalaciones de DyN, pero la asamblea de trabajadores rechazó de manera unánime la moción. Eso demostró que existía un voluntarismo de parte de la conducción del nuevo sindicato que estaba alejado de un sector de compañeros del gremio. Pero también se confirmaba que existía una determinación política y vocación de lucha de la nueva conducción, que se contraponía con la pasividad y el alejamiento de la ya vieja y burocratizada UTPBA.

El apartamiento de las negociaciones salariales durante años no fue gratuito: la UTPBA firmó continuamente las paritarias más bajas del país provocando una merma salarial muy profunda, que dejó huellas en los años venideros.

En 2016, el SiPreBA comenzó a realizar la encuesta anual de las condiciones de trabajo y salarios de las y los trabajadores de prensa del AMBA. Ese relevamiento permitió contabilizar la pérdida de 4.500 puestos de trabajo en el sector durante el gobierno de Macri, que incluyó el cierre de DyN y una pérdida del 40% del poder adquisitivo de los salarios de prensa.

La ocupación de Télam y la defensa de los medios públicos

Esa situación de ofensiva sobre los trabajadores de prensa tuvo un capítulo particular en el 2018 con el intento de vaciamiento y cierre de la agencia pública de noticias Télam por parte del gobierno de Mauricio Macri, que años después retomaría la administración de Javier Milei.

Hernán Lombardi, secretario de medios de Cambiemos, quiso cerrar la agencia como parte de un ataque más general contra los medios públicos y sus trabajadores, mediante la falsa campaña de que se trataba de “medios de propaganda” de los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner, y que sus trabajadores eran “militantes”. Con ese argumento comenzó un proceso de 357 despidos en una agencia que empleaba a alrededor de 700 personas, lo que implicaba un ajuste y vaciamiento completo de Télam. Así, por ejemplo, se intentó ejecutar de un plumazo el cierre de corresponsalías en numerosos lugares del país.

Fue el primer conflicto sindical importante luego del acuerdo del gobierno de Cambiemos con el Fondo Monetario Internacional, que implicó un megaendeudamiento histórico de 45.000 millones

de dólares, algo que sumiría a nuestro país en una dependencia profunda. La plata del FMI se empezó a usar para pagar indemnizaciones de trabajadores que, de no ser por la lucha colectiva, se quedarían en la calle.

En paralelo al ataque a Télam, agencia de producción de los principales insumos periodísticos para los diferentes medios de comunicación del país, Lombardi se esmeró en el vaciamiento y ajuste del área a su cargo. Por eso, aplicó paritarias cero para atacar a quienes daban vida a Radio Nacional, la Televisión Pública y otros contenidos públicos como DeporTV.

Para el SiPreBA se trató de un conflicto bisagra. La respuesta inmediata que el sindicato adoptó, junto a la Comisión Interna de Télam y sus trabajadores, fue la permanencia en defensa de los puestos de trabajo que se prolongó durante cuatro meses; un total de 119 días. Junto con la ocupación, se desplegó una intensa mo-



Movilización en defensa de Télam, en 2018. (Foto: Prensa Sipreba)

vilización y campaña de concientización a la población sobre el rol de la agencia pública de noticias. Hubo importantes muestras de solidaridad de sindicatos, organismos de derechos humanos, personalidades de la cultura y partidos políticos. #SomosTélam se convirtió en un lema que gran parte del movimiento popular hizo propio.

Un rasgo distintivo de esa lucha fue la creatividad para impulsar diversas iniciativas. Una tarde, la Comisión Interna convocó a una movilización a Tecnópolis, donde la empresa había montado una redacción paralela a la que asistían unos pocos carneros y gente vinculada a la gestión. Pero cuando los trabajadores y trabajadoras estaban arriba de los micros, los delegados y delegadas avisaron que cambiaban el recorrido y explicaron que, en realidad, iban a ir a realizar una permanencia en el Centro Cultural Kirchner (CCK), donde funcionaban las oficinas de Lombardi. El recurso, que fue utilizado para que no se filtrara la información y la seguridad no estuviera alerta, no fue el único: los micros se estacionaron a doscientos metros del edificio histórico del ex Correo Argentino, y los trabajadores fueron ingresando al centro cultural en parejas de a dos, sin insignias de SiPreBA ni de Télam. Una vez todos adentro, comenzó un ruidazo y una permanencia que duró varias horas, hasta que la policía rodeó el edificio y los trabajadores salieron saludados por una movilización de organizaciones sociales y políticas que había llegado a solidarizarse. El hecho permitió nuevamente instalar mediáticamente el conflicto y demostrar que los trabajadores estaban de pie.

La lucha se desplegó también de manera conjunta con las comisiones internas y trabajadores de la TV Pública y Radio Nacional, que desarrollaron –por su parte– acciones de lucha y resistencia contra la gestión de Cambiemos. Así comenzó a emitirse el #NotiTrabajadoresTVP, gestionado por trabajadores de la TV Pública junto con la colaboración de otros medios comunitarios y populares. El noticiero tuvo más de 25 ediciones y, al tiempo que

mostraba la lucha en el canal público, difundió también la resistencia de distintos sectores sindicales y del movimiento popular a las políticas de ajuste, despidos y represión del gobierno de Macri. A mediados de año se realizó una importante movilización a la entrega de los premios Martín Fierro, junto a todos los gremios de la comunicación, en donde la defensa de los medios públicos logró un nivel de instalación mediática total.

Luego de cuatro meses de conflicto, el triunfo en Télam llegó el 22 de agosto con la decisión de la Sala V de la Cámara Nacional de Apelaciones del Trabajo que ratificó el fallo cautelar que anulaba los despidos y ordenaba al gobierno la inmediata reincorporación de los trabajadores. La agencia no volvió a tener un funcionamiento normal hasta el fin del mandato de Macri. Un año después del fallo de la Justicia, una maniobra judicial del gobierno de Cambiemos intentó separar el conflicto colectivo en distintas salas, con el fin de contar con fallos diferentes, que contradijeran la sentencia inicial. Frente a eso, cada mañana en la que se postergó la resolución de esa nueva situación judicial, se montó un acampe en la puerta del fuero laboral en la calle Lavalle. Al año de los despidos, los trabajadores realizaron una vigilia en la que esperaron a los jueces que debían fallar, con velas encendidas y vendas tapando sus bocas. El fallo nuevamente fue favorable y confirmó las reincorporaciones.

Esa victoria fue un cimiento fundamental en la consolidación del SiPreBA porque imprimió hacia adelante un protagonismo esencial de las y los trabajadores de Télam y los medios públicos en la construcción cotidiana del sindicato.

Despidos y huelga en Clarín

El 17 de abril de 2019 el edificio de AGEA, la empresa madre del Grupo Clarín, amaneció vallado por el despido de 65 compañeros y compañeras de las redacciones de Clarín, Olé y otras revistas y

suplementos. Indudablemente, la medida también buscaba disciplinar y amedrentar a la organización gremial interna que, desde su recuperación en 2012, había avanzado con logros históricos: 43 efectivizaciones y más de 100 recategorizaciones, universalización del doble aguinaldo, respeto de la conquista de 30 horas de trabajo semanales, cumplimiento irrestricto de las paritarias y el fin del régimen ilegal de jornaleros en la planta de impresión, entre otros.

Clarín arrastraba ya una larga historia de persecución gremial. Es especialmente recordado el despido masivo de 117 trabajadores en el 2000, incluidas la flamante Comisión Interna y la Junta Electoral. Aquella fue una maniobra que contó con el aval traidor de la UTPBA. Ese ataque a la organización gremial en el diario abrió un período de más de 12 años sin representación sindical en la empresa de Noble y Magnetto, con el consecuente deterioro en las condiciones laborales.

Pero para 2019 la organización de los trabajadores y las trabajadoras de Clarín y Olé contaba con el respaldo de un sindicato fuerte y la respuesta a los 65 despidos fue contundente. Tres paros, el último de 48 horas (hacía 30 años que no se hacía un paro de esas características en Clarín); masivas movilizaciones; quite de firmas; camarazos; conferencias de prensa; un festival de música con miles de personas en la puerta del diario (con la actuación de La Delio Valdez, Iván Noble, los Súper Ratones, Gabo Ferro, Bruno Arias y otros) y campañas de difusión en redes que impusieron el tema en la opinión pública fueron algunas de las medidas de fuerza. Durante esas acciones, se recibió la solidaridad de los sectores sindicales, de una gran parte del arco político y de muchísimas personalidades, entre las que se destacó un video enviado por Diego Maradona.

Gracias a la tenacidad de la lucha, se lograron reincorporaciones, mejoras en los acuerdos de salida y una conquista clave para quienes siguieron trabajando en AGEA: un 20% de aumento por una séptima hora laboral diaria optativa. La resistencia interna al poderoso multimedio, acostumbrado a confrontar con gobiernos,

significó un reconocimiento de la organización de sus trabajadores. Por primera vez, la empresa no pudo desgazar a su Comisión Interna ni a su asamblea, lo que se constituyó en un hecho clave para la consolidación del sindicato.

La reconstrucción de la organización gremial en Clarín, en el contexto de la vuelta a las paritarias en 2012 y 2013, tuvo un rol refundacional para todo el gremio de prensa, de la misma manera que lo tuvo en 1972 en el proceso que concluyó con la conquista de los convenios colectivos de trabajo de 1975. Nuevamente, la pluralidad ideológica, la autonomía política y, sobre todo, la diversidad de sectores laborales y áreas de AGEA, representadas por la Comisión Interna, permitieron su consolidación y crecimiento. Ese proceso no estuvo exento de persecución: desde las primeras reuniones clandestinas hasta la votación en la puerta de la redacción, para luego dar paso a una institucionalización con conquistas concretas. Nunca faltó la ironía en medio del vértigo de la incertidumbre. La dirección de mail de quien escribe este artículo, Francisco Rabini, que en ese entonces era candidato a delegado, era una muestra de cómo se vivía aquel tiempo: “postergandoloinevitable@hotmail.com”.

Aquel proceso en la redacción de la calle Tacuarí fue acompañado por la construcción gremial en un lugar mucho más hostil: la planta de expedición del diario en la calle Zepita.

“Trabajé en la parte de Expedición de la planta impresora de Clarín que está en la calle Zepita. Entré en el año 2005 y en estos años siempre trabajé con un contrato eventual por día, que nunca tuve en mi poder. Siempre decían ‘firmá’ y se lo quedaban ellos. Cientos de veces les hemos pedido que nos entregasen los contratos pero cada vez que lo hacíamos nos impedían trabajar al día siguiente. Era su forma de disciplinar a los trabajadores”, cuenta Alejandro Ontiveros, que enfrentó una profunda persecución por parte del Grupo Clarín.

“En 2012 encontramos apoyo en la Comisión Interna de la re-

dacción de Clarín. Son dos edificios diferentes: uno el de la redacción, otro el de la impresión. Ellos nos ayudaron muchísimo en la organización, y para el año 2015 decidimos hacer elecciones, en las que fui electo delegado. Automáticamente, me prohibieron la entrada. Estuve cinco meses sin trabajar. Mis abogados, mediante el SiPreBA, presentaron una orden de amparo, salió la cautelar con la orden de reincorporación tal como venía trabajando, es decir, cinco días más dos francos”, recuerda.

Ontiveros estuvo trece años trabajando a destajo, firmando un contrato diario. Gracias a una lucha tenaz y perseverante, que incluyó acciones gremiales y judiciales, finalmente fue reincorporado y pasado a planta junto a otros de sus compañeros. Ese logro histórico consolidó la organización gremial en el multimedio más importante y fue una forma de asentar a SiPreBA en los medios privados.

La experiencia en FATPREN

Casi como una necesidad, el recorrido del SiPreBA en sus primeros cinco años como referente en la ciudad de Buenos Aires implicó comenzar a debatir la articulación con otros sindicatos de prensa y organizaciones de la comunicación de todo el país, para así poder dar respuesta a los desafíos y problemas del periodismo en esta etapa.

De este modo, primero comenzó la articulación de la Mesa Nacional de Prensa que reunía a distintos sectores a nivel federal, para desarrollar acciones en común como las movilizaciones que se realizaron entre 2017 y 2019 en contra de los despidos masivos y el cierre de medios bajo la gestión del macrismo.

Luego del ingreso del SiPreBA a la Federación Argentina de Trabajadores de Prensa (FATPREN), que agrupa a la mayor cantidad de sindicatos de prensa del país, hicieron lo propio el Círculo

Sindical de Prensa de Córdoba (Cispren) y, por último, la Asociación de Trabajadores de Prensa de Santa Fe. En 2019, como parte de la lista Emilio Jáuregui, el Congreso de FATPREN eligió una nueva conducción en la que, por primera vez en la historia, una mujer ocupaba el cargo de secretaria general. Era Carla Gaudensi, delegada de Télam y dirigente de SiPreBA. En marzo de 2020, cuatro días antes de la declaración en el país del aislamiento social, producto de la pandemia de coronavirus que asolaba al mundo, Gaudensi asumió la conducción que contaba con compañeros de 13 gremios del país y varios referentes de SiPreBA, entre ellos Paco Rabini.

En este contexto comenzó un proceso de construcción federal y nacional con el fortalecimiento de los sindicatos de base de la federación en las provincias, la convocatoria regular a plenarios y asambleas, y los planes de lucha por salarios y condiciones de trabajo. El gremio de prensa de Buenos Aires tenía una historia de permanentes desencuentros con el resto del país. Previo a la dictadura de 1966, Emilio Jáuregui y Eduardo Jozami habían formado parte de la conducción de FATPREN y del Sindicato Capital. En los setenta, Víctor “Moro” Álvarez, de Capital, junto al chaqueño Alfredo Carazo habían recuperado el gremio tras conducciones vinculadas a los gobiernos militares, pero sin una vinculación importante con las comisiones internas de los medios de Buenos Aires. Luego, en los noventa, dirigentes de Buenos Aires como Rodolfo Audi y Néstor Piccone habían intentado retomar aquella unidad a nivel nacional, pero la conducción de la UTPBA se los hacía imposible, dándole la espalda al resto del país.

La nueva conducción volvió a tener una mirada federal, con un permanente recorrido por los sindicatos de todo el país, algunos de los cuales no eran visitados desde hacía décadas. En plena pandemia, las acciones de todos los sindicatos de la Patagonia, con presencia de la secretaria general y otros dirigentes, reimpulsó la lucha por la zona desfavorable, lo que permitió una primera con-

quista parcial, incorporando ese ítem en provincias donde no existía, como Neuquén y Río Negro.

Desde ese lugar, SiPreBA y FATPREN buscaron incidir en los debates y problemas relacionados con la libertad de prensa y el derecho a la comunicación. Se elaboraron, por caso, diversas propuestas programáticas para la democratización de la comunicación en la Argentina, como la distribución equitativa de la pauta pública oficial, la implementación de la Ley de Equidad de Género o la regulación de las plataformas digitales, entre otras medidas.

Unidad con el movimiento obrero

Junto con el ingreso y la construcción nacional en FATPREN se fue desarrollando una amplia articulación con el resto del movimiento obrero organizado en lucha contra las políticas de ajuste, primero con Cambiemos y actualmente con La Libertad Avanza. La pertenencia de la Federación a la Confederación General del Trabajo (CGT) y la participación de sindicatos de prensa en la CTA de los Trabajadores y en la CTA Autónoma configuraron una singularidad que permitió a FATPREN y SiPreBA ser parte de las jornadas y planes de lucha convocados a nivel nacional por las centrales sindicales. También se integró al Frente Cultural Federal, un espacio construido por los sindicatos de la comunicación y la cultura, que realizaron un Congreso en La Plata en 2024. Una característica de la UTPBA, además de dar la espalda a las comisiones internas y los trabajadores y trabajadoras de las redacciones, y de los sindicatos del resto del país y la FATPREN, fue la de aislarse del movimiento obrero. Con una primera participación en la CTA, con los años fue abandonando todo tipo de participación hasta aislarse del conjunto del movimiento obrero, inclusive los de la comunicación, con quienes desde SiPreBA hicimos esfuerzos por sostener una articulación estratégica con gremios como la Fe-

deración Gráfica Bonaerense, Canillitas o el SATSAID.

Por otro lado, se consolidaron vínculos con sindicatos como la Federación de Trabajadores Aceiteros y Desmotadores de Algodón, la Asociación Gremial de Trabajadores del Subte o la Asociación de Trabajadores del Estado, los sindicatos de la Confederación de Trabajadores de la Educación (CTERA) como la Unión de Trabajadores de la Educación (UTE) o el Sindicato Unificado de Trabajadores de la Educación de Buenos Aires (SUTEBA), para articular distintos espacios como la Intersindical por los Derechos Humanos, el espacio intersindical de Salud Laboral o Radar, la intersindical de Cultura.

La personería y los nuevos desafíos

El persistente trabajo de construcción en las empresas de medios, a pesar de los ajustes y despidos con salarios a la baja por parte de las empresas, junto con la articulación y la unidad con el movimiento obrero, resultaron finalmente en la conquista de la personería gremial en 2023 para el SiPreBA. La decisión del Ministerio de Trabajo de la Nación, bajo la gestión de Kelly Olmos, fue el resultado de una compulsa de afiliados con el viejo gremio, que demostró de manera contundente la representatividad de SiPreBA.

Así como la inscripción gremial fue lo que nos permitió atravesar la etapa del gobierno de Cambiemos con un sindicato con los papeles institucionales necesarios para su funcionamiento, más allá de la representatividad que ya existía, la conquista de la personería gremial posibilitó arribar a uno de los momentos más duros de la historia para el periodismo con toda la capacidad legal.

Para conseguirla se necesitaron al menos tres cuestiones fundamentales. La primera era demostrar el trabajo de base en las redacciones. Para el momento en el que se dirimió entre los dos sindicatos quién debería tener la personería gremial, SiPreBA contaba con

aproximadamente quince comisiones internas en medios privados y públicos. La UTPBA tenía menos de cinco, una constante que se mantenía desde 2015.

El segundo factor era contar con un contexto político favorable y con la voluntad del Ministerio de Trabajo de realizar el cotejo de manera transparente y en los plazos establecidos: desde SiPreBA presentamos la documentación para iniciar la compulsa en diciembre de 2019, no bien terminó el gobierno de Macri y comenzó la experiencia encabezada por Alberto Fernández y Cristina Fernández de Kirchner.

El tercero, ser rigurosos y ordenados en cada presentación administrativa que hubo que hacer. Para esa tarea fue clave el equipo que encabezó nuestro abogado y compañero Guillermo Gianibelli.

Y, además de esos tres factores, debíamos contar con cierta astucia política.

La primera etapa de la compulsa implicaba demostrar que teníamos más del 20% de afiliados del total de trabajadores y trabajadoras de prensa de la Ciudad de Buenos Aires. Pero para eso, en una actividad tan fragmentada como la nuestra, ese número había que construirlo y poder demostrarlo.

Le solicitamos la información a las cámaras empresariales del sector mediante carta documento. Ante la falta de respuesta, realizamos una consulta a la ANSES, para que -a través del SIPA (Sistema Integrado Previsional Argentino)- brindara la información de cuántos trabajadores había bajo nuestros convenios colectivos de trabajo.

En la primera audiencia en el Ministerio de Trabajo, en donde demostramos que contábamos con más del 20% de afiliados en ese universo, estuvimos solos. La UTPBA ni siquiera se presentó.

Pasado ese proceso comenzó la etapa definitiva: el 31 de octubre de 2022 fue el día clave, donde ambas entidades gremiales nos encontrábamos en la sede del Ministerio de Trabajo de la calle Callao, para mostrar nuestros padrones. Asistimos quienes escribi-

mos este artículo junto al secretario general de SiPreBA, Agustín Lecchi, la secretaria adjunta Ana Paoletti y nuestro asesor legal Gianibelli. Por parte de la UTPBA, llegó un grupo de personas encabezado por Daniel Das Neves y Raúl Barr. Aparecieron con decenas de cajas de archivo con papeles amarillos en donde no había padrones ni fichas de afiliaciones, sino viejos documentos y notas periodísticas, que decían demostrar que determinada gente era afiliada, pero sólo mostraron una cantidad de hojas sueltas, sin ningún valor legal. Trajeron, además, una lista de nombres y apellidos, entre las cuales se encontraban compañeros que sabíamos que se habían desafiado y otros que habían fallecido. Y lo sabíamos porque eran compañeros y compañeras conocidas por nosotros.

La prolijidad administrativa del equipo de SiPreBA fue contundente. Presentamos los libros de afiliados y libros contables rubricados y los comprobantes bancarios de las cuotas de afiliación. Ese contraste era el fiel reflejo de la construcción gremial de los dos sindicatos.

El 23 de enero del año siguiente se publicó en boletín oficial la resolución 21/2023:

“La ministra de Trabajo, Empleo y Seguridad social resuelve:

ARTÍCULO 1°.- Otórgase al SINDICATO DE PRENSA DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES (SIPREBA), con domicilio en la calle Libertad 174 – Piso 2° dpto. 4, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, la Personería Gremial para agrupar a los trabajadores en relación de dependencia con empleadores de la actividad de prensa que presten tareas comprendidas en el estatuto del periodista profesional y en el estatuto de empleados administrativos de empresas periodísticas, con zona de actuación en todo el territorio que comprende la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

ARTÍCULO 2°.- Exclúyase del ámbito personal y territorial otorgado al peticionario, a la UNIÓN DE TRABAJADORES DE PRENSA DE BUENOS AIRES (UTPBA), la que quedará como meramente inscripta respecto del ámbito otorgado al SIN-

DICATO DE PRENSA DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES (SIPREBA)”.

Con ese logro histórico, el sindicato pudo volver a sentarse en las mesas paritarias y discutir los salarios y condiciones de trabajo de las y los compañeros. Toca hacerlo en un marco profundamente complejo. En la primera ronda de negociaciones paritarias, aún con el gobierno de Alberto Fernández, hubo movilizaciones a las puertas del Ministerio de Trabajo en la calle Callao. Con la asunción de Milei nos tocó dar la pelea por el salario en el marco de una devaluación brutal y una inflación de 25% y 20% sucesivamente durante dos meses.

El oficio periodístico atraviesa una crisis enorme, en donde la situación estructural de la actividad a nivel internacional confluye con un gobierno de ultraderecha en el país que desprecia nuestro oficio y lo ataca permanentemente. Eso nos plantea múltiples desafíos. Contar con la personería gremial junto con la representatividad en los lugares de trabajo nos permite, por primera vez en décadas, plantearnos la posibilidad de discutir los nuevos espacios que surgen en la comunicación, como las plataformas o streams, y la adecuación de nuestros convenios colectivos para la nueva realidad de la comunicación. Pero, a la vez, nuestra mayor pelea sigue siendo la del salario, porque en definitiva es una pelea en defensa de la actividad, de ejercer el periodismo en las condiciones dignas que la profesión necesita, en realizar nuestro aporte para contar con una comunicación soberana que sostenga el derecho a la información en la Argentina.

De la Negra Ale al Ni Una Menos

El rol de las mujeres en la construcción
y consolidación del gremio.
Las conquistas del transfeminismo.
Los 8M y la unidad con las centrales.

Por Micaela Polak y Lorena Tapia

“No somos delincuentes, somos trabajadores de prensa”. La frase pertenece a Ana “La Negra” Ale, periodista del diario Clarín y primera mujer en convertirse en secretaria general de la Comisión Gremial Interna en esa redacción. La pronunció en noviembre de 2000 en una entrevista con Canal 7. Después de 30 años de trabajo en Clarín, Ana acababa de ser despedida junto a toda la Comisión Interna y a un centenar de compañeros y compañeras, por realizar una asamblea de trabajadores ante un proceso de achique de la empresa. Una joven Patricia Bullrich comandaba el Ministerio de Trabajo que estaba al servicio de los patrones, nunca de los trabajadores. Por si fuera poco, el gobierno de Fernando de la Rúa ofreció todo su aparato policial y represivo para vallar y custodiar el edificio del “gran diario argentino” que, por entonces, empezaba a convertirse en lo que es hoy: el mayor grupo concentrado de los

servicios de telecomunicaciones en el país.

En ese momento, la redacción de Clarín tenía apenas un puñado de trabajadoras mujeres. Ana era jefa nada menos que de una de las secciones más masculinizadas en el periodismo hasta el día de hoy: Economía. Junto a su compañera de interna Olga Viglieca, creó por primera vez una Comisión de Mujeres para las trabajadoras organizadas en esa redacción extremadamente machista. A través de una encuesta anónima sobre las condiciones laborales y el maltrato laboral, descubrieron algo revelador: solo un compañero varón dijo que se había sentido discriminado por razones de edad y casi todas las compañeras respondieron haber sido marginadas por razones de género. La anécdota fue compartida por Viglieca en el podcast “Mirá cómo nos contamos. Historias de trabajadoras de prensa de la Argentina”. Y se convirtió en una experiencia pionera para las mujeres trabajadoras del gremio de prensa, una actividad romantizada en el relato oficial de periodistas históricos, que rememoran un oficio de varones intelectuales, noctámbulos, mujeriegos y creativos, gracias al cigarro y al whisky.

Paradojas del destino, en 2001 la Negra Ale publicó el libro de investigación *La Dinastía*, sobre la vida de la familia Macri. Casi dos décadas después, Mauricio Macri convertido en presidente le entregaba a Clarín otra vez las vallas y un pelotón de policías para que sus amigos del poder volvieran a despedir de forma masiva a trabajadores. La ministra de Seguridad era Bullrich, que ofrecía nuevamente sus servicios a la patronal. Como hoy, en el gobierno de ultraderecha de Javier Milei, blindado mediáticamente por el grupo que acaba de convertirse en poseedor del 70% de los servicios de telecomunicaciones.

La Negra murió en 2005 por un cáncer de colon, sin lograr volver al diario. Su compañero de vida, Pablo Llonto, fue despedido por Clarín en 1991 y hoy lleva su memoria en cada paso que da. Un mural dedicado a la Negra fue montado por trabajadores de prensa en la esquina del diario, en Tacuarí y Finochietto. En 2019 fue res-

taurado y en 2021, trasladado a la sede de la Federación Argentina de Trabajadores de Prensa (FATPREN), donde también funciona el Sindicato de Prensa de Buenos Aires (SiPreBA). El rostro de la Negra también se convirtió en logo en remeras que usan afiliados y afiliadas a nuestro sindicato. Con su legado, el de Rodolfo Walsh, Osvaldo Bayer y el pañuelo de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo llevamos en el pecho esa historia de las luchas que nos siguen movilizando hoy, a pesar de la llegada de otro gobierno estafador, hambreador y antiderechos.

Nace el SiPreBA al calor del Ni Una Menos

El SiPreBA nació el 7 de junio de 2015, Día de las y los Periodistas. Y lo hizo desde las bases, desde las luchas en las calles por salarios dignos ante la ausencia del sindicato de entonces, la UTPBA: un sello de goma sin ninguna representación en las redacciones. En paralelo empezaba a gestarse la explosión de un movimiento histórico: el de los feminismos, con el Ni Una Menos, primero, y los paros internacionales de mujeres cada 8 de marzo, después.

En noviembre de ese año, Macri ganaba el balotaje y se convertía en presidente. Comenzaba un nuevo gobierno de derecha en el país junto a un fuerte proceso de flexibilización laboral. El gremio de prensa fue afectado desde sus inicios, con el desguace y cierre del Grupo 23 que dejó a 800 trabajadores en la calle. Se apagaba también una voz disidente a las políticas de ajuste del flamante gobierno y a las hegemónicamente establecidas por los grandes medios de comunicación.

El mapa de medios comenzaba a contraerse. Cerraron algunos, como la histórica agencia de noticias DyN y el Buenos Aires Herald, un periódico referente por denunciar las desapariciones durante la última dictadura cívico militar. Los despidos se multiplicaban. Cada vez más compañeros y compañeras eran expulsados

de las redacciones. Y cada vez más compañeras se quedaban en sus casas con trabajo freelance –un eufemismo que adorna la precarización– mientras cuidaban y daban de comer a sus pibes. Es decir, trabajando todo el día por un salario magro, sin vacaciones, ni cargas sociales, sin licencia por enfermedad.

La calle empezaba a calentarse. El 3 de junio de 2015 se había realizado ya la primera movilización Ni Una Menos, convocada por varias trabajadoras de prensa desde las redes sociales tras una sucesión de femicidios que tuvieron una fuerte repercusión en la sociedad. En octubre de 2016, otro femicidio volvió a sacudirnos y se realizó el Primer Paro de Mujeres en Argentina. Las trabajadoras de prensa organizadas en SiPreBA promovimos ceses de tareas, “ruidazos” y una movilización hacia Plaza Mayo. Llovía en Buenos Aires y un mar de paraguas avanzaba con carteles y consignas contra las violencias machistas y por nuestros derechos.

Ese impulso aguerrido se multiplicó en escuelas, lugares de trabajo, organizaciones y sindicatos. En prensa, donde las comisiones internas estaban conformadas casi en su totalidad por varones, empezaba a haber un mayor protagonismo de compañeras: se duplicaron las delegadas gremiales y algunas comisiones internas sumaron mujeres por primera vez en su historia, como Canal 13/TN y Telefe, mientras que Clarín incorporó mujeres por primera vez desde su reorganización en 2012. Entre las últimas, había estado la Negra Ale, en 2000.

Mientras el SiPreBA crecía por su lucha contra los despidos y el achique en los medios y las compañeras adquiríamos más protagonismo, una denuncia por violencia de género sacudió la organización gremial contra uno de los principales dirigentes de la Comisión Directiva. El hecho inició un proceso de profundas discusiones y la búsqueda de cómo abordar situaciones de violencia machista hacia adentro del sindicato. Así nació el “Protocolo de actuación ante casos de violencia de género”, que se gestó desde un grupo reducido de compañeras, pero que hoy es un trabajo colec-



Las trabajadoras del SiPreBA movilizando el 8M. El sindicato también promovió la campaña por el derecho al aborto legal, seguro y gratuito. (Foto: Gentileza SATSAID)

tivo que está en continua revisión desde la Secretaría de Géneros. El protocolo permite un abordaje amplio y cuenta —a través de un convenio de colaboración— con el apoyo de un equipo interdisciplinario de la Defensoría del Pueblo de la Ciudad de Buenos Aires. Además, a partir de su implementación en el sindicato, las distintas comisiones internas promovieron su adaptación en diversas empresas periodísticas, como Clarín, Canal 13 y TN, Telefe, RTA, América TV y Télam.

La lucha de los feminismos por el aborto legal también se multiplicó en las redacciones, donde se realizaron masivos “pañuelazos” con compañeras de todos los medios. El SiPreBA se sumó así a las diversas actividades y movilizaciones de la Campaña Nacional por

el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito –identificada con el pañuelo verde–, que se instaló a nivel mundial.

El 8M de 2017 el movimiento transfeminista llamó al Primer Paro Internacional de Mujeres y Disidencias, que se multiplicó en las principales ciudades del mundo y también creció en las provincias argentinas. Ese también fue el primer paro que acusó el gobierno de Macri: fue una medida gremial la que adoptó el transfeminismo para enfrentar al gobierno que desfinanciaba las políticas públicas de género. Las consignas se fueron ampliando: “Vivas nos queremos”, primero. “Vivas, libres y con trabajo nos queremos”, después. También recordamos que “Todas somos trabajadoras” reconociendo las tareas de cuidado en la propia casa, en espacios comunitarios y en la organización de la economía popular. Y siempre reclamamos el cupo laboral travesti-trans.

“La deuda es con nosotras y nosotres” se instaló hacia fines de 2018, tras el regreso del Fondo Monetario Internacional (FMI) a nuestro país. El ex presidente Macri obtuvo un préstamo de 45.000 millones de dólares, el más grande en la historia de ese organismo financiero, y se comprometió a “bajar la inflación y el déficit” (los mismos argumentos que utiliza hoy el gobierno de Javier Milei). Desde el movimiento transfeminista salimos a denunciar la fuga de capitales que siempre termina pagando el pueblo.

El FMI llegó con su habitual receta para profundizar el ajuste en junio de 2018. El 26 de ese mes, el gobierno de Macri despidió masivamente a trabajadoras y trabajadores de la agencia pública de noticias y publicidad Télam. Se iniciaba así otra histórica lucha del gremio de prensa, con casi dos meses de ocupación de los edificios de la agencia, encabezada por el SiPreBA y con un enorme protagonismo de las compañeras que lograron instalar el riesgo que representaba el ataque a Télam para los feminismos y la clase trabajadora organizada.

El 5 de julio se realizó una masiva movilización desde la avenida 9 de Julio al CCK, por avenida Corrientes, una de las más

importantes del gremio de prensa. Y sucedió otro hecho trascendental: por primera vez en la historia de la organización sindical de nuestra actividad una mujer encabezó el acto. Era Carla Gaudensi, por entonces delegada gremial de la agencia Télam y dirigente y fundadora del SiPreBA. Un año después se convertía en la primera secretaria general mujer de la Federación de Trabajadores y Trabajadoras de Prensa (FATPREN), cargo que ejerce hasta hoy con una agenda transfeminista y transversal.

Las conquistas del transfeminismo

La organización de las trabajadoras dentro del SiPreBA se fue ampliando cada vez más, con una participación activa en las luchas del movimiento transfeminista. La Secretaría de Géneros –creada a partir de una reforma necesaria del estatuto interno– convoca habitualmente a compañeras de medios privados, públicos, comunitarios y autogestivos, y también a quienes hacen las mal llamadas “colaboraciones”. Cada año, las delegaciones del SiPreBA rumbo a los Encuentros Plurinacionales de Mujeres y Disidencias son más grandes y enriquecedoras para el debate sobre nuestro rol en los medios, en los talleres y en la Asamblea Nacional de Trabajadoras de Prensa que promovemos cada año desde la FATPREN.

Es que la organización de las trabajadoras en las empresas mediáticas es clave para combatir los contenidos machistas y misóginos. Que el discurso en los medios haya adoptado la figura legal de femicidios, que deja atrás la de los “crímenes pasionales”, es una conquista de las trabajadoras organizadas. Hay grandes medios que cuentan hoy con editoras de género, una tarea que resulta de la organización y que –en ese sentido– fue celebrada por el SiPreBA. Sin embargo, seguimos reclamando que no sea necesaria y que, mientras tanto, se conformen planteles de editoras, ya que depositar en una sola persona la ardua tarea de monitorear todos los con-



La delegación de compañeras del SiPreBA que viajaron al Encuentro Plurinacional de Mujeres y Disidencias, en Bariloche. (Foto: Laura Dalto)

tenidos de un medio de comunicación afianza la precarización.

En este recorrido, hay un hito que vale la pena destacar. En febrero de 2019 el diario La Nación publicó un editorial titulado “Niñas madres, con mayúsculas”, que legitimaba la maternidad forzada como resultado del abuso de menores. La Comisión Interna de SiPreBA en el diario, por iniciativa de las trabajadoras, respondió con la efervescencia que se vivía en las calles por el derecho al aborto legal. Publicó un comunicado que –con el hashtag #NiñasNoMadres– tuvo una enorme repercusión.

Para el SiPreBA siempre tuvieron gran preponderancia las movilizaciones y actividades por la aprobación de la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo (IVE), el cupo laboral travesti trans, la incorporación del Convenio 190 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) para la eliminación de las violencias y el acoso por razones de género en el mundo del trabajo. Siempre

entendimos que en las calles y en los distintos foros para combatir el machismo es imprescindible la unidad de las trabajadoras. Por eso participamos activamente en el Bloque Sindical Transfeminista –integrado por distintas representaciones de las centrales sindicales– que también está pronto a cumplir una década. El gobierno de Macri –que sentó las bases del actual que preside Milei– fue un freno a la conquista de los derechos que venía sucediéndose. No solo habíamos conseguido leyes como la que tipifica los tipos de violencia contra las mujeres y diversidades, la ley de identidad de género, la del matrimonio igualitario, la Ley Micaela, sino que con el Estado presente que proponían los gobiernos peronistas de Néstor Kirchner y Cristina Fernández contábamos con políticas públicas que hacían carne los derechos, como los programas Ellas Hacen o la Línea 144. Las mujeres y diversidades trabajadoras sabíamos que esas conquistas eran nuestras y que no podíamos permitir que arrasaran con ellas. Por eso los paros, por eso las consignas que denunciaban el saqueo, por eso el debate profundo para llegar a esas consignas.

Desde hace casi diez años ese bloque sindical se propone hacer tambalear las políticas neoliberales y sabe que para eso es imprescindible sacudir las propias organizaciones: los sindicatos de base, las federaciones y las centrales que las contienen. Siempre cantamos sobre la unidad de los trabajadores casi por compromiso. Como un anhelo, en el mejor de los casos. Pero la unidad de las trabajadoras es una realidad en el bloque sindical. No sin esfuerzo logramos alcanzar acuerdos que nos permitieron llenar las calles con reivindicaciones de género, pero sobre todo de clase. Desde el sindicalismo adoptamos el transfeminismo porque entendimos que es una herramienta de lucha contra la opresión. Por eso, podemos superponernos a las diferencias y tejer acuerdos también con todos los sectores que luchan por la felicidad del pueblo. Desde el SiPreBA y la FATPREN participamos con mucha presencia en el bloque sindical y en las actividades de género

que se gestan en la Confederación General del Trabajo (CGT).

En 2024 fuimos parte de un hecho histórico en la central obrera: un encuentro donde más de mil mujeres nos reunimos en un predio sindical a debatir durante horas los desafíos que nos presenta este momento histórico. Desde el SiPreBA y la FATPREN fomentamos cada instancia de discusión y de participación sindical. Lo hacemos desde la profunda convicción de que el sindicalismo es la herramienta que tenemos para transformar un mundo que se debate en vaivenes y que, a cada avance, responde con el latigazo del pasado.

Por eso, no dudamos en cuestionar las prácticas machistas que vemos en esas organizaciones que queremos cuidar. Y por eso también nos sobreponemos a todas las dificultades que se nos presentan –la doble jornada con la que solemos cargar las mujeres y diversidades se convierte en triple cuando le agregamos la responsabilidad sindical– para ocupar cada vez más lugares de representación y decisión en nuestros sindicatos. Así fue como el 17 de noviembre 2021 los afiliados y las afiliadas de SiPreBA eligieron a la primera Comisión Directiva con paridad de género, un hecho inédito para la historia sindical argentina, incluso en gremios de actividades feminizadas.

Queremos que esa perspectiva crezca también en nuestros lugares de trabajo. Que la conquista de nuevos espacios pueda traducirse en los medios donde los roles están sesgados por el machismo. Para transformar el discurso hegemónico que defiende los grandes capitales en contra de los intereses populares, necesitamos ocupar los lugares de decisión en los medios de comunicación con mujeres y disidencias, con cuerpos y pieles diversas, con tonadas que cuenten nuestro país, con conciencia de clase y con patriotismo. Esa es la interseccionalidad que necesitamos para transformar(nos). Por eso desde nuestras organizaciones nos involucramos con fuerza por la implementación de la Ley de Paridad en los medios que, tras el fuerte *lobby* de las empresas pe-

riodísticas, recién se aprobó hacia finales del gobierno de Alberto Fernández y que hoy parece haber quedado en el olvido.

Nuestra participación en los distintos foros que se realizaron en varios lugares del país tenía por objetivo que la equidad no quedara en la declamación. Así es que recorrimos distintas provincias contando la realidad de lo que pasa en las empresas periodísticas y proponiendo la organización como respuesta a la desigualdad establecida. Pero también entendimos que no bastaba con promover formalmente que las mujeres y diversidades pudiéramos acceder a cargos dentro de los medios, si en muchos casos ni siquiera llegábamos a trabajar en ellos. Por eso, en 2023 firmamos un convenio entre el SiPreBA y el Bachillerato “Mocha Celis”, la primera (y única) escuela travesti trans del mundo. A partir de ese convenio, realizamos un taller de medios para fortalecer la formación de les estudiantes y proponer el trabajo periodístico como una posibilidad, una vez finalizados los estudios secundarios que la escuela brinda. Hemos logrado leyes muy buenas en materia laboral, pero necesitamos hacerlas efectivas y para eso es fundamental el rol del sindicato.

El desafío de la organización

El gobierno de Milei se declaró enemigo de la lucha transfeminista. Está claro que entendió que nuestras reivindicaciones son una amenaza para el capitalismo salvaje que promueve, lo mismo que los sindicatos. Por eso, las mujeres y diversidades organizadas sindicalmente somos blanco de sus ataques cotidianos. En el caso de las trabajadoras de prensa, además, estamos en primera fila de las manifestaciones populares que crecen cada vez más y por eso estamos en primera fila de la represión: la única forma con la que el Estado dice presente por estos días. El gobierno miente y necesita ocultar a quienes queramos contar el saqueo que está sufrien-

do la Argentina. Por eso reprime, por eso censura y por eso vacía los medios públicos y combate a los cooperativos. Esto refuerza nuestro compromiso con el oficio y con la organización. Porque con el silenciamiento de los medios públicos y con el ahogo de los autogestivos a partir del quite de la pauta oficial (porque no hay políticas públicas que contar) pretenden callar las luchas de mujeres y diversidades, de pueblos originarios, de ambientalistas y de pobres en todo el país. Aquí estamos con nuestro sindicato para combatirlo.

Nuevos paradigmas y desafíos

Periodismo en tiempos de streaming,
ChatGPT e inteligencia artificial.
Cómo afrontar el cambio tecnológico
con los trabajadores adentro.

Por Poli Sabatés y Matías Cervilla

Cuando en 2015 se fundó el SiPreBA, el ecosistema comunicacional y el trabajo en los medios eran muy distintos a los actuales. El mundo en general lo era. La producción de la información periodística, su financiación, su distribución y su consumo estaban en plena transición y quienes ejercían el oficio en general lo hacían en condiciones heredadas de las décadas anteriores, en las que la potencia y el alcance del periodismo “tradicional” eran otros. Hoy se dice que todo y todos comunican, que cualquiera puede ser su propio medio y que lo informativo está “democratizado”. Aunque ese supuesto requiera de una revisión y encierre ciertos peligros, y pese a que no pueda afirmarse que aquella transición haya concluido del todo, sí es claro que estamos ante un nuevo paradigma. Y que hay prácticas que no tienen vuelta atrás.

Fundamentalmente, la era actual encierra una lógica de produc-

ción de la información periodística mucho más transnacionalizada que hace diez años. Después de décadas del reinado de *mass media*, los grandes conglomerados de medios nacionales vienen perdiendo considerables cuotas de ganancia frente a plataformas que operan a escala planetaria. Esto obedece a cambios en el consumo de la información –del papel a la web, de la radio analógica a la digital, de la televisión al *stream*, de la PC al *smartphone*– y en el control y la lógica de los anuncios publicitarios. Son cambios que se dan en el marco de una suerte de segunda Guerra Fría en la que las disputas geopolíticas se desarrollan también en materia de comunicación, la otra cara histórica de la carrera bélica. La reciente irrupción y rápida expansión de tecnologías de Inteligencia Artificial (IA) con lenguaje natural, desarrolladas por y para el gran capital (se requieren altísimos costos de inversión para poder crear un software de estas características) es acaso el punto más notable de esta batalla.

Por supuesto que la disputa por la primacía en el control de la IA no se limita a lo comunicacional o periodístico. La puja entre las grandes potencias –Estados Unidos con su resonante Chat-GPT, lanzado en noviembre de 2022 por la empresa OpenAI y China, con el chatbot de la empresa Deepseek estrenado en enero de 2025– se expresa en muchos otros campos e industrias. El liderazgo tecnológico disputa aspectos económicos (aumento de la productividad); militares, de seguridad y vigilancia (desde armas autónomas asistidas por IA hasta complejos sistemas de espionaje y triangulación de grandes volúmenes de datos); y de *soft power* (promoción de valores a nivel global), entre otros. Eso explica los fuertes intentos de Estados Unidos por prolongar su ventaja inicial y breve monopolio, y retardar la competencia del gigante asiático en la materia, que implicó acciones como el intento de restricción al acceso chino a las importaciones de tecnologías clave en el desarrollo de la IA, como los semiconductores.

En este marco, la IA –y otros cambios tecnológicos– tienen ciertamente grandes impactos en el periodismo. Los datos de la

encuesta que anualmente realiza el SiPreBA mostraron que, por ejemplo, entre 2023 y 2024 se triplicó el uso de la IA en las redacciones. Y si bien, al cierre de este artículo todavía estaba en proceso el relevamiento de este año, todo indica que la estadística va a dar otro salto, igual o incluso mayor. Por eso conviene estudiar estos cambios, caracterizarlos y pensar políticas y líneas de acción. Evaluar, con mirada crítica y comprensión de época, el momento y las circunstancias, los pros y los contras, así como los efectos por venir. Y pensar con esa lente el gremio que viene, la industria, la tecnología, las audiencias y a las nuevas generaciones de trabajadores y trabajadoras de prensa, que hoy se forman para hacer periodismo en un mundo de incertidumbre y volatilidad.

Surgen preguntas. Cómo afrontar el cambio tecnológico con las y los trabajadores adentro. Cómo hacer que los desarrollos de inteligencia artificial, ya presentes en todas las redacciones, no reemplacen a las y los periodistas o empobrezcan el trabajo periodístico. Cómo abordar la cuestión de las plataformas en tanto generadoras de desinformación o *fake news* y ante la amenaza concreta de un impacto negativo sobre las democracias. Cómo asegurar que los nuevos puestos de trabajo creados a partir de estas tecnologías –que los hay, porque sin dudas se eliminan algunos pero se generan otros, aunque posiblemente en menor escala– sean con derechos laborales garantizados, con salarios dignos. En definitiva, que la nueva configuración mediática-tecnológica, incluyendo su relación de fuerzas, se cristalice en un marco legal y normativo con perspectiva obrera. Las respuestas son complejas pero una buena forma de aproximarse a ellas es pensar en nuevas regulaciones y en los medios para conseguirlas.

En los últimos años distintos países han intentado, con mayor o menor grado de éxito, implementar regulaciones para equilibrar la relación entre las plataformas digitales y los medios de comunicación, y plantear la necesidad de un desarrollo ético de la inteligencia artificial, entre otras cuestiones. El informe titulado “El Estado como intermediario (entre plataformas y medios)”, publicado por los



Esta imagen fue generada por Inteligencia Artificial.

investigadores Agustín Espada, Santiago Marino, Guillermo Mastri, Martín Becerra y Ana Bizberge en el dossier sobre regulación de las plataformas digitales que presentó el SiPreBA a finales del 2024, destaca, entre otros, los casos de Australia, Canadá, Francia, Estados Unidos y, más acá, Brasil, como ejemplo de intentos globales por ponerles límites a los potenciales impactos negativos de las plataformas transnacionales. Por su parte, China encabeza el intento de regulación de la IA y la defensa de su uso responsable.

Desde el propio sindicato y la Federación Argentina de Trabajadores y Trabajadoras de Prensa (FATPREN) propusimos en diversas y numerosas instancias mecanismos que limiten el poder de los gigantes digitales. Participamos en foros nacionales e internacionales con una agenda propositiva que dé respuesta a los principales peligros que enfrenta hoy la libertad de expresión como derecho, con la defensa del salario y los derechos laborales como bandera. Discutimos, además de las paritarias y los estatutos y convenios de nuestra actividad, el reparto y la distribución de la pauta publicitaria, los mecanismos de transparencia de las plataformas, el origen de los contenidos, el funcionamiento de algoritmos, la concentración mediática y, en el caso concreto de las plataformas digitales, la disputa por la renta obtenida por la producción de nuestro trabajo.

La velocidad con la que avanza la tecnología hace que las discusiones sean cada vez más complejas. Por naturaleza los intentos regulatorios llegan casi siempre tarde. Los cambios tecnológicos que, a gran escala, impactan en el mundo del trabajo lo hacen de una forma particular en nuestra actividad. En la actualidad, el gremio de prensa se encuentra en una etapa avanzada de transición hacia el mundo digital. Nuevas tareas, oficios, profesiones aparecen en el medio permanentemente. Community managers, analistas de marketing digital, redactores SEO, creadores de contenido, streamers –por nombrar algunos ejemplos– son puestos cada vez más comunes, particularmente entre los jóvenes. Se trata de una población que tiene la ventaja de ser nativa digital y, por lo tanto,

portadora de esos conocimientos pero que a la vez, según el último relevamiento socioeconómico del SiPreBA, trabaja en un 37% bajo condiciones precarias de contratación (cuando la media del gremio es del 20%) y que, a mayo del 2024, cobraba por debajo de la línea de la pobreza en un 96,5% en su principal trabajo en prensa.

Al momento de publicación de este trabajo, en la Argentina gobierna una alianza de actores políticos y económicos que le declaró la guerra al periodismo y a la comunicación como parte de un ataque más global contra la cultura y el pensamiento crítico. La persecución, la censura y la violencia física represiva por parte del Estado contra las y los trabajadores de prensa forman parte de la triste realidad cotidiana. Las discusiones sobre regulaciones y derechos se ven determinadas –y muchas veces condicionadas– por el contexto, inédito en la historia de nuestra democracia reciente. El desafío es tener visión a largo plazo, no limitarse a discutir con el poder de turno sino con los actores de poder estructural que moldean y definen esta era del capitalismo expansivo. Si el presente análisis es la foto del año en el que nuestro sindicato cumple su primer decenio, el horizonte de lucha debe estar marcado por un plan de acción para la próxima década.

La batalla por el futuro del periodismo no se libra solo en las redacciones o en los algoritmos sino en la capacidad de organizarse, proponer y exigir regulaciones con perspectiva de clase que protejan los puestos de trabajo y dignifiquen nuestras condiciones. Frente a un capitalismo digital que mercantiliza la información y los datos como un *commodity* más, la respuesta está en construir alianzas, no solo locales sino también globales –entre otras instancias, la Federación Internacional de Periodistas (FIP)– y aprender de otras experiencias para fortalecer la acción sindical. Porque si algo dejó en claro esta década es que, en medio de la volatilidad, solo la unidad y la lucha pueden asegurar que la información siga siendo un derecho y el periodismo un trabajo digno, nunca un privilegio de las máquinas ni de los monopolios.

Epílogo

El resultado de una construcción colectiva.

Por Tato Dondero

Teníamos que quemar las naves. Desafilarnos de ese sindicato que no era y construir el nuestro. La búsqueda para recuperar esa herramienta, que sobrevivía en algunas empresas y dando luchas aisladas, había que superarla. Fue lo que entendimos después de las elecciones gremiales del 2010 y del 2013, que tuvieron características diversas y nos dejaron enseñanzas y algunas certezas. Necesitábamos reconstruir el tejido social de las y los trabajadores de prensa y elegir representantes donde no había. Para lograrlo necesitábamos hacer asambleas generales y plenarios de delegados, juntarnos a debatir y, sobre todo, construir un camino colectivo que necesariamente era de lucha y compromiso. Y era difícil.

Las tres ramas del gremio estaban aisladas. Prensa Escrita, Radio y Televisión casi se desconocían y era imperioso unificarlas entendiendo sus particularidades e ir incorporando gradualmente todas

las nuevas formas de periodismo como los medios autogestivos, comunitarios, cooperativos y populares. Encontramos en la idea de plebiscitar esa construcción la mayor amplitud para juntar y sumar voluntades, pero ni nuestros cálculos más optimistas llegaron a acertar el resultado: más de 2.100 compañeras y compañeros nos dijeron que Sí, que teníamos que tener un sindicato de prensa.

Era un primer paso que había que plasmar dentro de parámetros legales, presentaciones en el Ministerio de Trabajo y mucha paciencia. Los tiempos de nuestras necesidades como trabajadores eran acuciantes, pero paralelamente los pasos a seguir para tener un nuevo sindicato con personería podían ser prolongados. Teníamos a favor las construcciones de base, más o menos consolidadas para apoyarnos en esa transición, pero sobre todo la convicción de que era el único camino posible.

Seguramente una de las mejores decisiones iniciales fue la elección de nuestro cuerpo de abogados. En ese momento no nos dimos cuenta, lo vimos después cuando respondieron con la asesoría necesaria para cada problema legal y en pocos meses obtuvimos la personería simple. Después los primeros descuentos de aportes por planilla en algunas empresas y las presentaciones judiciales a los medios que no aceptaban hacerlo. Esos descuentos eran nuestro reconocimiento concreto en cada empresa. Así empezamos a soñar con la personería gremial, que nos permitiría ser un sindicato que puede participar, discutir y firmar las negociaciones paritarias.

Paralelamente y fruto de un criterio de construcción nos sentimos sindicato desde el primer día. Desde nuestra decisión de serlo, la comisión directiva provisoria empezó a funcionar antes de la presentación formal ante el Ministerio de Trabajo y, en esa nueva realidad, pusimos todo nuestro empeño y encontramos que ya era otra cosa: no estábamos cada uno solo en su lugar de trabajo, teníamos una pertenencia que se construía en las empresas, en las redacciones, en la calle. A los pocos días estábamos en la puerta de Minuto Uno para reclamar por los despidos de dos compañeros

que iban a ser candidatos a delegados. Fue la primera movilización como SiPreBA, con nuestro primer trapo recién pintado. Seguimos con nuestras consignas, pero desde otro lugar, con otra fuerza. Íbamos forjando una mística.

El eje de nuestra política de construcción sindical fue de unidad, de inclusión. Buscamos unir a todos los sectores del gremio que coincidieran con la necesidad de tener un sindicato con presencia, de puertas abiertas, de lucha, donde se respirara democracia sindical, que tomara lo mejor de la historia de los sindicatos de prensa de Buenos Aires, que tuviera en su ADN la memoria permanente de los compañeros detenidos-desaparecidos del gremio y que también desarrollara iniciativas para unir a todos los sindicatos de prensa del país.

Como primer paso, convocamos a un plenario de delegados de Prensa Escrita, Radio y Televisión para debatir entre todos las tareas que teníamos por delante. Sabíamos que solo la acción colectiva en un marco de unidad nos iba a permitir salir de la situación en que nos encontrábamos, sometidos a la acción de las patronales y con la construcción en marcha de una herramienta sindical que nos aglutinara.

En el llamado dijimos: “Este sindicato nace de nuestras luchas, de las delegadas y delegados de base que vienen defendiendo los puestos de trabajo, el Estatuto y los convenios, que pelea por paritarias libres, que necesita comisiones internas en cada empresa, que requiere participación de los compañeros, que resiste en cada lugar de trabajo ante cada atropello. Es por esto que nuestra primera acción es esta convocatoria”.

Entonces empezamos a afiliar para que las trabajadoras y trabajadores que impulsaron el surgimiento del SiPreBA pudieran aportar política y económicamente a su desarrollo. Fue otro paso fundamental, además de la lucha contra las patronales, por la defensa de nuestros convenios, el estatuto y por nuestro salario, necesitábamos un sindicato que estuviera presente cotidianamente

en la vida de los trabajadores y trabajadoras del gremio. Y que también promoviera la actividad social a través de actividades culturales y deportivas, que se preocupara por la salud de sus afiliados, que apostara a integrar a las familias de los trabajadores y las trabajadoras de prensa, un sindicato que alentara y promoviera la capacitación y formación profesional.

Cuando empezamos este camino no teníamos una definición puntual de las alianzas sindicales. Teníamos sindicatos con los que compartíamos necesidades y búsquedas, recibimos apoyo y solidaridad. En el marco de las distintas luchas que debimos asumir nos fuimos haciendo un lugar dentro del movimiento obrero de manera natural. Ampliamos paulatinamente nuestras relaciones con otros sindicatos y centrales. La larga lucha por la defensa de los medios públicos fue sin duda lo que nos permitió desarrollar plenamente ese marco y unirnos con diferentes sectores sociales, sindicales y políticos. Unidad en la lucha fue nuestra manera de avanzar desde un sindicalismo activo, independiente y democrático.

Como la joven trayectoria de nuestro sindicato transcurrió mayoritariamente con gobiernos reaccionarios de políticas neoliberales extremas, nos forjamos en la pelea por la defensa de los puestos de trabajo, salarios dignos y defendiendo la pluralidad de voces siempre cercenadas desde el poder. Entendiendo que es nuestra tarea defender, además de las condiciones salariales y laborales, el ejercicio del periodismo y construir de forma colectiva herramientas para el desarrollo del trabajo de prensa.

No puedo terminar estas líneas sin mencionar a dos compañeros entrañables, Rubén Schofrin y Diego Paruelo, que participaron activamente en la construcción del SiPreBA hasta que nos dejaron. Con Rubén caminé y soñé el gremio durante muchísimos años, peleamos y nos apoyamos en nuestras empresas cada vez que fue necesario y su aporte fue fundamental en la consolidación del sindicato. Con Diego le dimos a Osvaldo Bayer, en su cumpleaños 90, el merecido reconocimiento a sus aportes y, de parte nuestra,

la decisión de elegirlo Secretario General Honorario del sindicato. Tuvimos una construcción colectiva desde siempre con compañeros de carne y hueso que la sustentan.

Como decimos desde que empezamos: al SiPreBA lo construimos entre todos.

Sobre las y los autores

ALBISU, María Clara

Periodista y archivista audiovisual. Trabaja en los Medios Digitales de la Televisión Pública. Miembro de la Comisión Directiva del SiPreBA.

AUDI, Rosaura

Periodista. Ejerció su profesión en Canal Rural, Télam, Ansa y el Grupo Octubre para luego pasar a la función pública en dos períodos: como directora de Difusión Protocolo y Ceremonial del Ministerio de Cultura de la Nación y como subsecretaria de Medios Públicos. También fue responsable de la comunicación de la empresa tecnológica Lakaut SA y asesora de comunicación de la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Fue docente de periodismo en la Universidad de Palermo entre 2004 y 2024.

BARANCHUK, Mariana

Doctora en Comunicación, Magister en Comunicación y Cultura y licenciada en Ciencias de la Comunicación. Profesora en la Universidad Nacional de Quilmes, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional de José C. Paz. Escribió *Los trabajadores de la Comunicación y la Cultura. Organización; Historia y Regulaciones* (2022); *Los trabajadores de los medios y sus organizaciones* (2016); en coautoría con Vivian Elem, *Stella Calloni: periodismo, literatura y militancia. Cosas de Mujeres*

(2020). Coordinó *El rol del periodismo en la restitución de identidades* (2019), *Ley 26.522: hacia un nuevo paradigma en comunicación audiovisual* (2011), además de artículos y capítulos de libros en compilaciones. Es productora de ciclos radiales y artísticos. Se desempeñó como asesora de la Autoridad Federal de Servicios de Comunicación Audiovisual (AFSCA) y como responsable del área de comunicación y trabajo de la Federación Argentina de Trabajadores de Prensa (FATPREN).

BASUALDO, Victoria

Historiadora (profesora y licenciada en Historia por la FFyL, UBA). MA, MPhil y PhD in History, por Columbia University (New York). Es investigadora Independiente del CONICET, con sede en el Área de Economía y Tecnología de FLACSO Argentina. Se especializa en el campo de la historia de las y los trabajadores y el movimiento sindical en Argentina y América Latina y el análisis de los impactos laborales, económicos y sociales de las dictaduras de la Guerra Fría en América del Sur.

CERVILLA, Matías

Oriundo de Pinamar, provincia de Buenos Aires. Licenciado en Ciencia Política (UBA), con estudios en Historia en la misma universidad, Relaciones Internacionales (FLACSO) y Periodismo (TEA). También se formó en fotografía. Ejerce como docente de periodismo, fotógrafo profesional y piloto de dron. Desde 2010 trabaja en AGEA/Clarín. Secretario de Asuntos Profesionales de SiPreBA.

DONDERO, Fernando “Tato”

Fue militante estudiantil y político. Detenido por razones políticas en dos oportunidades. Trabajó 33 años en Página/12 en el área de Mantenimiento. Fue alternativamente delegado durante 25 años. Recibido de TEA (1991). Colaboró en La Maga y Radio

La Tribu. Delegado paritario elegido en su empresa 2011, 2012 y 2013. Miembro cofundador del SiPreBA: fue su primer secretario general. Actualmente está jubilado.

ELIASCHEV, Tomás

Escribió en medios como Anfibia, THC, The Praxis Journal, La Diaria de Uruguay, entre otros. Estuvo también en las redacciones de Indymedia, Prensa de Frente, Diario Popular y Perfil. Es columnista en Radio Con Vos. Es autor de *No nos callan nunca más, Una historia de libertad de expresión y censura. La disputa adentro de los medios* (CTP Ediciones, 2019) y de *Postales de Disney* (Vera Editorial Cartonera, 2021). Autor del artículo “En eso llegó Perón” del libro *Perón y el gremio de prensa* (SiPreBA, 2024). Fue el primer secretario de Derechos Humanos del SiPreBA. Actualmente, es integrante de la Comisión Directiva del SiPreBA. Fue delegado en la revista Veintitrés y actualmente en Télam.

GAUDENSI, Carla

Trabajadora de la agencia Télam, donde fue delegada gremial durante más de doce años. Es secretaria general de la Federación Argentina de Trabajadores de Prensa (FATPREN) desde 2020 y es la primera mujer que asume ese cargo en la historia de la organización. También es secretaria adjunta del Sindicato de Prensa de Buenos Aires (SiPreBA). En representación de FATPREN, participa de distintas instancias de la Confederación General del Trabajo (CGT) y de la Federación Internacional de Periodistas (FIP).

LECCHI, Agustín

Estudió Licenciatura en Historia (UBA) y Periodismo de Investigación (Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo). Es archivista y trabaja en el Archivo Histórico del noticiero de la TV Pública, donde fue delegado gremial entre 2012 y 2021. Fue secretario de Organización desde la fundación del Sindicato

de Prensa de Buenos Aires en 2015 hasta 2021 y actualmente es secretario general del SiPreBA.

LLONTO, Pablo

Fue redactor en las secciones Política y Deportes del diario Clarín (1978-1991), donde fue delegado sindical (1984-1999). Fundador de la AM530 (Radio de las Madres). Colabora en la revista Caras y Caretas y en AM750 ("La García"). Desde marzo de 2024 es director de la carrera de Comunicación de la Universidad Nacional Madres de Plaza de Mayo y adjunto de Periodismo de Investigación en la Universidad Nacional de La Plata. Es abogado desde 1984 en juicios de lesa humanidad.

MAGRONE, Santiago

Licenciado en Periodismo (UNLZ). Fue redactor en Economía en los diarios La Voz, La Razón y El Cronista Comercial. Redactor en Economía y Energía en la Agencia DyN. Conduce Radio Fotos (radios América, El Mundo, ECOMedios.com) y es editor en Energía&Negocios.com. Fue delegado en La Voz y DyN. Integró la conducción de UTPBA (1992-1995) y participó en la creación del SiPreBA, organización de la cual fue secretario de Relaciones Sindicales. También integró la conducción de la FATPREN (2019-2022).

MARDONES, Claudio

Periodista. Nacido en Mendoza. Fue delegado y parte de la Comisión Interna del diario Tiempo Argentino entre 2010 y 2015. Fue delegado paritario en las negociaciones colectivas de 2012, 2013 y 2014. Desde 2015 forma parte de la cooperativa que edita Tiempo Argentino e integró su consejo de administración. Escribe también en Diario Perfil y La Mañana de Neuquén. Además trabaja en Radio Perfil, Diputados TV, Net TV y LU5 Radio Neuquén. Acreditado en el Congreso y Casa Rosada.

MARINELLI, Nelson

Organizador del gremio bajo la dictadura militar, fundador de la lista Naranja, integrante de la directiva de la UTPBA por la oposición antiburocrática, activista y delegado durante las ocupaciones y huelgas de Tiempo Argentino y La Voz. Delegado del diario BAE y partícipe del proceso de organización del cuerpo de delegados y activistas que dio lugar a la formación del SiPreBA.

NOAILLES, Martina

Periodista y licenciada en Comunicación (UBA). Trabajó en las secciones de política de Página/12, Agencia Télam y Crítica, donde fue delegada. Es redactora y editora de Sur Capitalino, colectivo de periodismo popular de La Boca y Barracas. Es secretaria de Medios Autogestivos del SiPreBA.

PAOLETTI, Ana

Es diagramadora, oficio que aprendió en el Periódico Madres de Plaza de Mayo, donde comenzó a trabajar a los 18 años. Fue coordinadora gráfica en el diario Nuevo Sur. Desde hace 33 años se desempeña en el área de publicidad del diario Página/12, donde cumple su quinto mandato como delegada. Es secretaria adjunta del SiPreBA.

PIETRAFESA, Diego

Periodista egresado de TEA. Cronista de Telefe Noticias desde 1995. Colaboró, entre otros medios, en Radio Continental, Tiempo Argentino y la Revista Acción del IMFC. Docente en la escuela ETER. Miembro de la Comisión Interna de Telefe Noticias desde 2012. Es secretario de Derechos Humanos del SiPreBA.

PISCETTA, Juan Pablo

Periodista, Licenciado en Ciencia Política (UBA) y maestrando en Estudios del Trabajo (FLACSO). Es redactor de Infobae desde

2012, y colaboró en medios especializados como la revista NBS, Café Financiero (Metro) y Criptonoticias.com. Fue paritario suplente en 2013 por la UTPBA, y es delegado de Infobae desde 2015. Fue miembro fundador de SiPreBA e integra la Comisión Directiva como prosecretario gremial (2021-2025). Además, es vocal de la mesa ejecutiva de CTA-CABA (2022-2026).

POLAK, Micaela

Trabajadora y delegada del SiPreBA en Radio Nacional, donde integró la producción de programas de contenido político, cultural y deportivo. Colaboró en distintos radios y medios gráficos e investigó los fusilamientos perpetrados el 22 de febrero de 1977 en el estadio Presidente Perón del Racing Club de Avellaneda. Es secretaria de Géneros del Sindicato de Prensa de Buenos Aires.

RABINI, Francisco

Licenciado en Comunicación Social, con especialización en periodismo, por la Universidad del Salvador. Editor de portada en Clarín.com, empresa en la que trabaja desde hace 25 años. Conformó el movimiento activista que recuperó la actividad gremial en el diario, tras décadas de persecución. En 2012 encabezó la lista que puso fin a 12 años sin Comisión Interna. Cofundador del SiPreBA. Actualmente es su secretario gremial. También es tesorero de la FATPREN.

RESTIVO, Néstor

Periodista e historiador. Trabajó en Clarín, Radio Nacional y otros medios. Columnista de “Que vuelvan las Ideas” (Radio de las Madres de Plaza de Mayo AM530 Somos Radio), de “Marca de Radio” (AM910 La Red). Codirige la revista Dang Dai y el sitio Tektónikos, además de colaborar en medios gráficos. Como historiador, desempeña labores docentes en la UBA, la UNLP, la UC y otras universidades del país. Formó parte de la Comisión

de Derechos Humanos de la APBA. Fue el primer secretario de Derechos Humanos de la UTPBA, entre 1986 y 1988 y luego entre 1990 y 1995. Fue delegado en Clarín. Integró la Mesa de Coyuntura y el área de Internacionales de la CTA. Participó del nacimiento del SiPreBA.

RODRÍGUEZ, Carlos

Comenzó su carrera a los 19 años en Editorial Atlántida. En televisión, trabajó en la producción de “Volver a vivir”, conducido por Paloma Efron, “Blackie”. Fue redactor de las agencias Télam, Noticias Argentinas (NA) y Saporiti. Durante 35 años fue redactor de Política y Sociedad en el diario Página/12. Cubrió el juicio a las Juntas Militares, hizo notas para la revista Paz y Justicia, de Adolfo Pérez Esquivel, y escribió durante 15 años la “Galería de represores” en el periódico Madres de Plaza de Mayo. Durante 30 años dio un taller de periodismo gráfico en TEA. Hoy forma parte del medio autogestivo La Retaguardia, donde participa en la cobertura de juicios de lesa humanidad y violencia institucional.

SABATÉS, Poli

Es periodista egresada de TEA y licenciada en Comunicación Social (UNLZ). Trabaja en el diario Página/12 desde el año 2011. Fue columnista y conductora de ciclos radiales en AM750, FM La Patriada, El Destape Radio y FutuRock. Trabajó en el noticiero de la Televisión Pública. Colabora con distintos medios gráficos de Argentina, Alemania y España. Es docente de periodismo y secretaria de Juventud y Cultura del SiPreBA.

TAPIA GARZÓN, Lorena

Licenciada en Comunicación Social (UNSTA) y magister en Periodismo (UTDT). Realizó una especialización en Comunicación, Géneros y Sexualidades (UBA). Trabajadora y delegada del SiPreBA en el noticiero de la TV Pública. Además,

fue redactora en Perfil.com, La Nación, El Argentino Zona Norte y Revista Cítrica. Es co-realizadora del documental “Sacar la Voz: Trabajadoras de prensa en tiempos de ajuste” (2016) y del podcast “Mirá cómo nos contamos. Historias de trabajadoras de prensa de la Argentina” (2022).

Anexos

Un luchador socialista

Rubén Schofrin, la militancia
como opción de vida.

Por Nelson Marinelli

Motor incansable y protagonista destacado del largo proceso que culminó con la fundación del SiPreBA, del cual fue secretario adjunto hasta su fallecimiento, Rubén Schofrin llegó al gremio de prensa por avatares de su militancia, que se inició cuando era un joven estudiante secundario y se integró a la TERS, como se denominaba la organización de la juventud del Partido Obrero (entonces Política Obrera), a inicios de la década del '70.

Cuando estalló el golpe de 1976 estudiaba y militaba en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires y tenía un papel destacado en el movimiento estudiantil universitario. Nunca les sacó el cuerpo a los peligros de la actividad militante, ni siquiera bajo la dictadura o la previa acción terrorista parapolicial.

Rubén sobresalía como un gran organizador. Por esa razón pasó a realizar tareas partidarias en esa área durante la dictadura y fue

clave en la actividad de diagramación, impresión y distribución del periódico clandestino de Política Obrera. Inquieto, interesado siempre por sumar conocimientos en todo lo que encaraba o le tocaba realizar, aprendió en esas condiciones el oficio que al final de la dictadura lo llevaría a buscar trabajo como diagramador y a ingresar en la Editorial Perfil.

Pero Rubén era un todoterreno, un gran militante político, partidario, socialista. Caída la dictadura, desarrolló un enorme trabajo de organización política en la villa Ciudad Oculta y en la 21-24, donde estructuró núcleos partidarios al calor de las luchas por la vivienda y en defensa de las demandas sociales que eran ignoradas por el gobierno y los punteros de las villas.

Asimismo, puso en pie la actividad en distintos locales del Partido Obrero y, entre muchas otras enormes tareas políticas y sindicales, jugó un papel importante en la organización de la Coordinadora Sindical Clasista, como parte de la cual intervino en innumerables luchas llevando el apoyo y aportando la experiencia acumulada.

Fue uno de los impulsores del Polo Obrero en su reunión constitutiva, realizada en el local de la FATPREN, y dirigió el plenario fundacional de agrupaciones y sindicatos clasistas que se realizó en la fábrica ocupada y bajo gestión obrera Grissinopoli.

Desde su llegada al gremio de prensa se sumó a la Naranja y comenzó a tener un rol importante en la orientación y la organización de la actividad de la agrupación, que jugara un papel de única oposición a la burocracia de la UTPBA durante muchos años.

En Perfil, poco después de ingresar, compartió la enorme indignación y la lucha que se desarrolló para enfrentar la provocación de Jorge Fontevecchia, que convocó a dos centenares de trabajadores para trabajar en el primer diario Perfil –muchos de los cuales dejaron otros empleos– para cerrarlo dos meses después.

En el marco de esa lucha de 1998 se dio el puntapié inicial para la reorganización de la Comisión Interna de la editorial. Rubén jugó un papel fundamental y sus compañeros lo eligieron para estar al

frente de la nueva organización sindical interna. Eran los finales de la década del '90 y la burocracia de la UTPBA había permitido que las patronales liquidaran prácticamente todo el tejido gremial en las empresas. En muy pocas, aisladas, había logrado sobrevivir.

En ese cuadro, los compañeros de Perfil, organizados por su Comisión Interna, llevaron adelante enormes luchas en defensa de los salarios, los puestos de trabajo y la vigencia de los estatutos y convenios de prensa, que Fontevecchia pretendía desconocer. La ofensiva de esa patronal negrera fue sistemática. Perfil intentó destruir por todos los medios la organización sindical que se había puesto en pie, hasta llevar a un juicio penal a Rubén y el resto de los compañeros de la Comisión Interna por una medida gremial en respuesta a la provocación que supuso el despido de 13 trabajadores el día que se realizaban las elecciones de delegados. Fue una pelea dura contra una acusación que suponía penas de prisión y pedidos de embargo millonarios, que culminó con la absolución de todos los compañeros como resultado de la movilización del gremio y de una dura batalla de los defensores legales.

La Comisión Interna que Rubén y otros compañeros supieron sostener durante muchos años fue la que condujo heroicas e históricas batallas en Perfil, como la ocupación de 40 días en defensa de las fuentes de trabajo.

En medio de estas peleas aparecía siempre la impronta de Rubén, que mostraba su carácter y presencia. Un compañero recordaba que en 2002, cuando la organización interna llevaba relativamente poco tiempo de rodaje, se interpuso para desplazar al personal de seguridad que impedía el ingreso de un abogado laboralista invitado a una asamblea durante una toma y un paro frente a uno de los ataques periódicos de Fontevecchia. “Bajo mi responsabilidad”, dijo en los molinetes de la sede de Perfil en Chacabuco. Tomó su tarjeta de ingreso, abrió el molinete e hizo pasar al abogado, que participó en toda la asamblea. Todo lo hizo con gestos ampulosos, teatrales. Era consciente de la osadía, de su significado y, por eso

mismo, ideó una escenificación acorde.

Esa misma osadía, aunque en un cuadro de peligro aún mayor, estuvo presente en lo que él contaba como una anécdota. En plena dictadura se enfrentó a la posibilidad de ser detenido en una pinza del Ejército sobre la calle Lavalle, frente a lo que eran oficinas de la Agencia Judía, donde estaban bloqueando las dos esquinas. Rubén llevaba un paquete cerrado con prensa clandestina. Tomando aire, con seguridad, afrontó al personal militar pidiendo que lo dejaran pasar porque estaba trabajando, llevando un paquete de una imprenta. Y pasó.

El enorme foco de resistencia que era Perfil desde fines de los '90 y en los años siguientes jugó a su vez un papel muy importante en la reanimación que poco a poco se fue extendiendo a todo el gremio. En ese cuadro, la intervención de Rubén se amplificó, porque no hubo lucha o proceso de organización en el que no estuviera presente, para orientar, impulsar y poner el cuerpo.

Parecía incansable. Era inteligente, perceptivo, sabía detectar las tendencias que anidaban en los trabajadores y no se rendía a la superficialidad conservadora o burocrática del estado de ánimo presente. También sabía —supo— cómo había que avanzar en medio del cuadro de desorganización consciente de la burocracia decrepita de la UTPBA, entregada de pies y manos a las patronales, y cómo sacarse esa losa de encima. Fue gran impulsor de un frente de lucha y de la conformación y fortalecimiento de un cuerpo de delegados y activistas que poco a poco tomó en sus manos la organización de las luchas de prensa, la solidaridad y el apoyo a cada una de ellas, hasta convertirse en la virtual directiva del gremio.

Este proceso dio lugar al histórico paro del 7 de junio del 2013, el primero convocado y organizado por el cuerpo de delegados y al margen de la burocracia de la UTPBA, que desde hacía 30 años no llamaba a una medida similar. El reclamo era por recuperar la paritaria general del gremio y conseguir que las patronales firmaran ese acuerdo. La burocracia había abandonado a las comisiones internas



Rubén Schofrin arengando frente al diario Clarín durante la movilización del 26 de junio de 2013. (Foto: Maro Pagliotto)

y a las redacciones a su propia suerte.

El cuerpo de delegados, que reunía a una gran cantidad de compañeros de muchas empresas y agrupaciones, era a tal punto la organización de los trabajadores de prensa que las patronales y el Ministerio de Trabajo debieron aceptar a esa representación de las bases, por primera vez en 30 años, en la mesa de negociación de las paritarias.

Las de 2013 fueron las primeras que, en ese lapso, lograron verdaderas conquistas: la reconstrucción de los básicos por categoría, el ítem antigüedad en base a un porcentaje y la recuperación del feriado del 7 de junio. Pero las patronales y el ministerio querían abortar este proceso y se negaron a seguir negociando con la representación genuina de los trabajadores.

Había que quebrar el bloqueo y sacarse de encima a la burocracia. El fraude sistemático hacía virtualmente imposible desplazarla por medio de elecciones controladas por la propia UTPBA que, a esa altura, era una cáscara vacía sin delegados en ninguna empresa. Pero contaba con el apoyo del conjunto de las patronales y de las autoridades del Ministerio de Trabajo, que se negaban a reconocer a la organización que realmente representaba a los trabajadores de prensa. Los acuerdos paritarios que firmaba eran sistemáticamente a la baja, lo que hacía derrumbar los salarios.

La alternativa de formar un nuevo sindicato fue puesta en debate, entre otros delegados, por el propio Rubén, que la alentó con energía frente a legítimas dudas y vacilaciones de muchos compañeros. Para zanjar el debate y dar un paso adelante, impulsó la realización de un plebiscito –que se venía barajando desde la elección de 2013 como alternativa a la presentación de una lista opositora– con la simple pregunta de si se quería o no formar un nuevo sindicato.

La consulta tuvo un resultado aplastante en favor de una nueva organización sindical: más de 2.000 votos por el “Sí” contra unos pocos en contra. El respaldo terminó con las dudas de los compañeros que no estaban convencidos y ratificó la idea de Rubén, que compartíamos en la Naranja, de que había llegado el momento de liquidar el bloqueo de la UTPBA y poner en pie un nuevo sindicato, que fuera independiente de los gobiernos, de las patronales y de los partidos patronales. Apuntaba siempre a fortalecer una posición de independencia de clase de los trabajadores. Por eso, para él, la independencia política del SiPreBA era un principio irrenunciable.

Rubén podía estar a la mañana en un piquete de nuestro gremio o de cualquier otro lugar donde hubiera una lucha obrera, al medio día en una reunión de delegados y a la tarde en una asamblea. “La militancia, en nuestra generación, es una opción de vida”, pensaba y decía. Esa actividad a tiempo completo no le impedía compartir la vida junto a su familia, su compañera y sus hijas. Y también se

hacía tiempo para ir a la cancha a ver al Atlanta de sus amores.

Los saludos y homenajes ante su fallecimiento de una innumerable cantidad de trabajadoras y trabajadores de prensa, de comisiones internas, agrupaciones y medios populares, de referentes políticos y sociales, son un testimonio de sus virtudes personales y políticas, así como de los procesos de lucha que lo tuvieron como activo protagonista.

Una compañera de prensa fue capaz de sintetizar: “Lleno de vida y alegría, obstinado, incansable, dulce y buen compañero. Convenido, militante, atento y siempre dispuesto a escuchar. Humilde, divertido, bohemio, socialista, ejemplo a seguir. Todo eso era Rubén Schofrin”.

Me siento muy afortunado de haber podido militar con Rubén tantos años y muy feliz de haber sido su amigo.

LIBRE Y AL VIENTO

Por Fernando Pedernera

A Somos Télam

La palabra se defiende
como a un Tesoro Preciado,
es la identidad del Pueblo
que se yergue rebelado.

Se entreteje en las noticias
o en los labios del poema
que reflejan, sin sigilo,
el alborozo y la pena.

Soltada libre y al viento,
la palabra compañera
que se siembra en el orgullo
de empuñarla y defenderla.

Organizar la palabra
al calor del corazón
e izarla desde el rescoldo
sostenido de la acción.

Palabra fiel que se eleva
desde el anca de la copla
al galope del indócil
viento de Pueblo que sopla.

Palabra templada y justa
como certeza de agencia
que desnuda la mentira
y des-duerme la conciencia.

Salvaguardar el discurso,
lo sostengo y no lo dudo:
si entregamos la palabra
el Pueblo se queda mudo.

Buenos Aires, 27 de abril de 2024

“El terror se basa en la incomunicación. Rompa el aislamiento. Vuelva a sentir la satisfacción moral de un acto de libertad. Derrote el terror. Haga circular esta información”.

Rodolfo Walsh

A diez años de la fundación del SiPreBA, el 7 de junio de 2015, este libro rememora y reivindica procesos de organización y lucha que están en nuestras raíces y nos sirven de guía para enfrentar los desafíos actuales.

En estas páginas, se repasan las estrategias que confluyeron en los convenios colectivos de 1975 y se recorre parte de la historia del gremio del último medio siglo: la recuperación de los sindicatos tras la dictadura, la denuncia de sus crímenes, la resistencia a la privatización de los canales en los 90, conflictos por despidos o cierres de diarios cuando carecíamos de sindicato y la experiencia del plenario de delegadas y delegados tras la recuperación de las paritarias. Ese fue el germen del plebiscito que derivó en la creación del SiPreBA. Otros capítulos refieren a peleas de la última década por la personería gremial, contra la represión y la censura, en defensa de los medios públicos, por la igualdad de género en las redacciones o para afrontar el cambio tecnológico con todas y todos adentro, entre otras.

“La conmemoración de estos primeros diez años pone en perspectiva no solo la significación de esta apuesta de organización sindical en términos históricos, sino también el logro fundamental de haber podido llevarla adelante en un tiempo de transformaciones regresivas muy profundas, en que se busca demonizar y destruir a las organizaciones sindicales. Esta historia fue posible con esfuerzos individuales de gran magnitud, pero también y sobre todo por procesos de movilización, organización y lucha llevados adelante dentro del sindicato en cada una de las ramas y lugares de trabajo, en articulación con muchas otras organizaciones y sectores sindicales y a nivel de la FATPREN”. Victoria Basualdo